

HISTORIA DE

# CARLO MAGNO



LIBRERIA NACIONAL

HISTORIA

DEL EMPERADOR

CARLO MAGNO

EN LA CUAL SE TRATA

DE LAS GRANDES PROEZAS I HAZAÑAS DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA, I DE CÓMO FUERON VENDIDOS POR EL TRAIADOR GANALON, I DE LA CRUDA BATALLA QUE HUBO OLIVEROS CON FIERABRAS, REI DE ALEJANDRÍA

tradueldo por

**NICOLAS DE PIAMONTE**

---

NUEVA EDICION

---

SANTIAGO

IMP. VALPARAISO DE FEDERICO T. LATHROP

—  
1892

# PRÓLOGO

---

El doctor de la verdad, señor S. Pablo, dice que todas las escrituras fueron hechas para nuestra enseñanza: las unas para doctrinarnos en la santa fe católica, echando de los corazones algunas dudas e incredulidades que el diablo de continuo siembra, declarándonos los altos secretos de la Santísima Trinidad, los santos Evangelios i las obras de nuestro Redentor: las otras para declararnos las leyes i ordenanzas de los emperadores i reyes, el derecho canónico i civil. Otras, por nos hacer patentes los secretos de Dios en el rejimiento del cielo, i el curso de los planetas, cometas i signos con su naturaleza. Otras, para que resistamos a las enfermedades a que los cuerpos humanos son sujetos, i para curar de las que reinan en ellos, para que podamos vivir

con salud en este mundo el tiempo que Dios fuere servido. Otras, para darnos de la dulzura, de la filosofía, dándonos a conocer las virtudes i naturaleza de las cosas criadas. Otras nos relatan la pulida retórica, la sabrosa arte de oratoria, las grandes hazañas i caballerías de nuestros antepasados, contando las proezas de los unos i los vicios de los otros porque los unos fuesen ejemplo para bien hacer, i los otros causa de regular nuestras vidas, i encaminarlas al puerto de la salud, i para inclinarnos a hacer grandes hechos, queriendo remedar a nuestros antecesores. Así, pues, una escritura que ha venido a mi noticia en lengua francesa, no ménos apacible que provechosa, que habla de las grandes virtudes i hazañas de Carlo Magno, emperador de Roma i rei de Francia, i de sus caballeros i varones, como Roldan i Oliveros, i los Pares de Francia, dignos de loable memoria por las crueles guerras que hicieron a los infieles, i por los grandes trabajos que por exaltar la santa fe católica recibieron; i siendo cierto que en la lengua castellana no hai escritura que de ella haga mencion, sino tan solamente de la muerte de los doce Pares, que

fué en Roncesvalles, parecióme justa i provechosa cosa que la dicha escritura i los tan nobles hechos fuesen notorios en estas partes de España, como son manifiestos a otros reinos. Por tanto, yo, Nicolas de Piomonte, propongo de trasladar la tal escritura de lengua francesa en romance castellano, sin discrepar, añadir ni quitar cosa alguna de la escritura francesa, i es dividida la obra en tres libros. El primero habla del principio de Francia, de quien le quedó el nombre, i del primer rei cristiano que hubo en Francia, contando hasta Carlo Magno, que despues fué emperador de Roma, i dicho libro fué trasladado del latin en lengua francesa. El segundo habla de la mui cruda batalla que tuvo Oliveros con Fierabras, rei de Alejandría, hijo del almirante Balan; i esto está en metro frances i mui bien trovado. El tercero trata de algunas obras meritorias que hizo Carlo Magno; i finalmente de la traicion de Ganalon i de la muerte de los doces Pares. Fué sacada esta obra de un libro bien aprobado, llamado Espejo Historial; i mediante Dios, trasladaré cada libro por sí, los dividiré por capítulos, para mejor declaracion de la es-

critura. I si en esta traslacion hubiere algo de reprehension de la retórica, o en el romance de vocablos, o algo que no suene bien a los oídos del lector (que en la sentencia me guardaré de salir un solo punto de la escritura francesa), suplico a cualquiera que lo leyere u oyere, que con sanas entrañas lo enmiende, i no mire al error de la pluma sino a la intencion del corazon; i de lo que hallare bueno, le ruego asimismo que al Soberano Dios Todopoderoso dé las gracias, de quien todos los bienes proceden.

En las historias troyanas leemos, que despues de la destruccion de Troya hubo un rei mui noble i virtuoso llamado Francus, el cual fué compañero de Eneas en muchas batallas, i partiendo Francus de Troya, hubo de adoptar; despues de haber discurrido gran parte del mundo, en la rejion de Francia, que entónçes se llamaba de otra manera, i por sus crecidas virtudes fué de las comunidades mui bien recibido i alzado por su señor. Cuando se vió pacífico i señor de toda la tierra, mandó edificar una ciudad, i fué por honor de su nombre llamada Francia, por lo cual todo el reino se llamó Francia, i despues que Francia fué enșalzada a

majestad real, despues de Francus, fué el primer rei suyo Pirus, i reinó cinco años; el segundo Mercurius, i reinó treinta i tres años; el tercero Faramundus, i reinó once; el cuarto Clodius, i reinó dieziocho; el quinto Moreneus, i reinó diez; el sexto Gildericus, i reinó diez i siete; el sétimo fué el rei Clovis, i el primer rei de Francia cristiano, el qual fué despues en la Encarnacion de Nuestro Redentor 484 años, de cuya vida haré alguna mencion, porque hace el propósito para esta nuestra Escritura.



# HISTORIA

DEL

## EMPERADOR CARLO MAGNO

---

### CAPÍTULO PRIMERO

Como el rei Clovis, siendo pagano, hubo por mujer a Clotildis, hija del rei de Borgoña.

En aquel tiempo, siendo ya los Borgoneses cristianos, tenian por rei i señor al noble Gidengus, el cual tenia cuatro hijos: al primero llamaban Agabundus, que sucedió en el reino, i despues hizo matar a un hermano suyo llamado Hispericus, e hizo echar en un rio a su mujer; i a dos hijas que tenia, a una hizo desterrar de su tierra; la otra, llamada Clotildis, por sus virtudes i hermosura tuvo consigo. En este tiempo el rei de Francia, llamado Clovis, pagano, hubo de enviar sus emba-

jadores al rei Agabundus; i siendo detenidos algunos dias, tuvieron lugar de ver la hermosura de la doncella Clotildis, sobrina del rei Agabundus, i vuelto a su rei Clovis, i dándole la respuesta de la embajada, le contaron cosas que habian visto en los palacios del rei Agabundus, no acostumbradas entre ellos, afeando el modo de vivir de los cristianos. Dijéronle asimismo de la hermosura de Clotildis, alabando su mucha discrecion, i afirmando nunca haber visto otra mas perfecta. Las cuales alabanzas enjendraron crecido amor en el corazon de Clovis, recibiendo pena por la no conocida doncella. Despedidos los embajadores se puso a pensar cómo podria haber aquella tan hermosa doncella por mujer teniéndolo por imposible, por ser él pagano i ella cristiana. Estando en este pensamiento algunos dias, fué forzado a descubrir su secreto dolor a un astuto i sabio caballero de su corte, llamado Aurelianus, así para aliviar su pena, contándole su nuevo amor, como para haber de él consejo i remedio de su pasion. Oyendo Aurelianus las razones del rei, fué mui maravillado, i le quiso responder; mas viéndole tan aflijido, i que su recelo seria cau-

sa de mayor pena, no ménos le dejó de re-  
prender, porque en tal caso mui pocas ve-  
ces aprovecha la reprension ni castigo; i  
queriéndole consolar, dijo se sôsegase, que  
él le prometia de hacer alcanzar aquella don-  
cella de una manera o de otra, i que a esto  
se obligaba, o a perder la vida. El rei le di-  
jo que lo pusiese por obra, que lo que hu-  
biese menester se lo daria. El caballero le  
besó la mano, i se despidió diciendo que  
presto lo sacaria de pena. Vuelto, pues, Au-  
relianus a su posadero, se puso a discurrir i  
pensar cómo traeria a efecto el tal concier-  
to; i despues de haber pensado en todas las  
cosas que provechosas le parecian, le vino  
a la memoria como de allí a quince dias  
tenian los cristianos Pascua de Navidad,  
i que la doncella Clotildis tenia por devo-  
cion ir aquella noche a maitines, i llevaba  
gran cantidad de moneda, i a todos los po-  
bres que topaba daba limosna por honra de  
la fiesta. I pensando esto, se fué al rei mui  
alegre, i le dijo que habia discurrido el modo  
con que podia hablar a Clotildis, i era po-  
niéndose a la puerta de la iglesia para to-  
mar limosna como los demas pobres. Oído  
el rei ésto, lo tuvo por bien, i dijole que pre-

viniese lo necesario i ordenase cómo se habia de hacer. Él le dijo, que mandase hacer un anillo riquísimo de oro, i que en él estuviese esculpido su rostro i fisonomía. Venido el tiempo, se partió Aurelianus para la ciudad adonde estaba a la sazón el rei de Borgoña i Clotildis, su sobrina; i a la noche de Navidad se puso a la puerta de la iglesia con los pobres que esperaban la limosna, i venida Clotildis, i acompañada de muchas damas, empezó a dar limosna, i cuando Aurelianus la vido cercada de pobres, metióse entre ellos hasta llegar a ella, i cuando alargó el brazo para darle una pieza de moneda que daba en limosna, le tomó Aurelianus la mano i se la besó. Clotildis, maravillada de aquello, se le miró mui bien, i conoció que aunque en los vestidos parecia pobre, debia ser hombre de autoridad, i le quisiera hablar si no fuera por la mucha jente que allí habia, lo cual conoció bien Aurelianus.

Acabados maitines, i saliendo Clotildis con sus damas de la iglesia, vido a la puerta de ella a Aurelianus, i despues de haberle mirado con mucha atencion en la cara, le hizo reverencia i acatamiento como hombre de palacio, i conoció Clotildis ser aquel

el pobre que le besó la mano. Llegada a palacio Clotildis se puso a pensar en él, maravillándose de su atrevimiento; i deseosa de saber quién era, le envió a llamar, pensando seria algun hidalgo necesitado. Llegando delante de Clotildis, hizo tres reverencias, i sin temor alguno se puso de rodillas para besarle la mano, i ella no lo consintió, i mostrando algun enojo le dijo: ¿por qué disimulaba ser pobre? I Aurelianus, teniendo siempre una rodilla en el suelo, le respondió: Señora, sepas por verdad, que yo soi mensajero del mui noble Clovis, rei de Francia, el cual te ruega que quieras ser su mujer i serás reina de Francia, i te envia este anillo en señal de fe i promesa de matrimonio. Ella le tomó, i le dijo que no pertenecia a un pagano tomar cristiana por mujer; i que allende eso tenia puesta su voluntad en manos de su tio i no en las suyas; i así le despidió. Bien conoció Aurelianus que no le pesaria del casamiento, i así se volvió para Francia con mucha alegría. El rei Clovis, visto que Clotildis seria contenta de ello, envió sus embajadores al rei Agabundus, pidiéndole su sobrina por mujer: el cual respondió, que en ninguna manera

tal consentiria: mas visto por los de su consejo el bien que resultaria de las amistades i paz con el rei Clovis, rogaron i aconsejaron al rei Agabundus que consintiese en el casamiento, i rehusando de lo hacer, vino su tesorero con el anillo del rei Clovis, que Clotildis lo habia echado en el tesoro, i dijéronle ser aquel rostro que estaba esculpido en el anillo el del rei Clovis, i entónces consintió Agabundus en el casamiento, i fué llevada Clotildis, con grande acompañamiento i majestad a Francia, i fué desposada con el rei, con condicion que no fuese apremiada ni rogada a dejar la fe de Jesucristo; i fueron hechas las bodas con la ostentacion que a tales señores pertenecia.

---

## CAPÍTULO II

Como el rei Clovis fué rogado de la reina Clotildis que dejase los ídolos, i creyese en la fe cristiana.

La noche de las bodas, acostándose el rei Clovis con Clotildis, ella encendida en el amor de Dios, e inspirada por el Espíritu Santo, dijo al rei: Mi mui amado i caro se-

ñor, yo te suplico me quieras otorgar una merced ántes que llegues a mí. El rei la dijo demandara lo que quisiese, que se lo otorgaba. Primeramente pido i ruego quieras creer en Dios Todopoderoso, que hizo el cielo i la tierra, i en Jesucristo, su Hijo, el cual te mercó con su preciosa sangre i pasion, i en el Espíritu Santo, confirmador e iluminador de todas las buenas operaciones, procedente del Padre i del Hijo, i en la Santísima Trinidad: cree en nuestra Madre, la santa Iglesia, deja los ídolos hechos por manos de hombres, i piensa en restaurar las santas iglesias que has hecho quemar. Otrosí te ruego que quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre i de mi madre a Agabundus, mi tio, porque los hizo morir sin razon alguna, i la venganza dejó a mi Dios. El rei la respondió: Tú me demandas cosa mui difícil i recia de otorgar, que deje mis dioses que tantas mercedes me han hecho por adorar tu solo Dios: pide otra cosa, que de buen grado te lo otorgaré. Respondió Clotildis: Cuanto a mí es posible te suplico que adoreis a Dios verdadero, hacedor de todas las cosas, a quien solamente debemos adoracion. El rei no la res-

pondió nada, ni ella le dijo mas temiendo enojarle, i venida la mañana el rei envió sus embajadores a Agabundus, pidiéndole las tierras que a Clotildis, su sobrina, pertenecian; i el rei les dijo que ninguna cosa les daria; mas por consejo de los suyos, hubo de dar grandes tesoros a los embajadores por evitar discordia. De allí a su tiempo la reina parió un hijo, i contra la voluntad del rei le hizo bautizar, siempre rogándole quisiese ser cristiano; mas no lo quiso hacer, ni oír hablar de ello, i el niño no vivió sino tres dias, i dijo el rei a la reina: Si tú lo ofrecieras a mis dioses no muriëra el niño. La reina le dijo: De esto no recibo pena alguna, ántes doi gracias a mi Criador, que quiso recibir en su reino el primer fruto de mi vientre. El año siguiente parió la reina otro hijo, i fué asimismo bautizado, i estuvo tan malo, que todos pensaban que muriera, i dijo el rei a la reina: Bien te dije que no le bautizases, i viviria: mas no tiene ningun remedio, que mis dioses están airados contra mí por ello; i la reina, por temor de su marido, rogó a Dios por su salud, i luego fué sano.

---

## CAPÍTULO III

Como el rei Clovis hubo victoria contra sus enemigos, i creyó en la fe de Cristo.

En este tiempo el rei Clovis hizo guerra con los cristianos comarcanos, vecinos de Francia; i estando con todo su poder en el campo llano, mandó fuesen contados los soldados que tenia de pelea, i hallaron ser ciento i treinta mil; i asimismo procuró saber, de algunos cautivos, cuántos eran los cristianos que le esperaban a la batalla que tenían ordenada, i dijéronle que serian hasta cincuenta mil hombres de pelea. I despues que esto supo, teniendo la victoria por cierta, dió mucha prisa a mover su jente e ir a buscar sus enemigos, que no estaban léjos, los cuales, de que supieron la venida de los paganos, los esperaron con magnánimos corazones, confiando en la ayuda de Dios. Puestos en buen orden empezaron la batalla, i plugo a nuestro Redentor de dar tal esfuerzo a los suyos, que en poco tiempo fueron los paganos desbaratados, i le fué forzoso al rei Clovis huir i acogerse a un

montecito que cerca estaba, i de allí miraba como los suyos sin ninguna resistencia miserablemente morian a manos de los cristianos; i estando allí maldiciendo a sus dioses, se llegaron a él algunos de los caballeros, que por la continúa predicacion i amonestacion de la reina creian secretamente en la fe de Cristo, i le dijeron: Señor, sin dudã esto procede del infinito poder del Dios de los cristianos, en quien la reina, nuestra señora, cree i adora; i segun parece, ya tus dioses ningun poder tienen, i conviene, para salvacion tuya i de tu jente, creer en el verdadero Dios que la reina continuamente predica. Estando en esto, vió el rei cómo su jente arrojaron las armas, entendiendo solamente en huir i acojerse al monte donde estaba, siguiéndolos sin ninguna piedad los cristianos; i viendo el rei esto, bañado en lágrimas, i puesto de rodillas, a grandes voces empezó a decir: ¡Oh Jesucristo, Hijo del verdadero Dios, en el cual mi mujer cree, i de perfecto corazon predica i notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones, i da remedio a los que esperan de él! con mui contrito corazon pido tu ayuda, porque sea mi jente librada de las crueles armas de los

cristianos, que yo te prometo recibir tu santo bautismo con toda mi jente. Acabado de decir esto, vido que los cristianos dejaron el alcance, i sin mandado de los capitanes, se retiraron adonde estaban al principio de la batalla; i el rei Clovis mandó tañer los añafles, i cojer su jente que le quedaba, i con ella se volvió a Francia, i contó a la reina, su mujer, lo que le habia acaecido con los cristianos, i ella hubo gran placer de ello.

---

## CAPÍTULO IV

Como el rei Clovis recibió el bautismo por mano de San Remi, i como en su bautismo milagrosamente fué traída una redoma del cielo, de la cual hasta hoi dia son unjidos en su consagración los reyes de Francia en la ciudad de Remis.

Cuando la reina oyó que el rei habia prometido recibir el santo bautismo, fué muy alegre, i mandó llamar a un santo hombre llamado Remi, para que instruyese al rei en la fe. El santo hombre lo hizo así, i le doctrinó en todo lo que habia de creer i obrar, segun conviene al buen cristiano, i fueron

edificadas iglesias, i hechas pilas para bautizar. Estando San Remi bautizando al rei Clovis, queriéndole untar con la crisma, como lo manda la Iglesia, milagrosamente vieron los que presentes estaban, una paloma que descendia del cielo con una redoma llena de crisma en su pico, i a vista de todos la dejó caer en San Remi, i de ella fué primeramente unjido el rei Clovis, i despues todos los reyes de Francia que le han sucedido; la cual redoma ha estado siempre, i aun está en la iglesia de San Remi. Bautizado el rei, fueron bautizados los demas de su corte, i poco a poco todos los demas del reino.

---

## CAPÍTULO V

Del primer libro; i contiene cinco capítulos i habla primeramente del rei Pipino i de Carlo Magno su hijo.

Hace mencion el libro presente del rei Clovis, el primer rei de Francia cristiano, i duró su línea o jeneracion hasta el rei Hildericus, el cual fué mui devoto contemplativo, i curaba poco de las cosas mundanas,

i sin ejercitar las obras reales, se metió en relijion por hacer vida solitaria. Ahora de-jo de hablar de la jeneracion del rei Clovis, que se acabó en este rei Hildericus, i contaré del rei Pipino, el veinticuatro rei de Francia i de su hijo Carlo Magno, en cuyas hazañas tomó el presente libro oríjen i fin. Léese en el libro que se dice Espejo Historial, fué puesto el rei Hildericus en relijion i alzado por príncipe Pipino, noble caballero, de alta sangre, mui esforzado i sagaz en los hechos de la guerra, i dotado de muchas virtudes, i fué tan querido de todos los del reino, que procuraron alzarlo por rei aunque Hildericus vivia. I habiendo su consejo, como sin reprehension le podian alzar por rei, acordaron enviar una embajada al papa llamado Zacarías, con esta cuestion i demanda, diciéndole cuál era mas digno de la corona real: el que vela i trabaja por la paz i tranquilidad del reino, o aquél que solamente de su ánimo puesto en relijion, hace vida solitaria? I el papa respondió, que aquél que reja bien el reino, i le tenia en su justicia, era verdadero rei. I visto esto los grandes del reino, i mirando un dicho de Salomon que dice: El príncipe ne-

glijente hace el pueblo perezoso, i que es bendita la tierra que tiene príncipe noble, alzaron al noble Pipino por rei, i fué unjido con autoridad apostólica por manos de San Estéban; i ordenó que los reyes de Francia sucediesen de jeneracion en jeneracion, i no heredasen las mujeres; porque ningun señor de estrañas tierras no señorease el reino, i fué casado con la noble reina Berta, hija del grande Herclin César, de donde el linaje de los romanos, jermanos i griegos descenden, por donde a buen derecho su hijo Carlo Magno fué elejido por emperador de Roma. Reinó Pipino con gran prosperidad diez i ocho años, fué enterrado en su iglesia de San Dionisio, cerca de Paris, i quedó el rejimiento a Carlo Magno, su hijo, como por estenso se dirá.

---

## CAPÍTULO VI

Como Carlo Magno, despues de hechas muchas constituciones con el papa Adriano, fué alzado emperador de Roma.

Carlo Magno, despues de la muerte de un hermano suyo, fué rei i señor de toda la pro-

vincia de Francia, i fué llamado Carlo Magno, así por sus grandes virtudes i hazañas que hizo, como por el grandor de su cuerpo. I en aquel tiempo el papa Adriano hacia continuamente guerra a los infieles, aumentando la fe cristiana, i destruyendo las herejías: construía iglesias, i mandaba hacer imágenes a representacion de los bienaventurados santos, en corroboracion de la fe de Cristo; i Carlo Magno asimismo jamas cesaba de guerrear i destruir los infieles que confinaban con sus reinos. Venidas a noticias del papa Adriano las grandes virtudes i hazañas de Carlo Magno, envióle a rogar que quisiese llegarse a Roma, lo cual luego puso por obra Carlo Magno, i con la jente de guerra que tenia pasó los puertos, i entró en Italia; i llegando a Roma fué con mucha honra i alegría recibido. I donde a poco tiempo el papa Adriano allegó toda la jente que pudo, i con Carlo Magno descubrió toda la Lombardía i las otras provincias de Italia, tomando villas, ciudades i fortalezas que estaban en poder de paganos, i tomaron la ciudad de Pavía, i elijieron un mui santo hombre por obispo, i ordenaron ciento cincuenta i tres obispos, arzobispos i

abades, i fueron repartidos por toda la provincia. Instituyeron asimismo grandes privilegios i constituciones en favor de la Iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos, el uno se llamó Pipino i el otro Luis, con los cuales i i con los doce pares que estaban juramentados, i habian prometido fidelidad el uno al otro, defendiendo la fe, hizo grandes guerras a los infieles, i despues que hubieron desarraigado las herejías de Italia, se volvieron para Roma. En aquel tiempo los romanos habian muerto a su emperador, i entre ellos habia discordia: los unos querian a Constantino, hijo del emperador muerto, i los senadores querian otro. Viéndolo el papa Adriano, habló con ámbas partes, loando las virtudes i grandes hazañas de Carlo Magno, de manera que todos tuvieron por bien de le escojer i alzar por emperador; i donde a pocos dias falleció el papa Adriano, i sucedió el papa Leon, hombre de mui santa vida, el cual de consentimiento de los romanos, coronó a Carlo Magno de la corona imperial.

## CAPÍTULO VII

De la estatura de Carlo Magno, i de su modo de vivir.

Carlo Magno, siendo emperador, hizo muchas cosas maravillosas. Imperó trece años, i ántes habia reinado treinta i tres. En tierra de Roma edificó muchas ciudades, restauró muchas villas i lugares, que fueron destruidos por grandes guerras, e hizo otras hazañas, que por escusar prolijidad dejo de contar. Escribó Turpin, santo hombre, arzobispo que fué de Remi, el cual anduvo mucho tiempo en su compañía, que era hombre de gran cuerpo, bien fornido i proporcionado de miembros, con mucha lijereza, feroz en el mirar, la cara tenia larga, i traia continuamente la barba larga de un palmo, los cabellos negros, la nariz roma: tenia mui honorable presencia, los ojos como de leon, tirando algo a bermejós i relucientes: las cejas i sobrecejas declinantes a rojas: si estaba enojado, con solo mirarle espantaba; el cinto con que se ceñia tenia ocho palmos de largo; los muslos i pantorrillas bien fornidas, i grandes piés a mara-

villa. Su comer era dos veces al dia, i poco pan le bastaba; comia un cuarto de carnero i dos gallinas; su cena era de caza asada; bebia tres veces no mas con poca agua; alcanzaba mui grandes fuerzas, que muchas veces le vieron hendir yelmos i cabezas hasta los dientes de un golpe de espada; i estando a caballo, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo: tenia en sí tres condiciones de gran virtud. Primeramente era en todo mui moderado en mandar, era contrario del emperador Titus, hijo de Vespasiano que era tan pródigo, que algunas veces no bastaba a dar lo que prometia. Segundamente era tan avisado en juzgar, por lo que jamas se quejó nadie de él, i usaba algunas veces de piedad segun la persona i la calidad del delito. Terceramente era mui astuto en hablar: asimismo escuchaba con mucha atencion al que le hablaba.

---

## CAPÍTULO VIII

Como Carlo Magno doctrinaba sus hijos e hijas.

Hacia Carlo Magno enseñar a hijos e hijas las siete artes liberales, i siendo los hijos de edad, los hacia enseñar mui bien a cabalgar en caballos, mandábalos armar de todas armas, i jugar hachas de armas i lanzas, i despues justas, porque fuesen diestros en la guerra; i finalmente les hacia ejercitar todo jénero de armas i modo de pelear, así en pié como a caballo. Despues de esto los mandaba ir al monte a la caza de jabalíes, osos i otros animales feroces; i mandábales siempre huir de toda ociosidad. A las hijas mandaba hilar, tejer, labrar oro, seda, i otros ejercicios mujeriles, porque el ocio no las hiciese caer en pensamientos desordenados. ni inclinarlas a vicios. I cuando Carlo Magno estaba desocupado de sus graves negocios, se ocupaba en leer i escribir alguna cosa nueva, tomando el ejemplo que nos dejó San Pablo en sus epístolas, amonestándonos a hacer siempre alguna obra buena, porque nuestro enemigo no nos halle

ociosos. En Aquisgran de Alemania, en sus palacios, mandó hacer una iglesia mui maravillosa, i la dotó de mucha renta a honra de nuestra Señora.

---

## CAPÍTULO IX

Del estudio i obras caritativas de Carlo Magno.

Siendo el emperador Carlo Magno instruido en las artes liberales i otras ciencias morales i espirituales, gastaba mucho tiempo en leer libros, visitaba la iglesia tres veces al dia, a la mañana, al medio dia i a la noche. En las fiestas solemnes mandaba cumplidamente honrarlas, distribuyendo mucha cantidad de sus bienes. Era mui caritativo i limosnero, i no solamente con sus vasallos, mas enviaba cada año a Siria, Ejipto i a Jerusalem, repartiendo grandes tesoros a personas necesitadas. En sus comidas i cenas siempre tenia lectores que leian cosas de Dios, queriendo apacentar el alma de viandas espirituales, para dar gracias al Creador, cuando entendia en dar

sustento corporal al cuerpo para conservar la vida; i entre otros libros se deleitaba mucho en uno que se llama *Civitate Dei*. Tenia por uso a las noches quebrar a veces el sueño i pasearse un rato, rezando sus devociones. Enviaba cada año dos veces hombres buenos que visitasen las ciudades i villas de sus reinos, por saber cómo eran rejidos, i si se ejecutaba justicia, porque no fuesen los pequeños agraviados de los mayores, i oyendo Aaron, rei de Persia, la magnificencia i nobleza de Carlo Magno, le envió un elefante, i el cuerpo de San Cipriano i de San Esperatus, i la cabeza de San Pantaleon, mártires.

---

## CAPÍTULO X

Como en un lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno haciendo guerra a los paganos.

En el libro primero he hablado del primer rei de Francia cristiano, descendiente segun mi propósito hasta Carlo Magno, cuyas hazañas no podrá ningun hombre enteramente contar, ni las de los doce Pares, de

cuyas proezas hablaré en su lugar, segun lo hallé en Crónicas francesas, i lo que arriba está escrito he sacado de un libro auténtico, llamado Espejo Historial; i sin discrepar ninguna cosa, le volví del latin en lengua castellana. I este segundo estaba en metro frances, i fuí rogado le pusiese en castellano, ordenado por capítulos; i dícese que Fierabras fué un maravilloso jigante, i que fué vencido de Oliveros, i recibió el bautismo, i fué santo. Despues de la cruda batalla de Oliveros hablaré de las reliquias que cobraron los cristianos, de las que fueron llevadas de Roma, i estaban en poder del almirante Balan, padre de Fierabras. I en este libro no entiendo hacer otra cosa, sino volver los versos franceses en prosa castellana, siguiendo al pié de la letra, sin añadir ni quitar cosa alguna; i este libro es por la mayor parte aplicado a la honra de Oliveros: aunque haya otras materias i muchas sentencias, ya entiendo hablar de cada uno de los principales varones de Carlo Magno, que se dicen doce Pares de Francia, que eran capitanes del ejército, i eran hombres de mucha estima i virtud, i valientes por sus personas, i grandes señores, i de noble sangre;

ya de valientes habia mucho, segun hallo en las Crónicas francesas. Primeramente Roldan, conde de Ceconia, hijo de Milon i de Berta, hermana de Carlo Magno; Oliveros, conde de Genes, hijo de Regner; Ricarte, duque de Normandía; Guarin, duque de Lorena; Gioste, señor de Bordolis; Hoel, conde de Nántes; Oger el Danois, rei de Daria; Lamberto, príncipe de Bruseles; Trietti, duque de Dardania; i Basin, de Beasibais; Guy de Borgoña; Guadabois, rei de Frisa; Ganalon, que hizo despues traicion, como diré al fin del tercer libro; Sanson, duque de Borgoña; Riol de Man; Alos i Guillermet Cesmet; Naymes, duque de Fanaria, i otros muchos, que aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, eran sus súbditos, i hacian lo que les mandaba; mas la mayor parte de los nombrados le acompañaban siempre.

## CAPÍTULO XI

Como vino Fierabras al ejército de Carlo Magno buscando cristiano o cristianos con quien pelease.

El almirante Balan era un gran señor muy poderoso, y tenía un hijo llamado Fierabras, hombre de maravilloso grandor, de grandísimas fuerzas, de magnánimo corazón, muy diestro en todas armas, y era rey de Alejandría, y señor de toda la provincia de Babilonia hasta el mar Bermejo y Jerusalem. Con muy gran número de infieles entró una vez en Roma, y se llevó la corona de nuestro Redentor Jesucristo y los santos clavos con que le enclavaron en la cruz, y otras muchas reliquias; y llamábase Fierabras de Alejandría, el cual, como supiese de sus espías que el emperador Carlo Magno y los doce Pares de Francia estaban en Mormionda con un gran ejército, lleno de soberbia y arrogancia, confiando en sus grandes fuerzas y destreza, cabalgó en un brioso caballo, y tomando una gruesa lanza, se fué solo a Mormionda, y no hallando con quien pudiese hablar, con espantable voz comenzó a decir de esta ma-

nera: ¡Oh emperador Carlo Magno, hombre cobarde i sin ninguna virtud, envía dos, tres o cuatro de los mejores de tus varones a un hombre solo que espera batalla, aunque sea Roldan, Oliveros, Trieti, Oger el Danois, que te juro a mis dioses no les volver la cara, aunque sean seis. cata que estoi en el campo solo, i mui alejado de los míos, i si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardía i la de los tuyos, indignos de llamarse caballeros. Pues tuviste osadía de acometer la morisma, i de ganar reinos i provincias, ¡ten esfuerzo de dar batalla a un solo caballero! Dicho esto ató su caballo a un árbol, quitóse el yelmo, i se tendió en el suelo, i dende a poco alzó la cabeza, mirando a todas partes si venia alguno; i desque no vido a ninguno, dando mayores voces comenzó a decir: ¡Oh Carlo, indigno de la corona que tienes, con un solo caballero moro pierdes la honra que en grande multitud de moros muchas veces has ganado! ¿Oh Roldan, Oliveros i Oger el Danois, i los que vos llamais doce Pares, de quienes tantas hazañas he oído, cómo no osais parecer delante un solo caballero? ¿Habeis por ventura olvidado el pelear, o vos hace miedo mi

lanza? Venid, venid todos los doce Pares, pues uno solo no osa.

---

## CAPÍTULO XII

Como preguntó el emperador a Ricarte quién era Fierabras.

Carlo Magno, el emperador, oyendo las palabras de Fierabras, maravillándose mucho de su atrevimiento, preguntó a Ricarte de Normandía, que ¿quién era el pagano que tanto le amenazaba? I respondió Ricarte: Señor, este es hijo del almirante Balan, hombre de mui grandes rentas, i señor de muchas provincias, i es el mas feroz hombre del mundo: llámase Fierabrás, i es aquel que entró en Roma, i mató al Apostólico i a otros muchos, i robó las iglesias, i el que echó las santas Reliquias, por las cuales tantos trabajos i fatigas has recibido: es hombre de grandes fuerzas, i mui diestro en todas armas. Entónces dijo Carlo Magno: Tengo esperanza en Dios que su gran soberbia i locura será humillada i abatida. I viendo que ninguno de los doce se movia

para la batalla, tuvo algun enojo entre sí; i sin darlo a conocer a nadie, llamó a su sobrino Roldan, i díjole: Sobrino, yo os ruego os armeis, i salgais a la batalla con Fierabras, que yo espero en Dios sereis victorioso.

---

### CAPÍTULO XIII

De la respuesta de Roldan al emperador Carlo Magno:

Señor, respondió Roldan al emperador; por cierto yo no iré a la batalla si no van otros primero; i la causa es esta, que la postrera batalla que dimos a los paganos los nueve caballeros fuimos cercados de cincuenta mil moros, i hacíamos tanto de nuestras personas, que la mayor parte de ellos metimos a muerte; mas no sin grande trabajo i heridas de nuestros cuerpos, como se ve por el buen conde Oliveros, que está a la muerte de ellas; i cuando llegamos a tu acatamiento, estando cenando, dijiste públicamente que los caballeros ancianos lo habian hecho mucho mejor en la batalla que los mozos; pues que así es, envia tus ancia-

nos caballeros, i verás cómo se habrán con Fierabras, i en mí no tengas esperanza alguna, ni de mis compañeros, si no quieres perder mi amistad. Cuando Carlo Magno oyó a Roldan, con grande enojo que hubo le tiró una manopla de acero, i le dió en las narices; i Roldan cuando vió su sangre, con gran furor echó mano a la espada, i de echo hiriera al emperador, su tio, si no se metieran los caballeros en medio; i Carlo Magno mandó a grandes voces que le prendiesen i le sentenciasen a muerte; i Roldan sacó su espalda, i dijo: No se llegue nadie a mí sino el que tuviere aborrecido el vivir; el que se moviere, sacarlo he presto del mundo. I Roldan era tan querido en la corte, que a todos pesó de su discordia, i no hicieron ningun semblante de lo prender por mas que lo mandase el emperador. I apartado Roldan de delante de Carlo Magno, se llegó Oger el Danois a Roldan. i le dijo: Señor Roldan mucho errasteis en lo que hicisteis, a vos era dado honrarle i obedecerle mas que otro ninguno, así por el deudo, como porque siempre a vos honró mas que a otro. I como Roldan hubiese perdido la saña, dijo: Señor Oger, en verdad yo le mata-

ra si vosotros no os hallárades allí, mas soi de ello mucho arrepentido, i me pesa de haberle enojado.

---

## CAPÍTULO XIV

De una reprension del autor contra Carlo Magno i Roldan por la cuestion pasada.

Primeramente quiero hablar contigo Carlo Magno, noble emperador, de las cuestiones que con tu sobrino el mui esforzado Roldan hubiste, pues así por la edad, como por las ciencias i doctrinas, a las cuales desde tu infancia fuiste inclinado, conociendo la perseverancia de los ancianos, i la mudanza fácil de los mozos; ¿por qué alabas tan públicamente los ancianos mas que los nueve caballeros, pues sabias que el noble Oliveros estaba a la muerte de las heridas que aquel dia recibió? Pues a tu sobrino Roldan ¿quién le vió jamas huir de llevar la delantera en todas fronteras i batallas? ¿I quién se halló jamas de mayor corazon ni osadía, al cual ninguna multitud de paganos jamas espantó ni hizo volver atras?

Acordársete debia de las grandes honras que por sus señaladas hazañas habias recibido. Miraras tambien, sagaz i discreto viejo, que los primeros movimientos no están en manos del hombre. Miraras en el dicho del filósofo, que dice: *Vindictam differ pertranseat furor*. Que no debe el hombre vengarse siendo envuelto en ira. Trajeras a la memoria el dicho del Eclesiastes en el décimo capítulo: *Nihil agas in operibus injuriæ*. Consideraras que todos los vivientes desean la gloria i alabanza de sus buenos hechos: i por esto se ponen, así los reyes i grandes señores, como los menores, en las grandes afrentas i peligros; i los caballeros menospreciando el vivir, por dejar loable fama, ponen sus vidas al tablero por sus reyes i señores, lo cual muchas veces hizo tu leal sobrino Roldan; i en lugar de su digna alabanza i galardón, te oyó alabar a otros que no tan bien como él lo merecian. I tú, Roldan, noble i valiente caballero, en quien nunca faltó virtud, ¿de dónde te procedió responder con tanta soberbia al emperador, hombre de tanta honra i valor, a quien la mayor parte del mundo teme i honra? ¿A tu tío, de quien tantas honras i mercedes has recibi-

do? Mas razon era cierto que lo sufrieras, que no que le hablaras con tanta descortesía; i si todo esto no te movia a paciencia, miraras que todos los mozos son tenidos de catar honra i obediencia a los ancianos. Miraras asimismo al ejemplo que nos dió Isaac en la obediencia que tuvo a su padre, i al dicho del Apóstol: *Juvenes servant amicos adimuntque timorem*. I el apóstol San Pablo nos dijo en su epístola, que debemos sufrir i comportar como padres: i si el emperador loó a los ancianos, no por eso deshonoró proezas de los mozos: mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.

---

## CAPÍTULO XV

Como Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia a Carlo Magno para salir a la batalla con Fierabras.

Estaba Carlo Magno triste i enojado, así de D. Roldan, como porque ninguno de los suyos se ofrecia a responder a la demanda de Fierabras, quiso armarse para salir a él, si le dejaran los caballeros. I venido esto a

noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido, hubo de ello grande enojo, así por la discordia de Roldan con Carlo Magno, como tambien por no se hallar dispuesto para la batalla de Fierabras. I despues que supo que ninguno de los doce Pares se movia a servir a Carlo Magno en esto, i certificado del menosprecio i amenazas que Fierabras hacia a Carlo Magno i a sus caballeros, i movido de gran magnanimidad i mui leal corazon de servir a su señor, i por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra infieles, saltó de la cama, estirando los brazos i miembros, por ver si comportarian el trabajo de las armas; i mientras se vestia, mandó a Guarin su escudero, que presto le aparejase las armas, i el escudero le dijo: Señor, habed merced de vuestra propia persona, que parece que voluntariamente quereis acortar vuestros dias. I Oliveros le dijo: Haz presto lo que te he mandado, que no se debe tener en nada la vida donde se espera ganar honra: grande mengua seria mia si el pagano se fuese sin batalla; i pues dicen que en la necesidad se conoce el amigo, no es justo dejar al emperador, mi señor, en tanta congoja; i Guarin

le armó de todas armas, i armado Oliveros, saltó de un salto veinticinco piés, i del salto se le abrieron las llagas, i salió de ellas abundancia de sangre: mas ni por eso, ni por ruegos, ni por escudero no quiso desarmarse, ni dejar de ir a la batalla, i luego ciñó su espada, llamada Altaclara; i ensillando el caballo, saltó en la silla sin poner pié en el estribo, i puesto el escudo al brazo, Guarín le dió una gruesa lanza; i hecha la señal de la cruz, se encomendó al Todopoderoso Dios, suplicándole por su infinita piedad le quisiese guardar en la batalla que esperaba tener con el mas feroz pagano que en aquel tiempo habia; i así fué donde estaba Carlo Magno acompañado de muchos caballeros, entre los cuales estaba Roldan, al cual pesó mucho cuando vió a Oliveros armado; ya sabia estaba mui mal herido, i de grado tomara la empresa de la batalla, si no fuera por el juramento que hizo. I llegando Oliveros delante del emperador, hecho el debido acatamiento dijo: Mui noble i esclarecido señor, suplicote quieras oír mis razones: ya sabes como há nueve años que estoi en tu servicio, i te he servido segun mi poder, aunque no segun tu gran mereci-

miento, i por ende te suplico, que ahora en una merced sea todo galardonado. I Carlo Magno le respondió: Oliveros, noble conde, pide lo que quisieres, que ninguna cosa te será negada. I Oliveros dijo: Señor, suplí-cote que me des licencia para responder a Fierabras, que tantas veces me ha llamado, i en esto serán mis servicios bien galardonados. Fué Carlo Magno mui maravillado i sus caballeros de la demanda de Oliveros, i respondió diciendo: Oliveros, de esto no tengas confianza, que no te daré tal licencia; ¿pides batalla con el hombre mas feroz del mundo, i estás herido de muerte? Entónces se levantó Ganalon i otros parientes suyos, que hicieron la traicion, como en el último libro se dirá, i dijo: Señor, está ordenado i establecido en tu corte, que ninguna cosa que tú mandases, no revocases, ni dejases de hacer, por eso es justo que Oliveros alcance la merced que mandaste. I Carlo Magno le dijo: Ganalon, tú tienes malas entrañas, como te he dicho otras veces; por lo que dijiste dejaré ir a Oliveros a la batalla, mas si muere, tú i todo tu linaje lo pagareis con la vida como traidores. I cuando Carlo Magno vió que no podia negar la merced a

Oliveros, dijo: Oliveros, ruego a Dios que por su misericordia te dé gracia de salir victorioso, i te deje volver con salud ante mis ojos; i echóle el guante, i Oliveros le recibió con mui grande alegría, i despidióse de él i de los demas caballeros, i fuése para la batalla.

---

## CAPÍTULO XVI

Como el conde Regner rogó a Carlo Magno no dejase ir a Oliveros su hijo a la batalla con Fierabras.

El conde de Regner cuando supo que su hijo Oliveros iba a la batalla, con abundancia de lágrimas, temiendo su muerte, se echó a los piés de Carlo Magno, diciendo: Señor, yo te ruego hayas piedad de mi hijo i de mí, ya no tengo otro consuelo ni esperanza en mi vejez sino aquél hijo, i habed asimismo piedad de su ardiente mocedad; i si esto no te mueve a piedad, muévante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las cuales no tiene disposicion para pelear, ni aun para sufrir las armas, por donde ni tú serás vengado del feroz jigante, ni mi

hijo evitará la muerte, ni yo quedaré libre del temor i recelo de mi esperada vejez. I díjole Carlo Magno: Regner, yo no puedo revocar la merced que él ha demandado, i le otorgué: ya le dí mi guante en señas de la licencia; mas espero en Dios que le veremos volver victorioso i con salud. Entónces se volvió Regner a su hijo, i mezclando algunas palabras con muchas lágrimas, le dió su bendicion, i así se partió Oliveros en busca del gigante Fierabras, i salieron todos a lo mirar, lo uno porque sabian que estaba malamente herido, i porque tenian gran placer de verle armado.

---

## CAPÍTULO XVII

Como Oliveros habló a Fierabras, i como el gigante le menospreció.

Llegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabras, i viendo estar a la sombra de un árbol, desarmado i durmiendo, despues de le haber llamado, le habló diciendo: Levántate, pagano, i toma tus armas i caballo; pues

tanto me llamaste, he venido para ver si eres tan feroz en los hechos cuanto tienes la fama i el parecer. Fierabras alzó la cabeza, i viendo un solo caballero no hizo caso de él: volvióse a echar, i Oliveros le llamó otra vez, i Fierabras le preguntó ¿quién era, que tan simplemente venia a la muerte? Oliveros le dijo: Pagano, levántate i toma tus armas i caballo, i ven a la batalla: ya no es hecho de caballero estar tendido en el suelo viendo su enemigo delante. Dices que vine yo a buscar la muerte, es mui cierto, mas la tuya, como verás presto. I Fierabras se sentó, i dijo así: Osadamente hablas, aunque eres pequeño de cuerpo: i si tomas mi consejo puedes volver, i así alargarás la vida, i si todavia porfias de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, i la sangre de donde descienes. I Oliveros le dijo: Tú no puedes saber mi nombre hasta que sepa el tuyo, i no me pareces en tus razones tal cual te mostraban tus amenazas contra el noble emperador, el cual me envió aquí para que diese fin a tus dias, o a lo ménos dejando tus ídolos, hechos por manos de hombres, sin entendimiento ni virtud, creyeses en la Santísima Trinidad, Pa-

dre, Hijo i Espiritu Santo, tres personas i un solo Dios Todopoderoso, criador del cielo, i en la gloriosa Vírjen Santa María. I cuando creyeres firmemente todo esto, mediante el agua del santo bautismo, que sobre esto fué establecido, te podrás venir a la gloria eternal. I Fierabras dijo: Quien quiera que tú seas, eres mui presuntuoso en tu habla, i porque conozcas tu loco atrevimiento, te quiero decir quién soi: yo soi Fierabras de Alejandría, hijo del grande almirante Balan; i soi aquel que destruyó a Roma, que mató al Apostólico i a otros muchos, i llevé todas las reliquias que hallé, por las cuales habeis recibido tantos trabajos; tengo a Jerusalem i el sepulcro donde fué puesto vuestro Dios. I Oliveros le dijo: Fierabras, yo he habido placer de tus nuevas, i ahora tengo mayor deseo de la batalla: ya soi mas cierto de la victoria: levántate i ven presto, que por ella se ha de librar nuestro pleito, i no con palabras. I díjole Fierabras: Cristiano, yo te ruego me digas qué hombres son Carlo Magno, Roldan i Oliveros, porque los he oído nombrar muchas veces en las partes de Turquía. I Oliveros le dijo: Pagano, sepas que Carlo Magno es pode-

roso señor, i mui valiente por su persona i hombre de gran consejo i sagacidad, así en el rejimiento de sus reinos, como en hechos de guerra: i levántate, si no quieres que te hiera así como estás, i arrepentirte has cuando ya no tuviese remedio. I entónces Fierabras le dijo: Dime, caballero, ¿cómo no envió Carlo Magno a Roldan u Oliveros de quien tantas hazañas he oído? ¿O por qué no enviaba cuatro o cinco de los Pares, si uno no osaba? I dijole Oliveros: Roldan jamas hizo cuenta de un solo pagano por mas nombrado que fuese, i solamente por menosprecio tuyo no quiso venir a esta batalla: si tú trajeras tu compañía, él solo te saldria a recibir, i vieras entónces quién era. I el pagano le dijo: ¿I tú quién eres, o en qué erraste a Carlo Magno, que así te envió aquí, como quien envia un cordero al carnicero? Yo te juro a los dioses en quien creo, que por tu buena habla i parecer tengo lástima de tu mocedad; i toma mi consejo, i vuelve a Carlo Magno, i dile que me envíe seis de los doce Pares, que juro al poder de mis dioses de los esperar i dar batalla. I Oliveros le respondió: Pagano, no te cures de tanta plática i dilacion, que si no

levantas te hago juramento a la órden de caballería, que aunque me sea feo, he de herirte i hacer levantar mal de tu grado. I dijo el pagano: Dime pues tu nombre ántes que me levante; i dijo Oliveros: Yo me llamo Guarín, pobre hidalgo, nuevamente armado caballero, i esta es la primera cosa en que sirvo al emperador mi señor, i poniendo la lanza en el ristre, hirió al caballo con las espuelas, en guisa de le herir; i del salto que dió se le abrió una llaga que tenia en un muslo, i saltó grande copia de sangre, de tal manera, que la vió Fierabras salir por entre las armas; i le preguntó: si estaba herido i de dónde procedia aquella sangre. I Oliveros le dijo que no estaba herido, i que la sangre procedia del caballo, que era duro a las espuelas. I viendo Fierabras que salia por las junturas de las armas, le dijo: Por cierto, Guarín, tú no dices la verdad, que no puedes negar que tu cuerpo esté llagado, i decirte he cómo sanarás en un punto, aunque mas llagas tuvieses: llégate a mi caballo, i hallarás dos barrilejos, atados al arzon de la silla, llenos de bálsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalem: de este bálsamo fué embalsama-

do el cuerpo de tu Dios cuando le descendieron de la cruz i fué puesto en el sepulcro; i si de ello bebes, quedarás luego sano de tus heridas. I Oliveros le dijo: Pagano, cumplido en tus razones mas que de hecho, no tengo cura de tu brebaje; i si no te levantas, como villano te haré dejar el habla i despedir del vivir; i Fierabras le dijo: Eso no es cordura, Guarín, i creo te arrepientas si en la batalla entras conmigo.

---

## CAPÍTULO XVIII

Como Oliveros ayudó a armar a Fierabras, i de las nueve espadas maravillosas, i como Oliveros dijo quién era por su nombre.

Como Fierabras hubo rogado a Oliveros que dejase su demanda, i no quisiese entrar en batalla con él, i él en ninguna manera no le quisiese hacer, le dijo: Guarín, tú estas todavía en tu loca porfía; mas creo que cuando me vieres en pié, que solo de la vista te espantarás. I Oliveros enojado de sus pláticas, abajó la lanza, e hizo semblante

que le iba a dar, diciendo: Levántate, villano; i entónces Fierabras con gran furor se levantó, i dijo: Por tu vida, Guarín, më digas ¿qué hombre es Roldán i Oliveros, i la estatura de su cuerpo? I Oliveros le respondió: Oliveros es de mi grandor i tamaño: Roldán, quanto al cuerpo, algo ménos; mas de corazón i valor de su persona no tiene par en el mundo. I dijo Fierabras: Por la fe que debo a Apolin i Tavalgante, mis caros dioses, que me maravillo de lo que dices, que si doce caballeros como tú estuviesen agora aquí, no tendria por grande hazaña matarlos a filo de espada. Mucho hablas, dijo Oliveros, i creo que de mí solo tienes miedo, i por eso dilatas la batalla; ármate, i sal luego, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres. Entónces Fierabras dijo: Guarín, yo te ruego te apees, i me ayudes a armar. I Oliveros le dijo: No creo fuese seso fiar en ti; i Fierabras respondió: Con mucha seguridad te puedes fiar de mí, que nunca en mí reinó traicion ni vileza. Entónces Oliveros saltó lijeramente del caballo para armar a su enemigo, i él dijo: Guarín, yo tq ruego en tus hechos seas hidalgo, i Oliveros le dijo que

lo sería, i así le empezó a armar, i primeramente le vistió un cuero cosido, i despues una gruesa cota de malla, i luego un peto de acero, i encima de todo esto un arnes mui reluciente, guarnecido de piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesía de Oliveros, nuevamente le rogó Fierabras que dejase la demanda, ofreciéndole todo el prez i la honra de la batalla, i Oliveros le dijo: Pagano, no cures hablar en eso, que yo te llevaré muerto o vivo a Carlo Magno, mi señor. Entónces Fierabras ciñó su espada, llamada Ploranza, i tenia otras dos al arzon de la silla; la una se llamaba Baptisto, i la otra Graban, las cuales eran de tal temple, que ningun arnes, por fino que fuese las melló ni hizo seña en ellas. Hicieron estas espadas tres hermanos, i cada uno hizo tres: llamábase el uno Galfus, el otro Munisicans, i el otro Ausiax. Ausiax hizo las espadas llamadas Baptisto, Ploranza i Graban, las cuales tenia Fierabras. Munisicans hizo las espadas llamadas Durandal, esta hubo Roldan; la otra Salvagina, i la otra Cortante, estas hubo Oger el Danois. Galfus hizo las espadas llamadas Flanberge i Altaclara, estas tenia Oliveros; i la otra se llamaba

Joyosa, esta tenia Carlo Magno. Estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que ántes ni despues nunca hicieron otras tan buenas; i ceñida la espada, Oliveros rogó a Fierabras que cabalgase, mas no quiso cabalgar hasta que vido a Oliveros en su caballo, i entónces, sin poner pié al estribo, saltó mui lijeramente en la silla, i armado era cosa espantable de ver, que tenia quince piés de largo, i bien fornido segun la grandeza, i puesto un escudo de acero al caballo, en medio del cual tenia pintado el dios Apolin, i encomendándose a él, tomó una mui gruesa lanza en la mano, que a un árbol tenia arrimada, i vuelto con fiero semblante a Oliveros, meneando su lanza como si fuera una paja, otra vez le rogó que se volviese sin batalla, diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. I entónces Oliveros dijo: Pagano, piensa ya de ser en este dia buen caballero, que tengo esperanza en aquél que por el humano linaje recibió muerte i pasion de te llevar muerto o vivo a Carlo Magno: dicho esto, volvió el caballo, tomó del campo a su placer, i puesta la lanza en el ristre, le dijo que se defendiese hasta la muerte. Fierabras, visto

que no se escusaba la batalla, hincó la lanza en el suelo, i se fué hácia Oliveros, rogándole que aun dos razones le oyese, i le dijo: Tú eres cristiano, i tienes gran confianza i esfuerzo en la ayuda de tu Dios, por el cual te conjuro, i por el bautismo que recibiste, i por la reverencia que debes a la cruz, donde tu Dios fué colgado i enclavado, i asimismo por la fidelidad que debes a Carlo Magno, tu señor, que me digas si eres D. Roldan u Oliveros, o alguno de los doce Pares, que tu grande osadía me hace creer ser alguno, o el principal de ellos; i que por verdad sepa tu nombre, i el linaje de donde descienes. Oliveros le dijo: No sé, pagano, quién te enseñó a conjurar al cristiano, que mas fuertemente no me podrias apremiar a decir verdad; por ende sepas, que yo soi Oliveros, hijo de Regner, conde de Genes, uno de los doce Pares de Francia. Por cierto, dijo Fierabras, bien conocí en tu atrevimiento i osadía que no eras otro que el que me has dicho; i pues que es así, señor Oliveros, vos seais bien venido, i si ántes os conociera ántes hiciera vuestro mandado; i porque veó teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro cuerpo sale, habeis

de hacer dos cosas, la una, o vos volver a curar vuestras llagas, o bebed del bálsamo que conmigo traigo, i luego sereis sano, i así podreis bien pelear i defender vuestra vida; i a mí seria grande mengua mataros, siendo de otro caballero herido. Señor Fierabras de Alejandría, dijo Oliveros, a mucha merced os tengo la buena voluntad, maş soi cierto que no tengo necesidad de ello: dejemos las hablas i entendamos en los hechos, i vereis lo que os digo, i no dilateis mas ya nuestra batalla, pues no se escusa, salvo con esta condicion, que dejando vuestros ídolos recibieseis el bautismo, i tuvieseis la creencia que los cristianos tenemos: i si esto haceis, tendreis por buen amigo al emperador Carlo Magno, i a D. Roldan por vuestro especial compañero, i yo os prometo de nunca dejar vuestra compañía. I Fierabras dijo, que de ninguna manera lo haria.

---

## CAPÍTULO XIX

Como Oliveros i Fierabras comenzaron su batalla, i como Carlo Magno rogó a Dios por Oliveros.

Apercibidos i puestos en órden los dos caballeros, rogó Fierabras a Oliveros otra vez que bebiese del bálsamo; i Oliveros le dijo: No quiero, Fierabras, vencerte por virtud del bálsamo, sino con espada cortante, i con buenas armas mui lucidas, como caballero. I dicho esto, tomaron el campo a su voluntad, lo que pareció haber menester; i con toda la fuerza que los caballos podian, se vinieron el uno para el otro, i el encuentro fué tal, que volaron las lanzas en el aire hechas muchas astillas, i quebradas las lanzas echaron mano a las espadas, sin que en ellos se conociese mejoría alguna; i de esto estuvo mui maravillado Fierabras; i aunque estaban asaz apartados del ejército, peleaban en lugar que el emperador Carlo Magno i los otros caballeros le veian mui bien; i viendo Carlo Magno el peligro en que Oliveros estaba, se entró en su retraimiento mui triste, donde tenia un devoto crucifijo;

i abrazado con la cruz, con abundancia de lágrimas i devoto corazon comenzó a decir: Mi Dios, cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego quieras ser en ayuda de Oliveros, que por defender tu santa fe está en gran peligro. En esto andaban los dos caballeros mui feroces peleando, de manera que salia de las armas mucho fuego, i los yelmos abollados; i ellos i los caballos de cansados hubieron de retirarse para descansar un poco: i vueltos a su comenzada batalla, dió Oliveros tal golpe a Fierabras, que toda la pedrería, oro i otras joyas de gran valor hizo volar por el suelo: i quedó tan aturdido del golpe, que perdió los estribos i las riendas del caballo, i por poco cayera en el suelo. Viendo este golpe Carlo Magno i sus caballeros, hubieron todos gran placer; i entónces D. Roldan dijo: Oliveros, mi especial amigo i compañero, pluguiese a Dios que ahora yo estuviese en tu lugar por dar presto fin a la batalla, no porque tú no seas suficiente para mayor hecho, si sano estuvieses de tu cuerpo, mas recé-lome que tus llagas te acarreen la muerte tanto como las fuerzas del jigante. Estas palabras oyó Carlo Magno, i díjole: Mejor

fuera, cierto, que tú sano i rogado, fueras a la batalla, que Oliveros está malamente herido, mas si muere en esta batalla, jamas olvidaré tu ingratitud; i a esto ninguna cosa respondió D. Roldan. Tornando en sí Fierabras, i cobrando los estribos i las riendas del caballo, echando espuma por la boca, i los ojos vueltos en sangre, i quitada la visera, llamando la ayuda de sus dioses, se fué para Oliveros, i con la espada llamada Baptisto le dió tal golpe, que el yelmo le abolló, i cortó los lazos, e hizo volar toda la malla por el suelo; i le hirió mui malamente el caballo i llegándole la espada a la pierna izquierda, le cortó la grava, e hirió mui mal en la pierna, i quedó la espada de Fierabras ensangrentada; i de este golpe fué el buen caballero Oliveros mui aturdido, i cayera del caballo si no se abrazara con el arzon de la silla, i dijo entre sí: ¡Oh mi Dios, Criador, qué cruel golpe es este que he recibido! ¡Oh Vírjen i Madre de Dios! a ti me encomiendo, no permitais que muera yo en manos de este cruel infiel, i para descansar algun poco se quitó la visera; i cuando Fierabras le vió tan demudado, le dijo: Oh Oliveros, noble caballero, ya sabrás cómo cor-

tan mis espadas i el modo de pelear; toma mi consejo, i vuélvete a tu posada, i haz que te curen tus llagas, porque si porfias en esta demanda no vivirás dos horas; yo te veo mui demudado por la sangre que has perdido i pierdes; envíame a D. Roldan o a cualquiera de los otros doce, que aquí los esperaré, i a ti mismo cada i cuando que volvieres sano: i esto has de hacer ántes que conozcas mas mis fuerzas. Cuando Oliveros oyó esto, lleno de enojo, apretando la espada en la mano, i cubriéndose del escudo, dijo: Oh pagano, todo el dia me estás amenazando de darme la muerte, mas yo espero en Dios de hacer eso en ti; i en diciendo esto, arremetieron el uno para el otro, i se hirieron tan poderosamente, que subian por el aire las centellas que de las armas salian, i sin descansar un punto, un golpe alcanzaba al otro; i el ruido que hacian era tan grande que parecia herrería.

Estaba Carlo Magno i sus caballeros maravillados de tan cruda batalla, i entrándose Carlo Magno en su retraimiento, con perfecta fe comenzó a decir: ¡Oh glorioso Dios, que por nosotros recibiste muerte i pasión! pléguate por tu misericordia ser en ayuda

de Oliveros, porque no perezca en manos de aquel enemigo tuyo i de tu santa fe; i en este tiempo no cesaban los caballeros de herirse cruelmente; de manera que Fierabras cortó un aro de acero dorado i labrado a maravilla, que tenia Oliveros al rededor de su yelmo, i le cayó sobre los ojos, i el golpe le abolló las armas, i le hirió en los pechos. Oliveros malamente herido, i con grande esperanza de socorro de Dios, empezó a decir: ¡Oh glorioso Dios! principio, medio i fin de todas las cosas, el cual con tu propia mano formaste a nuestro primer padre Adan, i por compañera le diste a Eva, sacada de su costilla, i en el Paraíso Terrenal los colocaste, i un solo fruto les vedaste; i de aquél, engañados del diablo, hubieron de comer, i por aquello perdieron el paraíso. I tú, Señor, doliente de la perdicion del mundo, bajaste acá entre nosotros, i tomaste carne humana en el vientre virjinal de la sacratísima Vírjen María, Señora nuestra; i los reyes de lejas tierras te vinieron a adorar. i te ofrecieron oro, incienso i mirra, i despues el rei Herodes, pensando, Señor, de te matar, hizo morir muchos niños inocentes, i despues predicaste en el mundo tu santa doc-

trina; i los judíos envidiosos te clavaron en la cruz, i estando en ella, Lonjinos con la lanza abrió tu santo costado, i de él salió sangre i agua, i cayendo en los ojos del ciego Lonjinos, cobró la vista que tenia perdida, i creyó en ti, i fué salvo; i tu santo cuerpo fué puesto en un monumento de piedra, i al tercero día resucitaste, i sacaste las almas de los santos que en el Limbo estaban; i el día de tu gloriosa Ascension, a los ojos de tus discípulos, subiste a los cielos. Así, Señor, como firmemente creo todo esto, sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en mi ayuda i favor contra este infiel gigante, porque vencido por mí sea convertido a creer en ti, i entre en la carrera de la vida de la salvacion. I dichó esto, con entera esperanza del pedido favor, besó la cruz de su espada i se movió para Fierabras, el cual con mucha atencion habia escuchado todo lo que Oliveros habia dicho, i riéndose de él, dijo: Por tu vida, Oliveros, que me declareis la oracion que has dicho agora con tanta devocion. I Oliveros le dijo: Pluguiese a Dios, Fierabras, que tú creyeres lo que dije, como yo creo, i que dejadas las abusiones de tus ídolos, conocieses tu verdadero Criador i

Redentor, i conociéndolo recibieses su santo bautismo i guardases sus santos mandamientos, mediante lo cual se alcanza la gloria del paraíso. De eso no me hables, dijo Fierabras, que mis dioses son mui piadosos a quien los llama con devocion, i veo que tu Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad, aunque le has llamado muchas veces, por ende te doi por consejo que dejes tu Dios, i te vuelvas moro; que yo partiré contigo toda mi tierra i renta. I Oliveros le dijo: Pagano, simplemente hablas en decir que deje al Criador del cielo i de la tierra, por adorar un ídolo de oro o plata, hecho por manos de hombres: esto hacen los que ciegos de los ojos del entendimiento van tras el diablo engañados, como te traen a ti i a los tuyos; i dejemos razones i vengamos a la comenzada batalla. I Fierabras le dijo: ¿Todavía porfias en morir en mis manos? Pues así lo quieres, procúrate defender, que ninguna piedad tendré de ti. I Oliveros le dijo: Ni yo de ti hasta darte la muerte, o llevarte preso delante del emperador Carlo Magno: i arremetieron el uno para el otro como dos hambrientos leones, i tornaron a su batalla con tanta lijereza i

deseo de pelear como cuando la comenaron; dió Fierabras tan gran golpe a Oliveros, que descendió el golpe e hirió al caballo en la cabeza, i se espantó, i fué corriendo por el campo gran trecho sin que Oliveros le pudiese detener; i tirando de las riendas las hizo pedazos. Cuando Fierabras vido que Oliveros no podia detener su caballo, dió de espuela al suyo, i le atajó el camino, haciéndole parar; i cuando Oliveros le vido cabe sí, pensando que le seguia para lo herir, saltó lijeramente del caballo, i le dijo: Pagano, haz todo lo que pudieres, que ninguna ventaja te conozco: I Fierabras le dijo: No creas, Oliveros, que alce mi espada para te herir miéntras estuvieres a pié, que no tienes tú la culpa de la falta de tu caballo: mas adereza las riendas, i cabalga en él, tornaremos a la batalla, si quieres, i si la quieres dejar para otro dia, en este campo te esperaré. I Oliveros dijo: No cesará la batalla sin la muerte o vencimiento del uno o del otro. Anudadas las riendas del caballo, saltó en él mui lijeramente, i volvieron a la batalla; i despues que se hubieron dado mui grandes i terribles golpes, rodeándose los caballeros el uno al otro, por mejor apro-

vechase de su enemigo, tropezó el caballo de Fierabras, i cayó en una acequia tomando a Fierabras debajo, que no podia en ninguna manera salir; i viéndolo Oliveros, saltó mui presto de su caballo, tomó el de Fierabras por el freno, desviándole que no le pisase, i viendo que Fierabras no se levantaba, le tomó en sus brazos, i levantóle del suelo, i dijo que cabalgase i volviese a la batalla, i Fierabras cabalgó lijeramente, i dijo a Oliveros: Tu gran virtud i nobleza me hace perder el deseo de la batalla, por ende te ruego que la dejes, i lleves todo el prez i la honra. Oliveros le respondió, que en ninguna manera podria él ser salvo de la batalla sin ser forzado de sus compañeros, sino que ya él quisiese ir con él a Carlo Magno; i no queriendo ir Fierabras, tornaron a su fuerte batalla, i dió Fierabras tal golpe a Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas no por eso dejó la batalla. Cuando Fierabras vido a Oliveros volver con tan magnánimo corazon a la batalla, le dijo: Oliveros, grandísimo es el esfuerzo de tu corazon; con tu derramada sangre has regado todo el campo, veo tu yelmo todo abollado, i el arnes despedazado i desguar-

necido; mi tajante espada i mi brazo derecho teñidos en tu propia sangre, tu caballo mui fatigado por los golpes que hoi ha recibido, i yo enojado ya de te herir; i tu fuerte corazon nunca enfadado ni turbado, ántes mucho mas feroz, i no ménos osado que al principio de la batalla: mucho quisiera que gozaras tu noble mancebía, i por esto te he rogado tantas veces que dejases la batalla, i de nuevo te lo rogaria, por no acortar tus dias, si te viese en propósito de tomar mis sanos consejos, mas veo tus fuerzas en mui grande grado menguadas, i tambien tus brazos i miembros mui fatigados, i deseoso de paz por hallar en ella algun descanso; i por otra parte veo tu/engañado corazon arder en el deseo de la batalla, no teniendo en nada los duros golpes de mi tajante i cortadora espada. I ya enojado de mis prolijas razones, atribuyes a cobardía lo que es jenerosidad i nobleza de mi sangre, que me obliga a decir, no ménos la nobleza que en ti he hallado; i pues que tanto huyes de lo que todos los vivientes desean, que es el vivir, encomienda tu alma a tu Dios, que el cuerpo ya no tendrá poder de quitarse del furor de mi espada.

Aun no eran acabadas las tan supérfluas i arrogantes razones de Fierabras, cuando Oliveros, apretando la espada en la mano i cubierto de su escudo, se adelantó para él, i alzados los dos valientes caballeros sobre los estribos, olvidado todo el temor de morir, se dieron tan terribles golpes, que ni la firmeza de los escudos, ni la fuerza de tan vigorosos brazos no pudo defender que las espadas no llegasen a los yelmos, i fueron los golpes de tanta fuerza, que entrambos a dos cayeron sobre los arzones de la silla de pechos, perdido todo el sentido; i de la grande fuerza hincaron los caballos las rodillas en el suelo, i dos grandes partes de los escudos cayeron en tierra, i fué el golpe de Fierabras tal, que resbalando su espada del yelmo de Oliveros, descendió a los pechos, i hendió el arnes i todas las armas, e hirió a Oliveros en la teta izquierda. Viendo Oliveros salir grande abundancia de sangre de su mortal herida, temiendo la muerte, dijo así: ¡Oh verdadero Dios Todopoderoso! oye el ánima, pues que el cuerpo no mereció ser oído, vean, pues, tus clementísimos ojos este inmérito siervo tuyo que te llama en su postrimera hora; no pido ya el vencimiento

de la batalla, solamente suplico, que esta pecadora ánima, rescatada con tu preciosa sangre, no perezca, ni pierda la gloria que a tus fieles prometiste. ¡Oh Vírgen bendita, Madre de misericordia! ruega por tu caballero, que te llama en tanta necesidad. Dicho esto se cubrió con la parte del escudo que le quedaba, i fué para Fierabras, diciendo: Ea, caballero, demos ya fin a esta prolija batalla; procura de te defender, que si quedo en el campo, yo trabajaré que no te alabes en poblado. Cuando Fierabras le vió tan demudado, así en el habla, como en la color del jesto, dijo a Oliveros: Noble caballero, mucho me pesa de tu mal; mas vente para mí presto, beberás el bálsamo, i cobrarás salud i toda la fuerza que has perdido. Oliveros le dijo: ¡Oh jeneroso pagano, ¡cuán grande es tu cortesía i nobleza! Bien parecen tus condiciones a la sangre de do descienes; mas sepas que no llegaré a tu bálsamo, si con la espada no le gano. ¿Cuál hidalgo podrá darte la muerte, habiéndole dado tú la vida? I luego como feroces leones se fué el uno para el otro, i los golpes fueron tales, que vieron los cristianos el fuego que de las armas salia, i Oliveros

acertó a Fierabras en un muslo, i falseadas las armas, le metió la espada por la carne, i salia de él mucha sangre. Viéndose el pagano tan mal herido, desviado algun tanto de Oliveros, mui prestamente bebió del bálsamo, i quedó del todo sano de su herida, i de esto fué mui triste Oliveros, i con grande enojo le dió un gran golpe con la espada, i Fierabras se cubrió del escudo, i descendió el golpe al arzon de la silla, cortó una cadena en que estaban atados los barriles del bálsamo, i cayeron entrambos en el suelo, i del gran golpe se espantó el caballo, i huyendo se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar de se apear i beber del bálsamo a su placer, i luego se sintió sano, ligero i dispuesto como si nunca hubiera sido herido, i de esto dió infinitas gracias a Dios, i dijo entre sí: ningun buen caballero debe pelear con esperanza de tales brebajes; i tomando entrambos barriles, los echó en un caudaloso rio que cerca de allí pasaba, i fueron al hondo del agua; i he leído en un libro auténtico de lengua toscana, que habla de este Fierabras de Alejandría, que todos los dias de San Juan Evangelista parecen los dos barriles encima del

agua, i no en otro tiempo. Cuando Fierabras vido sus barriles perdidos, con grande ehojo dijo a Oliveros: ¡Oh hombre simple i sin cordura! ¿por qué echaste a perder lo que con todo el oro del mundo no se podrá mercar? Apercíbete, pues, que entiendo que lo habrás menester ántes que de mí te apartes; i diciendo esto, con ferocidad se fué para él; mas Oliveros, que mas dispuesto estaba que ántes, con magnánimo corazon le esperó, i dieron mui grandes golpes, i fué el golpe de Fierabras con tan gran ímpetu que resbalando del escudo de Oliveros, acertó en el pescuezo del caballo, i se le cortó, i quedó Oliveros a pié, i Fierabras mui maravillado cómo su caballo no arremetió para Oliveros, que a eso era acostumbrado, i a muchos habia dado la muerte.

---

## CAPÍTULO XX

Como los caballeros hicieron batalla a pié, i como Carlo Magno rogó a Dios por Oliveros.

Como Oliveros se vido sin caballo fué mui triste por ello, i dijo a Fierabras: ¡Oh rei de

de Alejandría! esforzado caballero, valerosamente te has habido hoy contra mí: tú alabaste que a cinco caballeros juntos tales como yo darías batalla, sabiendo que en la orden de caballería está estatuido, que el caballero que en desafío mata el caballo al otro debe perder el suyo: i Fierabras le dijo: Yo sé que dices verdad, bien has visto que no tiraba al caballo, mas no quedarás quejoso de mí, cata aquí mi caballo te doi, que es el mejor del mundo, i estoi muy espantado cómo no te despedazó luego que te vió a pié, que así lo ha hecho a otros muchos caballeros; i luego se apeó del caballo, i Oliveros le dijo: No creas que ninguna cosa reciba de ti, si justamente no la ganare por las armas; i así apeados los dos caballeros comenzaron muy cruda i recia batalla, i parecia Fierabras una torre a par de Oliveros, que era mucho menor de cuerpo, aunque no menor en los golpes ni en la destreza de pelear, ni en la lijereza, i continuando su batalla, tiró Fierabras un golpe con toda su fuerza, pensando acertar a Oliveros en la cabeza; i el noble caballero se desvió al lado derecho, no se apartando de su enemigo, i dió el golpe en el suelo, i ántes que Fie-

rabras alzase el brazo, Oliveros le dió un gran golpe, i fué mui desatinado, i con la gran fuerza que puso Oliveros en herir a Fierabras, se le adormeció el brazo i la mano de la espada, i le saltó la espada de la mano, i bien cubierto de la parte del escudo que le quedaba, se abajó para le alcanzar; mas el pagano, que cerca de él estaba, le dió a su salvo tal golpe, que de la pequeña parte del escudo que tenía, hizo muchas piezas, i quedó el buen Oliveros sin escudo i sin espada, i el brazo atormentado del golpe. Todo esto vido Guarín, su escudero, que estaba en una alta torre mirando la batalla, i despues que vido a Oliveros, su señor, sin armas, con mui grandes lloros entró donde estaban Carlo Magno i Regner, padre del esforzado Oliveros, i otros muchos del ejército de Carlo Magno, i a grandes voces decia, que vieran a Oliveros, su señor, sin escudo i sin espada, i el pagano bien armado de todas armas, procurando darle muerte. Oyendo Roldán las tales nuevas, tomó con presteza el escudo i su espada Durandal, i puesto de rodillas delante de Carlo Magno le suplicó quisiese dar licencia para ir a guardar a Oliveros de la muerte;

mas no consintió el emperador que ninguno se moviese para favorecer al noble Oliveros, diciendo le seria mal contado entre los caballeros, porque fué desafiado por uno, i no osó ninguno hacer otra cosa; i entrándose el emperador en su retraimiento, i puesto de rodillas delante de un santo crucifijo, i derramando infinitas lágrimas por su arrugada faz, rogó a Dios por su Oliveros, diciéndole: Suplícote, Señor, por tu infinita piedad i misericordia, quieras ser en ayuda al caballero que por tu santa fe está en grande peligro. e hizo mui grandes votos i promezas. Acabada su oracion, oyó una voz del cielo que le dijo: Carlo, no te fatigues por tu caballero, que sin duda, aunque sea tarde, llevará el vencimiento de la batalla. I dió el emperador infinitas gracias a Dios, i con crecida alegría salió de su cámara i solamente contó esto a Regner, padre del buen Oliveros, por consolarle, que estaba en gran congoja por su hijo. Cuando Fierabras vido a Oliveros sin espada i sin escudo, i no osaba bajar por ella, dijo: Oh noble Oliveros, caballero de gran honra, por cierto yo he alcanzado sobre ti algo de lo que deseaba, i tú no creias; mas bien te

puedes dar por vencido, que estás sin espada, i no eres osado, ni te atreves a bajar por ella, i por tu grande nobleza quiero hacer contigo un partido porque puedas gozar de tu noble mancebía, i es éste: que tú me prometas dejar la lei i creencia de tu Dios, i adorando de perfecto corazon mis dioses, les demandes perdon de los muchos daños que a los turcos has hecho, i de esta manera podrás evitar la muerte, i casarte he con Floripes mi hermana, la mas hermosa dama que en toda Turquía se halla: i si esto haces, ántes de un año volveremos con una mui grande armada, i ganaremos todo el reino de Francia, i te haré coronar por rei de todo este reino i provincias, i despues entraremos por Alemania, i todo lo que ganaremos será tuyo, i de las tierras que poseo te daré parte si quieres. I Oliveros respondió: Pagano, en balde hablas, que si me dieses todos los reinos i tesoros del mundo no haria nada de lo que me dices, i ántes consentiria desmembrar todo mi cuerpo, miembro por miembro, que discrepar un solo punto de la lei de mi Dios. I Fierabras le dijo: Juro al poder de mis dioses, que eres el mas obstinado hombre del mun-

do, pues ningun peligro ni trabajo te ha podido hacer mudar el propósito ni aflojar el corazón, i te puedes loar que nunca hombre delante me duró tanto, ni en su batalla tan fatigado fuí como en la tuya he sido; i por tu grande valor quiero usar de esta cortesía contigo, que tomes tu espada, i con ella vuelvas a la batalla; si quieres dejaré mi escudo, porque quedemos ámbos iguales en las armas. I respondió Oliveros: Noble pagano no puedo negar tu cortesía i nobleza; mas por todo quanto puede haber en el mundo tal no haria, que mi propósito es de acabar la batalla, i no se acabaria sin la muerte de uno o de entrambos; i si por cortesía i virtud yo cobrase mi espada, i despues con ella alcanzase victoria o poder sobre ti, ¿cómo te podria negar la paz o tregua si me la pidieses? Obra todo lo que pudieres contra mí, que mi vida o mi muerte dejen en las manos de mi Redentor, por cuya gracia espero cobrar mi espada. Por cierto, Oliveros, dijo Fierabras, tú eres en demasía porfiado, mas presto verás tu pensamiento en vano, i tu Dios no todopoderoso de te quitar de mis manos.

---

## CAPÍTULO XXI

Como Oliveros ganó una de las espadas de Fierabras, i con ella le venció.

Cuando Fierabras vido que Oliveros no quería tomar su espada, túvoselo a locura grande, i cubierto con su escudo, con gran ferocidad se fué para él, i tenia Oliveros para defenderse un pedazo de escudo en la mano, sin otra arma, i como vido a Fierabras que alzaba el brazo para le herir, tiróselo a la cara i quebróle la visera, i dió Fierabras un gran grito, del cual espantó su caballo, i dió un salto hácia Oliveros. Vuelto Oliveros hácia el caballo, vió las dos espadas que estaban colgadas del arzon de la silla, i ofreciéndose oportunidad, tomó la espada llamada Baptisto, i vuelto para el pagano, le dijo: Fierabras de Alejandría, agora te guarda de mí, que estoi proveido de buena espada. Cuando Fierabras le vido su espada en la mano mui enojado de elló le dijo: ¡Oh buena espada! tiempo te he guardado, i me pesará si te pierdo. Dijo a Oliveros: Caballero, toma tu espada i dé-

jame la mia, i sigamos nuestra batalla. I Oliveros le dijo: Por cierto, caballero, yo no la dejaré hasta que vea si es tal como tú la haces, por eso apareja, i ven a la batalla, porque ya deseo ver su bondad; i diciendo esto se fué el uno para el otro con mui grande corazon, i Oliveros dió tal golpe a Fierabras, que le hizo hincar de rodillas en el suelo, i conoció Oliveros que aquella espada era mucho mejor que la suya; bendijo al que la forjó, i levantándose Fierabras, tornando a la batalla, fueron sus golpes tales, que en poco rato se hallaron casi desarmados, i quitadas las viseras del gran cansancio, hubo lugar Oliveros de ver a Fierabras la cara, i vídole algo demudado, el jesto mui feroz i no parecia ser mui cansado ni enojado de la batalla, i dijo: ¡Oh Todopoderoso Dios! cuanto bien vendria a la cristiandad si este pagano se volviese cristiano; él, D. Roldan i yo haríamos temblar toda la Turquía! ¡Oh Vírjen Madre de Dios! suplica a tu bendito Hijo, que inspire en el corazon de este pagano, que dejando los ídolos, venga a conocimiento de su Criador i siga el verdadero camino de su salvacion. I Fierabras le dijo: Oliveros, déjate de esas razones, mira si

quieres dar fin a la batalla, o si la quieres dejar. I Oliveros le dijo: Agora lo verás, i como unos feroces leones se comenzaron nuevamente a herir, i dió Oliveros tal golpe a Fierabras, que le desarmó todo el hombro izquierdo hasta el codo; i Fierabras le metió la espada por el yelmo hasta la carne, i les fué forzado desviarse el uno del otro.

Oliveros, espantado de ver el yelmo cortado, i Fierabras temblando de volver a la pelea por falta de las armas, i conociéndolo Oliveros, con doblado corazon, alzando el brazo de la espada, llegándose a él le dijo: ¡Oh noble caballero, vente para mí i daremos fin a nuestra contienda, i no tendrán poder tus dioses de te guardar de mis manos; i Fierabras le dijo: Agora verás si tu Dios tiene algun poder, i diéronse mui terribles golpes; i andando mui feroces en la lid, vido Oliveros que Fierabras alzaba siempre el brazo izquierdo porque no lo hiriese en el hombro desarmado, i vido que hacía la hijada le faltaba una pieza del arnes, i alzando la espada hizo semblante de le tirar un tajo, i como alzase Fierabras el brazo, tiró un reves, volviendo el cuerpo hacía la parte desarmada, i le hirió en la hijada.

## CAPÍTULO XXII

Como Fierabras fué vencido, i cómo llevándole Oliveros, hubo una gran batalla con los turcos.

El pagano, viendo su mortal herida, i que no podía resistir a Oliveros, iluminado de la gracia del Espíritu Santo, conoció el error de los paganos, i puesta la mano izquierda en la herida, dijo a Oliveros: Oh noble Oliveros, caballero de gran valor, por honra de tu Dios, al cual confieso ser verdadero Dios Omnipotente, suplicote que no me dejes morir hasta que yo haya recibido el bautismo, i despues harás de mí todo lo que tú quisieres, pues me venciste en buena guerra i mui leal batalla; i si por falta o negligencia tuya yo muero pagano, seráte demandado delante de Dios, pues mostrabas que mucho deseabas de verme cristiano; pon, pues, cobro en mi vida, si no moriré delante de tus ojos, i será mi ánima perdida.

Hubo tanto placer Oliveros de ver a Fierabras convertido, que le saltaron las lágrimas de los ojos, i con grande amor le cató su llaga, i se la ató lo mejor que pudo. En-

tónces dijo Fierabras a Oliveros: Cumple, porque mi ánima sea salva, que tomes mi consejo presto, que es éste: que cabalgues en mi caballo i me ayudes a subir en las ancas o a lo ménos en el cuello, atravesado, i me llesves a la tierra de cristianos, porque reciba el agua del bautismo que si tú te detienes, he temor que no tendrás poder para te valer, ni ménos para me llevar, que dejé diez mil turcos en ese montecillo escondidos, que saldrán todos en mi favor, viéndome vencido. Cuando Oliveros oyó esto, pesóle mucho de ello, tanto por el deseo de ver cristiano a Fierabras, como por el peligro de su cuerpo; i saltó mui presto en el caballo de Fierabras i le tomó la espada, i se la puso en el arzon de la silla, i le dijo a Fierabras: Agora tienes cuatro que valen cuatro ciudades, i se llegó Oliveros con el caballo cuanto pudo para ayudar a subir a Fierabras, i con gran trabajó le atravesó en el arzon, i se pusieron en camino. Miraba siempre Oliveros hácia el monte donde estaba la jente de Fierabras, i vido una espía, que iba a rienda suelta metiéndose en él, para avisar los que en la celada estaban, i luego salió un caballero armado de todas

armas, con una gruesa lanza en la mano, i tras él venian los otros dando grandes gritos i alaridos. De esto pesó mucho a Oliveros, porque no podia poner en salvo a Fierabras, que deseaba servir a su Criador, i dijo: Señor Fierabras, yo te ruego que cumple que te apees, que a mí no se escusa de haber batalla con los tuyos; ellos vienen a rienda suelta, pensando que te llevo forzado conmigo, i que no vas tú de tu grado. I dijo Fierabras: ¡Oh noble caballero! el mas valiente que jamas trajo armas, tú me ganaste en justa batalla con el esfuerzo de tu magnánimo corazon, ¿i agora me quieres dejar? Mira que la honra se gana en bien acabar las cosas; si me dejas agora, ninguna alabanza mereces por tu pasado trabajo. A que respondió Oliveros: Tú hablas como buen caballero. i por esto te prometo de no te dejar mientras este mi brazo pudiese menear la espada. I Fierabras le dijo: Señor Oliveros, tus armas están mui destrozadas, apartémonos del camino un poco, tomarás de las mias lo que faltare a las tuyas; i desviados algun tanto del camino, puso Oliveros a Fierabras al pié de un árbol, i tomó su yelmo i las otras armas que le pudieron ar-

mar; i con mas lágrimas que razones, se despidió de él, i volvió al camino por donde venian los turcos, i vió venir uno mui delantero, que primero salió del monte; i estando Oliveros sin lanza, esperó a su enemigo, que con una gruesa lanza en el ristre, con la furia que el caballo podia llevar, se venia para él, pensando herirlo a su salvo; desvió Oliveros el cuerpo, i pasada la lanza, se fué al caballero, i le dió tal golpe, que le sacó de sentido i estuvo para caer de la silla, i le tomó Oliveros por el brazo i sacó el yelmo de la cabeza, i con el pomo de la espada le hizo saltar los sesos, i tomó su escudo i lanza, i fuése para los otros que venian en socorro del muerto, i viniendo los diez mil para Oliveros, fueron las espías para el almirante Balan, padre de Fierabras, i le dijeron cómo su hijo estaba en poder de los cristianos; i en poco tiempo se hallaron contra el solo caballero cincuenta mil turcos, de los cuales muchos perdieron la vida; mas fué tanta la multitud de los paganos, que fué muerto el caballo de Oliveros, su yelmo mui abollado, i todas las armas mui despedazadas.

---

## CAPÍTULO XXIII

Como Oliveros fué llevado preso, i tapados los ojos, anté el almirante Balan.

Como el buen Oliveros se vió a pié i casi desarmado, i solo entre tantos turcos, como lobo rabioso, sin esperanza ya de vivir, andaba entre ellos matando i derribando caballeros i peones, cortando brazos i piernas, abollando yelmos, i desguarneciendo arneses; de tal suerte que todos ellos estaban mui espantados de sus bravos golpes; mas acudió tanta multitud de paganos, que siendo ya cansado, i en muchas partes de su cuerpo herido, le derribaron en el suelo, i atadas las manos atras le pusieron en una acémila. Viéndose tan maltratado, i sin algun socorro, dijo: ¡Oh Carlo Magno, mui noble emperador! ¿dónde estás agora? ¿Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el desdichado i tu real siervo Oliveros? ¡Oh noble Roldan! despierta si duermes, vengan a tus oídos mis desdichas e infortunios, i si a tu noticia han llegado, ¿por qué tardas tanto con el socorro? Cata que me llevan a

donde sin recelo de tu amparo me puedan dar vituperiosa muerte: ¡Oh Pares de Francia! ¿por qué olvidais a vuestro leal compañero? ¡No seais perezosos en le ayudar, que en las crueles guerras i crecidas afrentas jamas perezoso se halló! ¡Oh cristianos! los que en las crueles batallas de Oliveros hubisteis muchas veces socorro, haced vuestros piés apresurados, si ingratitude no los detiene. Oh mui caro i amado padre, i ¡cuánto mejor te fuera nunca haberme enjendrado, pues en galardón de tus beneficios i mercedes te daré la muerte! ¡Oh desesperada vejez! Yo bien creo que no te serán mas tus dias, de cuando acabes de oír la desastrada muerte de tu único hijo. Regner, un solo consuelo te queda; con esta pena que en mi muerte recibirás, serás libre de muchas penas i enojos, que viviendo te daría. Siempre que me veias armado te temblaban las carnes como azogado, de temor que tenias de mi muerte, especialmente cuando salia para la batalla con el noble Fierabras; mas fuera gran consuelo para tu honrada vejez, que fenecieran mis dias en batalla de tan noble caballero, i no en poder de tan vil jente, que atados piés i manos, i los ojos

vendados, me llevan al degolladero. Oh justo i misericordioso Dios, pléguate de consolar a mi viejo padre, que hoi pierde un solo hijo que tenia, i guardar a tu convertido Fierabras; a este cuerpo da paciencia en su vergonzosa muerte, porque el ánima no pierda la gloria que a tus fieles prometiste. El ruido de la jente fué tan grande, que los cristianos lo hubieron de sentir, i recelándose del peligro de Olivéros, salió Carlo Magno con poca jente, no bien apercebidos, i llegados al campo, comenzaron cruel batalla, i murieron en poco tiempo tres mil turcos; mas acudió tan gran número de ellos, que viniendo la noche, se hallaron los cristianos cercados de ellos, i muertos muchos, así caballeros como peones, i fueron presos i maltratados cuatro de los doce Pares. Cuando Roldan vido que su poca jente estaba sin ordenanza alguna derramada entre tantos infieles, empezó a recojerla, no sabiendo de la prision de los cuatro: mas cuando conoció que faltaban, puso los cristianos que quedaron en ordenanza, i él delantero, siguieron los turcos, que ya volvian rienda con la presa que llevaban, i fué tanta la matanza, que grandes arroyos de san-

gre corrian por el campo i los cristianos que seguian a Roldan no podian pasar adelante por los cuerpos muertos, de manera que dejaron el alcance; i recojida la jente, se volvieron al campo donde habian empezado la batalla, i allí, no ménos canzados que tristes, estuvieron hasta la mañana.

---

## CAPÍTULO XXIV

Como Fierabras fué hallado en el camino, i como el emperador Carlo Magno le hizo bautizar i curar de sus llagas.

Venida la mañana, el emperador Carlo Magno mandó que fuesen buscados todos los cristianos que en el campo estaban muertos, i con toda la honra que ser pudiesen fuesen enterrados, i cuando vió el número de ellos lloró amargamente, así por los muertos como por los que estaban en poder del almirante Balan, i mandó que todos los heridos fuesen curados, i hecho esto, mandó a D. Roldan que mirase toda la jente, i los proveyese de las armas que le faltaban, i a todos los de a caballo, que estuviesen prestos i aparejados para seguirle. Andaban los

cristianos recorriendo todo el campo, desarmando los muertos para proveer de armas los vivos, i tomando los caballos que andaban sueltos por el campo, que eran muchos; así andando, hubieron de hallar a Fierabras adonde le dejara Oliveros, el cual, por la frialdad de la noche i por la mucha sangre que habia perdido, estaba para espirar, i esforzándose cuanto podia, decia: Jesus, consuelo de los aflijidos, no dejes perder el convertido moro. I los cristianos con mucha piedad le llevaron a Carlo Magno, el cual le hizo curar de sus llagas; i cuando fué tornado en sí, le dijo Carlo Magno: Fierabras, ¡cuánto me cuesta tu venida! Por ti he perdido cinco caballeros, que cada uno era mejor que tú. I Fierabras le dijo: En cuanto son cristianos conozco ser mejores que yo, mas en lo otro ninguna cosa les debo, salvo el noble Oliveros, el mejor caballero del mundo, cuyo preso soi. Yo soi hijo del almirante Balan, soi rei de Alejandría i de otras muchas provincias, lo cual todo he por bien dejar por ser cristiano i servir a Dios, hacedor de todas las cosas. De esto hubieron gran placer los cristianos, i dijo Carlo Magno: Yo huelgo mucho de esto; yo, mi

sobrino Roldan i este honrado conde, padre de Oliveros, seremos tus padrinos; i pues estás libre i sin peligro de tus heridas, esperarnos haz en Mormionda, que yo quiero ir adelante en busca de mis caballeros. Fierabras hincó la rodilla para le besar la mano, i Carlo Magno se abajó, i con los brazos abiertos le abrazó i levantó del suelo, i estuvieron debatiendo un rato, i contó Fierabras lo que viniera a Oliveros, alabando mucho su proeza i esfuerzo. I queriendo Carlo Magno todavía ir adelante, le dijo Fierabras: Señor, no es tiempo agora, que tienes poca jente i mui fatigada, i el almirante Balan habrá llevado la mayor parte de toda Turquía; por esto será mejor verte a tierra de cristianos, i proveer de jente. A todos los caballeros pareció bueno este consejo; i vueltos a Mormionda, por manos del arzobispo Turpin fué bautizado Fierabras, i fueron padrinos Carlo Magno, el conde Regner i D. Roldan.

---

## CAPÍTULO XXV

Como Oliveros con sus cuatro compañeros fueron llevados delante del almirante Balan.

Fueron llevados los cinco caballeros delante del almirante, las manos atadas, i Oliveros los ojos tapados; i el almirante preguntó a Brulante, su capitán que los traía, ¿cuál de ellos había vencido a su Fierabras? I él le respondió: Señor, éste, a quien tapamos los ojos, venció al rei de Alejandría, tu hijo, i es entre sus caballeros cristianos tenido en mucho, i sepas que él solo ántes que lo prendiesen, mató mas de tres mil hombres de los tuyos; sus fuerzas i animosidad no tienen par en el mundo; si por acaso se soltase, era bastante de poner en afrenta la mitad del real. El almirante preguntó a Oliveros quién era i cómo se llamaba. I él respondió: Señor, yo me llamo Elijes, pobre caballero aventurero, i somos todos cinco de la provincia de Lorena, i venimos a servir al emperador Carlo Magno por su sueldo. ¡Oh Mahoma, dijo el almirante, como estoí engañado! Por la fe que

debo a mis dioses, que pensé que tenia cinco de los principales caballeros del rei de Francia, i creia que tendria por ellos una llave del reino, i llamó a su camarero Barbacas, i le dijo: Pon dilijencia que estos presos sean llevados al campo, desnudos en carnes i atados a sendos palos, les sea dada cruel muerte. I Brulante le dijo: Señor, ya es tarde para hacer justicia i tus varones no están en la corte; si esperas a mañana, estarán presentes todos, les daremos otra mas vil muerte, i allende de esto debemos primero tomar consejo si será mejor enviar a Carlo Magno si te quiere dar tu hijo Fierabras por estos cinco caballeros cristianos. El almirante Balan tuvo su consejo por bueno, e hizo llamar a Brutamonte, su carcelero, i le encomendó, so pena de muerte, los cinco caballeros cristianos.

---

## CAPÍTULO XXVI

Como los cinco caballeros, puestos en oscura cárcel, fueron visitados de Floripes, hija del almirante Balan, hermana de Fierabras, i de su grande hermosura.

El carcelero, cuando tuvo los caballeros en su poder, con temor no se le fuesen, no

los osó meter donde tenia los otros presos, i encarcelóles en una oscura torre, donde habia muchos sapos, culebras i otros animales ponzoñosos, i metíalos por arriba e hízolos bajar por una escalera de mano, i despues tiró la escalera arriba, i cerró una trampa de hierro con tres candados. Estaba la torre cabe a un brazo de mar; i cuando crecia la marea entraba en ella mucha agua por los cimientos, i esa misma noche se hallaron los cinco caballeros con el agua hasta los pechos, i recibieron gran daño en su persona; i mas el buen Oliveros que los otros, que estaba herido en muchas partes de su cuerpo, i como el agua salada le daba tan grande dolor, con la congoja empezó a decir: ¡Oh hombre mal afortunado! mejor te fuera nunca haber nacido, que verte tan miserablemente morir; i decia otras palabras de gran dolor, i díjole Gerardo de Nondier: Por Dios, señor Oliveros, que no os congojeis tanto; consolaos con Dios, que nunca desampara a los suyos, en el cual tengo esperanza que aun me dará lugar de vengarme de esta cruel jente. I Oliveros le dijo: Si yo pudiese salir de aquí, i alcanzase armas, así herido como estoi, yo pondria

al almirante i toda su jente en tal aprieto, que le pesaria de tenerme por acá.

Estando los caballeros en estas razones, estábalos escuchando Floripes, hija del almirante Balan i hermana de Fierabras: era la dama mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba; era de edad de dieziocho años, de mui acendrado saber i discrecion, blanca como la leche, con moderado color en los carrillos; tenia las cejas i sobrecejas mui negras, los ojos garzos, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados, de color de brasil, mui encendidos, los dientes mui blancos, menudos i juntos, la barba tirada a redondo, con un hollo en medio de ella, el rostro largo moderadamente, los cabellos como madejas de oro mui fino; los hombros derechos e iguales, angosta de cintura, de mui pulido talle, ancha de caderas segun la proporcion del cuerpo: traia vestido un brial de púrpura, bordado de letras moriscas de oro, el cual hiciera una fada, i tenia tal virtud, que en la casa donde estaba no podia haber ponzoña ninguna, i si la habia, perdia luego, al punto, su fuerza; i traia un hábito a la turquesa, abierto por los lados, todo bordado de riquísima perle-

ría de inestimable valor, i fué hecho en la isla de Colcos, donde Jason ganó al Vello-cino de Oro, como se lee en la destruccion de Troya; i tenia este hábito tan suave olor, que con solo él podia un hombre estar sin comer ni beber. Habiendo esta noble dama oído las lastimosas quejas de los presos caballeros, i movida de compasion, i no ménos herida de amor del noble Guy de Borgoña, como adelante se dirá, propuso de hablar con ellos. i mandó llamar al carcelero, i díjole: Dime, Brutamonte, ¿qué hombres son aquéllos que en tan estrechas prisiones encerraste? Señora, son caballeros de Carlo Magno los cuales jamas cesaban de destruir nuestra lei, i dar muerte a los nuestros, vituperando nuestra creencia i menospreciando nuestros dioses; i entre ellos hai uno de grande estima, el cual venció a Fierabras en mui leal batalla. Entónces dijo Floripes: Abreme la puerta que deseo mucho hablar con ellos. I Brutamonte la dijo: Señora, por dos cosas no conviene ir allá, la una por el lugar, que es mui hediondo i en extremo abominable; la otra que vuestro padre me ha vedado a nadie dejase llegar a la torre. I ella le dijo: No pongas escusa-

cion alguna, que quiero en todas maneras hablarles. I Brutamonte la dijo: Perdonarme heis, señora, que no consentiré que los habléis si no estoi delante, que muchos buenos han recibido mengua, i aun la muerte, por fiarse de mujeres. Floripes, encendida de mui grande enojo i saña, le dijo: Villano, véte pues, i abre la puerta, i oirás, si quieres, lo que les quiero decir. Ido el carcelero, tomó Floripes un garrote, i le metió debajo del hábito, i llamó un escudero de quien ella mucho se fiaba; i con él se fué para la torre, donde los cristianos estaban, i el carcelero esperándola, i despues fué llegado vuelto de espaldas para abrir los candados, Floripes le dió con el garrote tan gran golpe, que dió con él en la tierra muerto, i tomando las llaves, abrió la torre, i mandó al escudero que echase al carcelero muerto abajo, i fueron de ello mui maravillados los caballeros presos; i mandó Floripes al escudero que trajese una hacha encendida; i entrando por la trampa de la torre, despues de los haber mirado, saludóles, i díjoles así: Buenos caballeros, ruegos por el amor i fidelidad que a vuestro Dios debeis, que no me negueis la verdad de lo que

se os preguntare. I el buen Oliveros la dijo: Señora, por las mercedes que en tu sola vista habemos recibido, te diremos la verdad de lo que supiéremos, aunque por ello supiésemos perder las vidas. I ella les dijo: ¿Qué merced es la que de mi vista habeis recibido, no sabiendo si vengo para remediar vuestra prision, o para sentenciaros a muerte? I él la dijo: Señora, gran consuelo recibe el preso en ser visitado, i mas de persona que puede darle alivio de su pena como vos podeis; i como la presencia sea muestra de lo que dentro en las entrañas está encerrado, esperamos que habreis piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas fian, dijo Floripes; que la rosa por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas; i porque mi venida no os podria causar mayor pena que la que teneis, no me quiero detener mas en estas pláticas. Mas tú, que tan osadamente has hablado, dime quién eres, i tu linaje, i así mismo de esos otros que contigo están. Oliveros la dijo: Yo me llamo Oliveros, hijo del conde Regner i vasallo del noble emperador Carlo Magno. I ella le dijo: ¿Venciste tú a mi hermano Fie-

rabras? I él respondió: Señora, en mui leal batalla hice de él lo que él quisiera hacer de mí; i de su propio motivo se hizo cristiano: i estos señores son todos de mui noble sangre, i nos suelen llamar los doce Pares de Francia. I ella le preguntó si estaba allí Guy de Borgoña. I él respondió que nó, que quedaba con el emperador Carlo Magno. Entónces le dijo Floripes: ¿Daisme la fe todos cinco de hacer lo que os dijere, i de ayudarme un poco que os he menester? I Oliveros la dijo: Señora, por mí i por estos caballeros, mis compañeros, te doi la fe de te ayudar i favorecer en cuanto a nosotros fuere posible en todo lo que nos mandares, con que no vamos contra nuestra lei; i si fuere cosa en que hayamos de poner nuestras personas, mándanos proveer de armas, que para alzarte con el reino, i echar a tus parientes de él, no has menester mas jente que nosotros cinco, que ya deseo verme puesto en ello, por vengarme de los villanos que aquí me trajeron. A que dijo Floripes: ¿Cómo, caballero, estais en la torre, i no sabeis cuándo saldreis, i amenazais a los que están en libertad? Mas vale callar que locamente hablar. I Gerardo de Non-

dier la dijo: Señora, es tanto el desco que Oliveros tiene de servirte, que no le deja callar; i Floripes le dijo: Bien sabes escusar a tu compañero, quedaos en la guarda de mis dioses, no os acongojeis, que esta noche os sacaré de aquí.

---

## CAPÍTULO XXVII

Como los caballeros cristianos fueron sacados de la torre por mandado de Floripes, i los llevó a su cámara.

La noche venida, Floripes con tan solamente su escudero, se fueron para la torre, i llevaron una maroma i un palo mui bien atado en ella; abierta la trampa echaron la maroma con el palo por la torre abajo, i luego, a ruego de los otros, tomó la cuerda primeramente Oliveros, i le subieron arriba Floripes i su escudero; i desde que fué subido, se puso de rodillas delante de Floripes, i la besó la mano, i ella le abrazó, levantó del suelo i le dijo: ¿Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos les amenazais? I Oliveros la dijo: Soi el que con esperanza de servirte ha por bien venido a tus prisio-

nes; i ella le dió la maroma, i le dijo que subiese a sus compañeros; i subidos los abrazó uno a uno con tanto amor, como si de luengos tiempos los hubiese conocido; i llevándola Oliveros por la mano, el escudero delante, se fueron por una puerta falsa a su cámara, cuya entrada era rica a maravilla: tenia tres escalones de oro fino, esmaltados i labrados a la morisca, las puertas todas de marfil, i los clavos de oro fino, i en ellos engastadas muchas piedras de mui gran valor. El sobrado de la cámara estaba pintado el cielo de mano de un mui gran maestro, con los planetas i signos, i en medio estaba la imájen de Mahoma, macisa, de oro fino, tan grande como un hombre, i tenia debajo de sus piés al sol i la luna; i en la su mano derecha dos dardos, como que tiraba a los cristianos; las paredes todas labradas de oro fino i azul, i en ellas pintados todos los reyes i reinas pasados. Siendo entrados los caballeros, fueron maravillados de las grandes riquezas, i no se hartaban de mirar la diversidad de las labores de la sala, salvo Oliveros, que todo su cuidado era mirar a Floripes; i estando desviado, le preguntó Floripes qué le parecia de la cámara. I el buen

Oliveros la dijo que no la habia visto, dándola a entender, que no atendia en mirar otra cosa sino era a ella, de que Floripes se mostró como que no lo sentia; i luego fué puesta una mui rica i ostentosa mesa, i traída diversidad de viandas, los caballeros comieron lo que habian menester, i fueron servidos de cinco hermosas damas ricamente vestidas i aderezadas. Floripes estaba cenando con ellos sentada a la cabecera de la mesa en una silla de marfil; i despues que hubieron cenado, dieron gracias a Dios, i Floripes les preguntó ¿qué era lo que decian? Oliveros la declaró la bendicion, diciendo que daban gracias a Dios por los bienes i mercedes que cada dia les hacia; i ella dijo que era bien hecho. Alzada la mesa, mandó Floripes traer un cofrecillo de unicornio, de inestimable valor, i sacó de él una cajita pequeña de oro, maravillosamente labrada, llena del maná que envió Dios a los hijos de Israel en el desierto, i con una cuchara de oro, sacó un poco, i le dió a Oliveros diciendo: Caballero, comed de esto, i no habreis menester medicina para curar vuestras heridas. Oliveros con mui grande acatamiento le tomó, i desdeque lo hubo co-

mido, se sintió sano i mas dispuesto que nunca; dió infinitas gracias a Dios, i luego vinieron las cinco damas con hachas encendidas i llevaron los caballeros cada uno a su cámara, i despidióse de ellos Floripes diciéndoles: Señores, perdonad que por ahora no tengo otros pajes que os sirvan. I Oliveros la dijo: De Dios te sean galardonadas, i de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Dejo de hablar de las grandes riquezas de las cámaras i camas, por huir prolijidad.

Venida la mañana, las cinco damas llevaron a los caballeros nuevos vestidos, hechos a la morisca, mui ricos; envió Floripes al noble Oliveros una ropa rozagante de hilo de oro i seda tejida, aforrada de púrpura, i tenía todo el ruedo i boca de las mangas, i el collar bordados de unas letras moriscas, sacadas del Alcoran, en que se encerraba toda la secta de Mahoma. Vestidos que fueron los caballeros, entraron juntos en la cámara de la hermosa Floripes, la cual los estaba aguardando por verlos vestidos a la morisca, i la saludaron con mucho acatamiento, i ella los recibió con alegría, i les dijo que parecian bien, vestidos a la moris-

ca. I Oliveros la dijo: Mejor parecemos bien armados, i ella respondió: Cada cosa en su tiempo; para con los enemigos son necesarias las armas, mas agora que estais entre amigos i delicadas damas no habeis menester armas, ni ceñiros espada. I Oliveros la dijo: Por tu crecida virtud tenemos amistad i paz contigo i con tus damas; mas no la tenemos con tu padre i su jente, ni la tendrás tú, si a su noticia viene lo que por nosotros has hecho; por ende te suplico nos mandes proveer de armas como nos proveiste de delicados i ricos vestidos. I ella le dijo, que ya tenia aparejadas las que habian menester; i con mucha alegría, mezclada con una pequeña risa, le preguntó si sabia leer aquellas letras moriscas que estaban bordadas en la ropa. I él dijo que nó; i Floripes dijo: En estas letras se encierra toda la lei de Mahoma, i por eso no sé si te llame cristiano o moro. I Oliveros dijo: Señora, el hábito no hace al monje, i Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas. Mucho se pagaba Floripes i sus damas de las razones de Oliveros i de sus compañeros; i desde que hubieron hablado muchas cosas de placer, tomó Floripes

al noble Oliveros por la mano, i sus damas a los otros caballeros, i entráronlos en una sala mui grande que llamaban de Fierabras, i en una parte de ella estaban cien arneses trenzados para jinetes; tambien habia doscientas espadas i doscientos puñales mui ricos, de gran valor. I Floripes dijo: escoja cada uno las armas que mejor le vinieren, i téngaselas en su cámara para cuando fuere menester. Los caballeros dejaron las ropas moriscas, i con mucha dilijencia se armaron el uno al otro, i armados fueron a besar la mano a Floripes, i ella los abrazó uno a uno con mucho amor. I Oliveros vido un andamio tan alto, quanto un hombre podia alcanzar con la mano, hecho a manera de altar, con un ídolo en él, a quien se encomendaban en aquella sala, i saltó lijeramente en él, armado de todas armas, i tomando una lanza, i corriendo con ella a la pared, le quebró en muchas piezas. I volviendo Floripes a sus damas, las dijo: Por cierto estos caballeros son de para grandísimos hechos i hazañas, i no me maravillo agora del miedo que mi padre de ellos tenia, i dió parte de su crecido placer a una vieja dueña, aya suya, que habia estado mucho tiempo presa

en tierra de cristianos, i los conoció i los nombró a cada uno, i dijo a Floripes: Señora, haz de modo que vuelvan a la prision, si no yo no callaré tan gran traicion, que estos son enemigos de nuestros dioses i de tu padre, i perseguidores de nuestra lei.

De esto pesó mucho a Floripes; i concibió gran temor en su corazon; mas disimulando con discrecion, finjió que la queria hablar en secreto, para le mandar consejos, i para esto se subieron a una azotea, i desque tuvo oportunidad, i vió la vieja descuidada, dió con ella en la calle, diciendo: Vete, vieja maldita, i tendrás compañía con el carcelero, pues que la mia i la de los nobles caballeros aborreciste, i luego se bajó con alegre semblante adonde los caballeros i las damas estaban; i cuando la dijeron cómo su aya era caida de la azotea a la calle, porque no pensasen que ella le habia hecho, hizo un grande llanto, i sus damas con ella, i la hizo enterrar con mucha honra. Venida la hora de comer fué puesta la mesa, i en ella grande abundancia de diversos manjares i asentada Floripes en silla de marfil i los caballeros en sus lugares, comieron i trataron muchas cosas, así tocan-

tes a los moros como a los cristianos, i desque hubieron comido fué alzada la mesa, i Floripes comenzó a hablar a los caballeros de esta manera: Mui nobles caballeros, bien teneis en la memoria como en la torre donde estábades me prometiste de ayudar en lo que de vos hubiese menester, i para ello me disteis vuestra fe, de la cual ninguna duda tengo, i sabreis, señores, cómo habrá cinco años estando el almirante Balan, mi padre, i mi hermano Fierabras en Roma, i yo con ellos, que vi una vez a Guy de Borgoña en unas justas, i fueron sus hazañas tales, que prendió en mi corazon tan firme amor, que ni el tiempo, ni las afrentas i daños que de él ha recibido mi padre tuvieron poder para le olvidar, i a esta causa he desechado los mayores reyes de Turquía, i cuando venian mi padre i hermano de las batallas de los cristianos i contaban lo que habia pasado con ellos, si acaso nombraban los doce Pares, alegrábame, i si oia nombrar a Guy de Borgoña, me turbaba i mudaba de color, tanto que temia que mi turbacion no descubriese mi secreto amor. Cuando mi padre el almirante, i toda la corte lloraban, entónces estaba yo mas ale-

gre, i su enojo procedia de la victoria de los cristianos, i con ella horgaba mi cautivo corazon, el cual, preso del amor de un solo caballero cristiano, deseaba el bien de ellos, dejando el amor de padre i de toda su tierra; i porque sé que de ello será servido mi señor Guy de Borgoña, he hecho por vosotros lo que habeis visto; i haré mas, que tendré modo con que a vuestro salvo os volvais a vuestra tierra, porque lleveis las nuevas i mis encomiendas al caballero que agora está inocente de mi pena, i direis que estoi aparejada para tornarme cristiana, i que le daré muchas reliquias que tengo en mi poder, i le daré mas tesoros que ninguna cristiana le podrá dar. Esto es lo que habeis de hacer por mí, rogándole de vuestra parte me quiera recibir por su mujer, certificándole soi suya mas que mia. Los caballeros hubieron gran placer de lo que les dijo Floripes, i respondió Oliveros: En verdad, señora tú no podrás hallar mejores mensajeros que nosotros, por ende huelga, i descanse vuestro corazon, por cuanto Guy de Borgoña hará todo cuanto le pidiéremos, i mas esto, donde tanto bien i honra le procede, i a nosotros juntamente con él. Agora

dejaré de hablar de los cinco caballeros i de Floripes, i volveré a tratar del emperador Carlo Magno.

---

## CAPÍTULO XXVIII

Como Carlo Magno envió al almirante Balan los otros siete Pares de Francia.

Estando Carlo Magno mui triste por sus caballeros, i mas Regner, padre de Oliveros, temiendo que el almirante Balan los hiciese morir, no le osaba hacer guerra, i ordenó de le enviar una embajada; i para esto llamó luego a D. Roldan su sobrino, i díjole: Sobrino, yo quisiera fueras a Aguas Muertas al almirante Balan, i le dijeras de mi parte, que me envíe mis caballeros, i las reliquias que tiene, si no, que no cesaré hasta echarle de toda su tierra, o hacerle morir cruelmente. I D. Roldan le dijo: Señor, tu consejo no es bueno, pues sin duda ninguna procurará darme muerte. I Carlo Magno le dijo: No os cumple excusar, que no podeis dejar de ir. No me escuso, dijo D. Roldan. Entónces dijo Guy de Borgoña: Señor,

mira bien lo que haces, que no parece acertado vaya D. Roldan de esa manera al almirante Balan. I el emperador, con gran furor, le dijo: Vos habeis de ir con él; i dijo Guy de Borgoña: Sí iré aunque hubiese mayor peligro; i Ricarte le dijo: Señor, bueno será enviarle la embajada, mas ha de ser con otra jente, i no la que quieres enviar, porque si algun infortunio viniere, no falte quien te sirva. I Carlo Magno le dijo: Todos habeis de ir: mas juramento hago a Dios de enviar los que quedan de los doce Pares. I el duque de Naymes le dijo: No creas, señor, que ninguno de nosotros huya, mas decimos nuestro parecer; así mira, no te arrepientas cuando no tengas lugar de enmendar lo errado. I Carlo Magno le dijo: Aparejaos, duque de Naymes, para ir con ellos. I Oger el Danois le dijo: Haz tus hechos con maduro consejo, i no serás reprendido; i él dijo que se aparejase, i mandó llamar a los otros, i les dijo que se aparejasen todos siete para ir por embajadores al almirante Balan. Como ellos le vieron enojado, no le osaron decir nada; i venida la mañana preguntó Roldan a Carlo Magno ¿en qué manera los mandaba ir, si irian armados o sin armas?

I él les dijo: que pues iban como embajadores, que no eran necesarias armas. I Roldan dijo: Si tú no recibes enojo ni pesar llevaremos nuestras armas, que recelo las habremos menester. I Carlo Magno le respondió que hiciese como mejor le pareciese. Vuelos los caballeros a sus posadas fueron armados, i con sendas lanzas en la mano se volvieron para Carlo Magno, i le dijo Naymes de Baviera: Mui noble emperador aquí estamos tus siete caballeros para cumplir tu mandato, i para que nos digas lo que es tu voluntad que digamos al almirante Balan. I el emperador les dijo: Mis caros i amados varones, al todopoderoso i misericordioso Dios encomiendo i suplico que por los méritos de su santa Pasion os quiera guardar, así como guardó al profeta Jonas en el vientre de la ballena: direis al almirante pagano que me envíe mis varones i las santas reliquias que tiene, i que se bautice, i tendrá las tierras que se tiene de mi mano, pagando tributo justo; i si esto no hacc, que he jurado de lo cercar, i echar de toda su tierra, dándole vituperiosa muerte. I díjole Guy de Borgoña: Mui poderoso emperador, nosotros llevaremos tu embajada aunque per-

damos las vidas; e hincadas las rodillas en el suelo, uno a uno le besaron la mano i se despidieron de él, i vueltos a los caballeros i jente del real que los estaba mirando, dijo el duque de Naymes: Mui nobles señores, ya habeis sabido cómo el emperador Carlo Magno nos manda ir con la embajada al almirante Balan; i como tenemos la vuelta por dudosa, i no sabemos qué será de nosotros, por tanto vos rogamos a todos jeneralmente, que si en alguna cosa os habemos enojado en dicho o en hecho, que nos perdoneis, i nosotros asimismo perdonamos cualquiera ofensa o injuria que hayamos recibido, porque nuestro Señor Dios, por su infinita misericordia, nos perdone a nosotros i a vosotros. I así se despidieron cada uno de sus amigos i conocidos; i caballeros en mui poderosos caballos, i encomendándose a Jesucristo, se pusieron en camino.

---

## CAPÍTULO XXIX

Como el almirante Balan envió quince reyes a Carlo Magno para que le diese a su hijo Fierabras; i como los siete caballeros cristianos los mataron, encontrándolos en el camino.

Gran dolor tenia el almirante Balan en su corazon por la ausencia de su hijo Fierabras, i esperando que el emperador Carlo Magno se ofreciera a se lo enviar en trueque de los cinco caballeros que tenia por presós, por eso no se lo habia enviado a demandar, i acordó de le enviar una embajada, i para eso mandó llamar quince reyes turcos vasallos suyos, i les dijo que fuesen a Mormionda, que era adonde Carlo Magno se hallaba a la sazón con todo su ejército, i le dijiesen de su parte, que sin dilacion alguna le enviase al rei de Alejandría Fierabras su amado hijo, i le volveria los cinco caballeros cristianos vasallos suyos, que tenia presos en sus cárceles, i que entre ellos estaba el caballero que venció a su hijo Fierabras; i si no le enviaba presto, le iria él a buscar con doscientos mil hombres de pelea, i no cesa-

ria hasta haberle echado de todo su reino, o hacerle morir vergonzosamente. I Marradas; uno de los embajadores, le dijo: Mui poderoso Señor, a nosotros no nos conviene amenazar a Carlo Magno delante de sus varones, pues son mui valientes hombres, i no sufrirán nuestras amenazas; mas solamente le diremos te envíe a tu hijo Fierabras, i que le darás los cinco caballeros cristianos que tienes presos.

I el almirante le dijo: Cobarde i sin virtud, ¿no osarás decir lo que te mando? I respondió otro rei: Señor, eso i aun mas le diremos; i si hallamos algunos cristianos por el camino, les haremos tan mal pasaje, que los otros nos tendrán miedo, oyendo hablar de nosotros. I armados mui ricamente, con mucho oro i piedras preciosas en los yelmos, i caballeros en mui poderosos caballos, se partieron para donde estaba Carlo Magno: i pasado la puente de Mantible, andando entre sí tratando del modo que habian de tener para dar la embajada al emperador, vieron siete caballeros cristianos, i dijeron entre ellos: Estos cristianos sin duda buscan por estos caminos algunos turcos para cautivarlos. Dijo el uno de ellos: veremos si son

cristianos, i los llevaremos presos al almirante Balan.

Los cristianos se recelaron de ellos, pensando que habia alguna celada, i dijo Roldan a los otros: Esperad un poco, que quiero ver qué jente es, que me parecen hombres principales, i si pudiéremos pasar sin batalla, la escusaremos, por que podamos hacer nuestra embajada, i los seis caballeros estuvieron quedos, i D. Roldan se adelantó, i viéndole solo Marradas, puso la lanza en el ristre, haciendo señal de batalla; i D. Roldan alzó la mano como que queria hablar con ellos, i llegado le preguntaron, ¿quiénes eran, i qué buscaban por aquella tierra? I él les dijo que eran mensajeros del emperador Carlo Magno, que iban con embajada al almirante Balan; i Marradas le dijo: Vosotros sois ladrones, venís espiando los caminos, i robando, i agora decís que sois mensajeros, i que llevais embajada: conviene que dejeis las armas, i con las manos atadas a las colas de vuestros caballos, os llevaremos al almirante, i si embajada traeis, él os escuchará; i D. Roldan dijo: Señor, yo bien os daria mis armas, mas esos señores no querrán daros las suyas, que son hombres de gran esti-

ma. I dijo Marradas: Aunque fuédes todos los doce Pares de Francia habeis de dejar las armas, o morir de mala muerte. I D. Roldan dijo: Si os damos las armas, nos asegurais la vida? I dijo Marradas: os la aseguraremos por agora, mas os habemos de llevar de la manera dicha al almirante Balan, i él os mandará echar en una oscura torre, donde tiene otros cinco cristianos vasallos de Carlo Magno. I D. Roldan les preguntó: ¿Quiénes sois vosotros que tan lucidas armas traeis i tan ricas? I ellos respondieron: Nosotros somos vallos del poderoso almirante Balan, i todos somos reyes coronados. I diñoles D. Roldan: Si vosotros fuédes cuerdos, iríades a pedir perdon al noble emperador Carlo Magno. i a prestarle homenaje, i os haria mercedes grandes i colmadas, que es mas noble i mas poderoso señor que vuestro señor el almirante Balan; dejad vuestros ídolos que os traen engañados, i si no quereis ir de grado, os llevaré por fuerza, i apercibios luego, que no os aprovecharán vuestras lucidas armas, ni los yelmos lucientes i dorados.

Dicho esto se cubrió con el escudo, i puso la lanza en el ristre, i luego salió Marra-

das, i encontrándose con toda su fuerza, Marradas quebró su lanza en el escudo de Roldan, i Roldan le cojió por la visera, i dió con él en tierra muerto, i luego se fué para el otro, i le metió la lanza por los pechos, i le pasó a la otra parte. i echó mano a la espada, i ántes que llegasen los otros seis cristianos, derribó seis turcos, i juntos empezaron cruda batalla, i dijo Guy de Borgoña: Señor D. Roldan, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera que ninguno de ellos vuelva con las nuevas al almirante Balan. Oyendo esto uno de los reyes moros, dejando sus compañeros, volvió la espalda, mas Ricarte de Normandía que le vido huir, dió de espuelas al caballo, i le siguió mui gran trecho.

Viendo el moro que Ricarte le estaba ya cerca, dejó el camino i se metió por una gran montaña, i le perdió de vista; i volviéndose a sus compañeros, los cuales ya habian dado cabo de todos los otros, dijo D. Roldan: Ellos ya no nos harán mas guerra; mas recélome que aquel que se va huyendo será causa que nunca nosotros volvamos a ojos de nuestros amigos, que no podremos dejar de llevar nuestra embajada al almiran-

te Balan. I Guy de Borgoña dijo: Señores, desviémonos del camino un poco, descansarán nuestros caballos, i miremos lo que habemos de hacer; i apartados en un verde prado, echaron los caballos a pacer, i ellos se asentaron; i dijo el duque de Naymes, que era el mas anciano: Señores, a mí me parece que nos debemos volver; no nos culpará el emperador Carlo Magno contándole lo que nos ha acaecido, i para mayor certidumbre llevaremos sendas cabezas de los reyes muertos. I D. Roldan dijo: Señor Naymes, si la honra no queremos poner en olvido, no podemos dejar de ir al almirante Balan, que aunque Carlo Magno haya placer de lo que hicimos, no quedará satisfecho de su embajada, i caso que lo quedase, i nosotros sin culpa para con él, seremos culpados de los otros, i dirán que él nos mandó hacer uno e hicimos otro; i dirán que adrede nos pusimos en un peligro por evitar otro mayor; ¿quién duda que otros pondrán dolo en nuestra alabanza, diciendo que de nuestras solas lenguas es predicada? I no sabemos si los muertos eran pocos, o si eran muchos, si eran armados o desarmados, si los matamos nosotros, o si los hallamos muertos; i deja-

dos todos estos inconvenientes segun quienes somos, quedarán nuestros corazones querellosos, que partimos para llevar embajada al almirante Balan, i de medio camino nos volvimos.

A todos ellos parecieron bien las razones de D. Roldan, i le dijeron que ordenase lo que habian hacer, que no discreparian un punto de su voluntad; i él les dijo: Para que nuestros hechos merezcan alguna alabanza es necesario hacer cumplidamente lo que nos fué mandado, i entónces mas dignos de alabanzas seremos; por tanto querria que llevásemos sendas cabezas de los reyes muertos al almirante Balan, i le diremos que eran salteadores, que nos quisieron robar; i así cortaron las cabezas de los reyes moros muertos, i cabalgando en sus caballos, se pusieron en camino.

---

## CAPÍTULO XXX

De la puente de Mantible, i del tributo que en ella se pagaba, i como los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar ningun tributo ni otra cosa.

Llegados los siete caballeros a la puente de Mantible, dijo Oger el Danois: Señores, este es el paso mas dificultoso que hai en esta tierra: el rio es mui caudaloso, i no se puede pasar sino por la puente; esta es mui fuerte i grande, que tiene treinta arcos de mármol i dos torres cuadradas tambien de mármol blanco, i mui bien labradas, i en cada una de ellas hai una puente levadiza con cuatro mui gruesas cadenas de hierro, i es guardada esta puente de un gigante mui grande i espantable, que siempre está armado de todas armas, i una gruesa hacha de armas en las manos, i tiene cien turcos en su compañía, que le ayudan a guardar la torre. Del tributo no hablo nada, porque no venimos en son ni propósito de pagarlo, mas digo esto, porque miremos qué manera o modo habemos de tener para salir con nuestra demanda. Entónces dijo Roldan:

De esta manera ganaremos la puente. Yo iré delante, i diré que somos embajadores, i llevamos una embajada al almirante Balan; i si me dijeren que no podemos pasar, o por el tributo o por cualquiera otra causa, le diré que me abra, i que a él mismo le diré la embajada, para que haga de ella relacion al almirante, su señor; i si pongo solamente el pié en el postigo, sed ciertos que procuraré hacer lugar por donde todos pasemos. I el duque de Naymes le dijo: Señor Roldan, no es cordura dar un golpe, i recibir diez; dejadme ese cargo, que yo tendré modo para que pasemos sin tener batalla. Roldan le dijo que hiciese lo que quisiese, i el duque les rogó se estuviesen quedos, i se fué para la puente: llamó, i el gigante le abrió, i le preguntó quién era i qué buscaba por aquella tierra. Él respondió: Somos mensajeros del emperador Carlo Magno, i vamos al almirante Balan con presentes que vienen aquí detras. El gigante le dijo: Vosotros habeis de perder las cabezas, o pagar el tributo que se suele pagar en esta puente. I el duque le dijo: Dime lo que te habemos de dar, que luego te se dará. Por el poder de mis dioses, dijo el gigante, que no es poco;

porque yo te pido primeramente treinta pares de perros de caza, cien doncellas vírgenes, cien halcones mudados, i cien caballos con sus jaeces, i por cada pié de caballo un marco de oro fino: este tributo ha de pagar cualquier cristiano que por ella pase, i si no lo puede pagar, ha de dejar la cabeza en las almenas de la puente. I respondió Naymes que mui cumplidamente traian todo lo que habia dicho, i esto a mas de los presentes que llevaban al almirante, i que mui presto venian, que ellos iban delante por tomar posadas; i el jigante pensando que era así, dejóles pasar. D. Roldan, que habia oído la industria del duque Naymes, no podia tener la risa, i yendo por la puente adelante toparon un turco que mui espantado se paró a mirarlos atentamente, i D. Roldan se apeó, i llegándose hácia él, como que le queria hablar, le tomó por el cinto i le arrojó en el rio, i el duque fué de ello mui enojado, i le dijo: Señor D. Roldan, Dios nos quiere hacer mercedes, dejándonos pasar sin batalla, ¿i no las quereis recibir? I D. Roldan le dijo: Si supiera que me abriera como a vos, nunca yo buscara maña para pasar, ántes, viera si el jigante es tan feroz

en los hechos como en el jesto, que los otros que están en su compañía no durarán media hora delante de nosotros, porque es jente de poco valor; i ganada la puente, tuviéramos la venida mas segura; i si place a Dios que volvamos, con Durandal les pagaré el tributo que nos quieren.

---

## CAPÍTULO XXXI

Como los siete caballeros llegaron delante del almirante i dieron su embajada.

Llegados los caballeros a Aguas Muertas, donde estaba el almirante Balan, fuéronse hasta las puertas de su palacio, i dijeron a los porteros que dijesen al almirante que le querian hablar de parte del mui alto emperador Carlo Magno. Como el almirante supo que Carlo Magno le enviaba la embajada, fué mui alegre, pensando que le enviaba a pedir los cinco caballeros cristianos en trueco de Fierabras, su hijo; i porque era ya tarde, mandó a su maestra!a que les diese buena posada, i proveyese de todo lo nece-

sario, i por la mañana los trajese á palacio. El maestresala les dió por posada la casa de un mui principal caballero, el cual les hizo mui buen acojimiento, i les sirvió de todo lo que hubieron menester; i desque hubieron cenado, dieron a cada uno su cámara, con una cama ricamente aderezada. A la media noche llegó el rei que escapó de las manos de los siete caballeros, i entrando en el palacio, no paró hasta la cámara del almirante Balan, que era ya acostado, i desque supo que de los quince no volvía sino uno, fué mui maravillado, i mandóle entrar; i dijo: Mui poderoso señor tú enviaste quince reyes, vasallos tuyos, por embajadores a Carlo Magno, i en el camino topamos con siete caballeros cristianos, i nos dijeron traian embaja de parte de él, i creyendo ser salteadores que robaban, los quisimos traer presos a tu corte; i ellos fueron tan valientes que mataron en poco tiempo los catorce reyes, sin que ninguno de ellos se moviese, ni solamente cayese de su caballo, i yo con la gran lijereza del mio me escapé del furor de sus espadas, los cuales son estos siete caballeros que esta noche han venido a tu corte; por ende mira si de ellos te quieres

vengar, agora tienes ocasion, i mui lejítima causa de los hacer morir, i darles vituperiosa muerte.

Cuando el almirante Balan oyó las nuevas, del grande enojo que hubo empezó a maldecir i a quejarse de sus dioses. A las voces entró su maestresala, i le dijo: Señor, no te fatigues ni te quejes con desmesura de tus dioses, porque aunque por tus yerros hayan permitido que tus reyes muriesen, a tu poder trajeron los que los mataron, para que de ellos tomases venganza, i fuese su maldad castigada; por ende huelga i descansa, que mañana te los traeremos presentes a mui buen recaudo, i harás de ellos tu voluntad. I dijo el rei que escapó de sus manos: Señor, porque en tu poder están, ten modo que no sean señores de sus armas, porque si ven que los quieren prender, nó podrá con ellos toda tu corte, porque son mui esforzados, i quizá no te pesará ménos de su venida, que a mí de los haber encontrado en el campo. I el maestresala dijo: Señor, este cargo quedará a mí, que yo te los traeré mañana a buen recaudo, aunque fuesen ciento.

Despedidos del almirante, se fueron el

rei i el maestresala al caballero en cuya casa estaban los caballeros aposentados, le contaron el caso, el cual tuvo modo de hurtar las armas a los cristianos, que sin recelo alguno, apartado el uno del otro, estaban durmiendo. A la mañana fueron armados tres mil turcos de todas armas, i sendas hachas de armas en sus manos, i uno a uno los prendieron, i atadas fuertemente las manos, les llevaron al almirante Balan; el cual, despues de muchas injuriosas palabras i amenazas, les preguntó por qué habian muerto los reyes embajadores. I Roldan le dijo: Los que matamos no eran reyes en sus hechos, que informados cómo veníamos a tu corte con embajada, no dejaron de acometernos para matarnos o cautivarnos; mas ellos fueron castigados, que los catorce quedan en el campo, i traemos sus cabezas, porque certificado de ello asegurásedes los caminos. I el almirante le dijo: ¿Cuál diablo os mandó entrar en mis reinos? I Roldan le respondió: El que nos mandó venir te echará de ellos, si no haces lo que con nosotros te envia decir, que es esto: El mui noble i poderoso emperador Carlo Magno te manda te bautices, i que le envíes sus caballeros i las santas reliquias

que tienes en tu poder; i si no lo haces, ha jurado de te echar de toda tu tierra, i de te hacer malamente morir. I el almirante dijo: Osadamente hiciste tu embajada, mas no volverás con la respuesta al viejo loco de Carlo Magno, que ántes que coma ni beba, yo os veré a todos hechos cuartos con los otros que tanto he guardado hasta agora, pensando trocarlos con mi hijo Fierabras. I Ricarte de Normandía le dijo: Tu hijo es más cuerdo que tú, ya cree en Dios, creador del cielo i de la tierra. i ha dejado las abusiones de tus ídolos, i está mas contento con el santo bautismo que ha recibido, que lo estaba con las tierras que tenia, i por todo el mundo no vendrá acá ni dejará a Carlo Magno su señor.

El almirante conoció a Ricarte de Normandía, i le dijo: Bien me place de teneros aquí porque pagues la muerte del noble caballero Corsubel mi hermano. I Guy de Borgoña dijo: Muchos de tus caballeros habemos muerto los pocos que aquí estamos; mas no de la muerte que nos amenazas de matar, sino en mui leal batalla; por tanto si te quieres vengar de nosotros sin caer en vileza, danos nuestras armas i caballos, i déjanos

salir al campo, i manda apercibir todo tu ejército para contra nosotros, i entónces sin reprension tomarás, si pudieres, venganza. I el almirante Balan le preguntó cómo se llamaba. I él le dijo Guy de Borgoña, i el almirante le respondió: Tambien pagarás lo que contra mí hiciste en Roma; será tu muerte escarmiento para otros cristianos, que no se atrevan a tanto. I luego mandó llamar dos consejeros suyos, llamados Brulante de Monmiere i Sortibran de Coimbres, i les preguntó qué haria de los cristianos presos. I ellos le dijeron, que fuesen arrastrados en colas de caballos, i despues hechos cuartos, i puestos por los caminos, i las cabezas a las puertas de la ciudad en escarpas, i luego cercaremos a Carlo Magno i le prenderemos, porque estos son los principales de su ejército; i si matamos al emperador, sin peligro ganaremos todo el reino de Francia. El almirante les dijo que decian bien, i les mandó que trajesen presto los otros cinco, i se ejecutase lo ordenado.

---

## CAPÍTULO XXXII

Como por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los cinco, i como Floripes les mostró las santas reliquias. &

Estaba Floripes escuchando toda la contienda que su padre tenia con los caballeros cristianos, i cuando vido que su padre mandaba traer los cinco que pensaba estaban en la torre para les dar muerte, fué mui presto a su cámara, donde tenia los caballeros, i les mandó armar, i les dió sendas hachas de armas, diciendo que de ellas se aprovecharian en el palacio mejor que de las lanzas. i les dijo: Mui nobles i virtuosos señores, agora se me ofrece tiempo para que pagueis los beneficios recibidos, que haciendo esto, guardareis vuestras vidas i las de vuestros amigos, los otros siete Pares de Francia, los cuales con las manos atadas i gruesas cadenas a los piés, están en los palacios de mi padre sentenciados a muerte, i vosotros con ellos, i agora voi a estar con el almirante mi padre, por ver si los podré traer aquí con vosotros, i si no pudiere, i oyéredes mis voces,

no seais perezosos en venir, ni useis de misericordia con ningun turco. I así fué Floripes para su padre con disimulada alegría, finjiendo que tenia gran deseo de ver la muerte de los caballeros cristianos, i le preguntó qué hombres eran aquellos que estaban atados i encerrados. I él respondió:

Hija, son vassallos del emperador Carlo Magno, i son los de quienes tantos daños hemos recibido, i a muchos parientes i amigos nuestros, i caballeros de gran valor han dado la muerte; i mando por sentencia, que éstos i los otros cinco, que ya están en la torre, sean arrastrados i puestos en cuartos. I Floripes le dijo: Señor, esto i mucho mas merecen, i es bien darles otra mas penosa muerte, porque sean escarmiento para otros, i esto se hará despues que hayas comido, que es ya mui tarde, i suplicote que los dejes en mi guarda hasta que los mandes sacar a morir, porque en todos ellos pueda a mi placer vengar la injuria hecha a mi hermano Fierabras. I el almirante Balan dijo que le placia; i ella mandó a su escudero que los llevase a la torre donde estaban los otros. I Sortibrán dijo al almirante, su tio: Mui esclarecido i piadoso señor, su-

plícote que quieras traer a la memoria dichos que habrás oído i visto las grandes desgracias que a especiales hombres han ocurrido por tener confianza de mujeres, i los mui grandes daños que por inestabilidad i poca firmeza han causado: cata que su mas súbito saber en el tiempo de la mayor necesidad les falta; mira, pues, que de su naturaleza son mui mudables i livianas en creer, i súbitas en la venganza; mira no te ciegue el mucho amor de la hija.

Cuando Floripes hubo entendido bien las palabras maliciosas de Sortibran, demudada en grande grado, i como tartamuda del mui crecido enojo, dijo: Tú, Sortibran, hablaste como desleal i malo que debes ser, i por tal te juzgo en hablar semejantes palabras, porque el traidor no piensa que hai fiel alguno en el mundo; i por tus mui dañadas entrañas juzgaste tú las ajenas; mas no quedarás sin pago de tu mentiroso i traidor decir: i dicho esto, se fué tras el escudero i de los presos que estaban ya cerca de la torre, donde fué nuestro Oliveros i sus compañeros, porque el escudero no los osó llevar a la cámara de Floripes, por causa de la mucha jente que los miraba; i Floripes

llamó al escudero i le mandó los llevase a su cámara, que ella queria ser carcelera, i no otro ninguno; i aunque por allí habia algunos que lo vieron i oyeron, no sospecharon por ello mal ninguno, pensando que lo haria por el grande enojo que habia habido con Sortibran. Entrados que fueron los caballeros en la cámara de Floripes, hallaron los otros cinco compañeros suyos armados de todas armas i bien apercebidos, i fueron de ello mui maravillados los unos i los otros. Oliveros hubo mui gran lástima de D. Roldan cuando le vió que tenia una gruesa cadena al pié i otra al cuerpo, i las manos mui reciamente atadas; j mui presto los desató i quitó todas las cadenas, i se abrazaron i besaron con grandísimo amor; i Floripes los miraba uno a uno con mucho cuidado, por conocer a Guy de Borgoña, a quien ella deseaba tanto conocer, lo que visto por Oliveros, dijo: Señor Guy de Borgoña ¿qué os parece de nuestra cárcel i de nuestro carcelero? I Guy de Borgoña le respondió: Digo que aunque la cárcel fuera la peor de todo el mundo, ninguna pena sintiera, segun la grande perfeccion i gracia del carcelero. I Oliveros le dijo: A vos i a la se-

ñora Floripes damos las gracias; porque conociendo que en esto a vos habia de hacer placer, nos sacó a todos del mas hediondo lugar del mundo, i de mui estrecha cárcel. I Floripes, llorando del gran placer que su corazon sentia, venció el amor a la vergüenza que comunmente las doncellas tienen, abrazó a Guy de Borgoña i le besó en el hombro, i Guy de Borgoña hincó las rodillas en el suelo i quiso besar las manos, mas ella nunca lo quiso permitir, ántes le puso la una mano al cuello i la otra en la barba, i levantó del suelo, i estaba Guy de Borgoña mui espantado de tanto amor como la hermosa Floripes le mostraba. I don Roldan le dijo: Bien creo, señor Guy de Borgoña, que no recibierades pena alguna aunque estuviédes mucho tiempo en esta cárcel; i Guy de Borgoña le respondió: Ya recelo la salida mas que temia la entrada, si del carcelero me tengo de apartar. I Floripes con una mui graciosa risa dijo: Dejemos, señores, esto para cuando mayor oportunidad tengamos, i ahora entendamos en lo que mucho a todos cumple, i tomó a Guy de Borgoña por la mano, i dijo a los otros caballeros desarmados\* que la siguiesen, i

que los otros se quedasen en la sala, i llevólos donde se habian armado los otros caballeros, i les dijo que se armasen prestamente; i ella armó a Guy de Borgoña mui graciosamente; i despues que todos fueron armados a su placer, se volvieron donde estaban los otros, i Floripes los hizo sentar a todos, i ella se sentó en la silla de marfil, mas allegada a Guy de Borgoña que a los otros, i les dijo: Mui nobles i esforzados caballeros, pues que en vuestra buena fortuna i a mi dicha vos ha traído a tiempo que de mis pequeñas i mujeriles fuerzas tuviéredes necesidad, por quanto tengo propuesto i deliberado, olvidando mis dioses i el amor de padre, de los parientes i de toda la tierra, de salvar vuestras vidas, aunque supiese por ello perder la mia, me atrevo a pedir a todos juntamente una merced, i a vos, D. Roldan, primeramente demandando la fe, i a vosotros, señores, de me ayudar i favorecer en lo que os hubiese menester; i D. Roldan la dijo: Mui virtuosa i noble dama, nunca fuí ingrato a persona del mundo, i ménos lo seré a las muchas mercedes que de ti he recibido; por ende mándame cualquiera cosa que no discrepe de la lei cristiana, i

verás el deseo que tengo de servir tus crecidos beneficios; i ella se levantó en pié i les dió gracias por ello; i vuelta a Guy de Borgoña: ¿I vos, señor Guy de Borgoña? I él la dijo: Yo i todos estos señores decimos lo que el señor D. Roldan dice. Así, dijo ella, lo que mi corazon desea sobre todas las cosas del mundo es servir, como mujer lejítima, al señor Guy de Borgoña, i estas son las mercedes que a él i a vosotros, señores, pido, i mui de grado me tornaré cristiana i os daré las santas reliquias que con tanto trabajo habeis buscado, i os daré todo el tesoro del almirante mi padre, i otras joyas de mui grande valor. I Guy de Borgoña la dijo: Por cierto, señora, yo tenia propuesto de no tomar mujer sino por mano de mi tio el emperador Carlo Magno, como lo han hecho los otros Pares de Francia; mas porque tal dama no se halla en todas partes, i no ménos por las mercedes recibidas, con consentimiento de D. Roldan i de estos señores, te tomo por lejítima esposa en la forma que lo ordena nuestra santa madre Iglesia: i D. Roldan se levantó, les hizo dar la mano, i los hizo abrazar i besar en la boca, i les dijo que lo demas fuese

guardado hasta que Floripes fuese cristiana; i de esto hubo gran vergüenza Floripes, i no osaba despues mirar a D. Roldan en la cara, i mandó luego a sus damas que pusiesen la mesa i trajesen de comer, i dijo a los caballeros: El almirante mi padre, Sortibrán i los otros caballeros han ordenado de vos dar la muerte a todos despues que el almirante haya comido, mas deciros he como le dareis mala comida, porque no vengan a efecto sus malos pensamientos; i así, armados como estaban los caballeros, se sentaron a la mesa, i la hermosa dama Floripes con ellos sentada junto a su mui querido i amado Guy de Borgoña.

---

### CAPÍTULO XXXIII

Como un sobrino del almirante Balan, llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes, i como el duque de Naymes le mató.

Los caballeros fueron mui bien servidos, i despues que hubieron comido i fué alzada la mesa i dadas gracias a Dios, Floripes les

dijo: Señores, el almirante Balan querrá comer, i no comerá sin que yo esté en su compañía; por ende, porque no venga nadie a llamarme quiero ir allá, i diré que estoi mal dispuesta, que no quiero comer, i miraré bien en lo que se ha de hacer ántes que vuelva, i primero quiero mostraros las santas reliquias que yo tengo, porque viéndolas tengais los corazones mas contritos, i con mayor devocion podais demandar ayuda i socorro a vuestro Dios, que hoi lo habreis bien menester, i sacó un cofre todo dorado i mui maravillosamente labrado, en el cual estaba parte de la corona de nuestro Redentor Jesucristo, i uno de los clavos con que fué enclavado en la cruz, i un paño en que fué envuelto cuando era niño, un zapato de la Vírjen María. nuestra Señora, i parte de sus cabellos, i otras muchas reliquias. Cuando los caballeros las vieron hincaron las rodillas en el suelo, i llorando amargamente, pidieron perdon a Dios, suplicándole fuese servido de dejarle volver con salud en presencia de Carlo Magno, i pudiesen llevar a Floripes, para que doctrinada en la santa fe católica, mediante el agua del santo bautismo, entrase en el número de los es-

cojidos; i que tambien pudiesen llevar las santas reliquias a tierra de cristianos; i se maravilló Floripes de las lágrimas que los caballeros cristianos derramaron. Despues que hubieron hecho su oracion, dijo Floripes a Guy de Borgoña que volviese las reliquias al cofre, porque le era mas lícito que a ella, por quanto no era cristiana, i él le rogó a D. Roldan, i D. Roldan al duque Naymes, por quanto era mas anciano i hombre de mui buena vida, i encerradas las santas reliquias en el cofre, lo volvió Floripes a su lugar.

Estando los caballeros i la linda dama en esto, vino a los palacios del almirante un caballero, sobrino suyo, llamado Lucafer, el cual habia venido por ver morir a los caballeros cristianos: preguntando por ellos, el almirante le dijo cómo su hija Floripes los tenia en guarda hasta que él hubiese comido. Lucafer le reprendió mucho de ello, diciendo que semejantes hombres no eran de fiar de mujer alguna, i dijo que queria verlos, por conocer al caballero que venció a Fierabras: el almirante le dijo que fuese, i se viniese con él Floripes a comer, que despues haria juntar su jente para hacer

justicia. Llegado Lucafer a la puerta de la cámara de Floripes, i hallándola cerrada, dió un empujon a la puerta con toda su fuerza, i quebró la cerradura i abrió la puerta de par en par. Cuando vido los caballeros armados, no quisiera haber entrado, i de su entrada le pesó mucho a Floripes, i conociendo esto el duque Naymes entró con el moro a razones; i preguntóle muchas cosas; i él respondia con mas miedo que gana de estar entre ellos, i queriéndose ir, alzó el duque Naymes el puño, i dióle tan gran golpe en la cabeza, que dió con él en tierra muerto, i a Floripes le plugó mucho lo que el duque había hecho, i le dijo: Cierto, buen duque Naymes, que ese golpe no es de hombre viejo. I él la dijo: Otros mayores verás, si nos dejan salir de aquí. I ella dijo: No se escusa de veros presto en ello; por ende, señores, quiero ir a hablar al almirante, que estará esperando a este caballero, que le queria mucho, i ha procurado casarle conmigo; i vosotros, señores, guardad la cámara.

Llegada Floripes delante de su padre, dijo que comiese, que ella se hallaba indispuesta del enojo que le había dado Sorti-

bran. I el almirante le preguntó por Lucifer, i ella le dijo quedaba hablando con los presos, i que no le aguardase a comer, que él así se lo dijo: i el almirante la dijo que queria comer, por hacer luego justicia de los presos, que la jente estaba apercebida, esperando que los sacasen. Floripes miró por la ventana i vido gran número de turcos armados, así caballeros como peones, i le pesó de ello; i despedida de su padre, se volvió para su cámara, i dijo a los caballeros: Señores, ved si os falta algo, que luego os lo daré: i Guy de Borgoña la dijo que nó, i ella dijo: Agora es tiempo que salgais, i salieron siendo Roldan el delantero; i a la entrada de palacio topó un rei llamado Corsubel, i le endió la cabeza hasta el pescuezo; i Oliveros mató al rei Coldre; i Guy de Borgoña mató a siete caballeros que halló en los corredores i a otros hizo saltar de los corredores abajo; de manera que ño quedó hombre a vida de cuantos en el palacio estaban, salvo el almirante, que saltó por una ventana, i fué recibido de los suyos; i quisieron salir de palacio, por dar batalla a los que estaban fuera, i Floripes no lo permitió porque eran muchos, i llevaron la provision que hallaron

a una fuerte torre, i allí se fortalecieron.

El almirante mandó cercar la torre, e hizo juramento a sus dioses de no partirse de allí hasta que los hiciese quemar, i a Floripes con ellos; i decia a sus familiares: Aunque no quiera su Dios, ellos vendrán a mis manos, que no tienen vitualla mas de para tres dias; i a mas de esto Carlo Magno no sabe de ellos para socorrerlos; i caso que lo supiese, no podrá pasar mi fuerte puente de Mantible, i no tiene otro paso. Los que se hallaron en el cerco de la torre fueron ciento i treinta mil hombres de pelea, i se dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar, i pasados tres dias acordóse el almirante de un cinto que Floripes tenia, i mandó llamar a Marpin, gran nigromántico, i le dijo: Marpin, agora conviene que muestres tu saber, que si tú haces lo que te diré, serás bien galardonado. Marpin le dijo: Señor, si es cosa posible a hombre del mundo, no dudes lo haga, i el almirante le dijo: Sabed que Floripes tiene un cinto de grandísima virtud, que miéntras le tuviere, ella ni ninguno de su compañía puede perecer de hambre, i querria se lo quitases; i mira que si lo haces, serás mui bien remunerado;

i Marpin le dijo: Señor, no te congojes, que mui presto te lo traeré.

Venida la noche, al primer sueño se hizo llevar de un diablo encima de la torre, i desde allí hizo sus encantos para hacer dormir a Floripes, i a todos los que en su compañía estaban, i aquella noche velaban en la torre Guy de Borgoña, Ricarte de Normandía i Oger el Danois, i sobre ellos no tuvo poder el encantamiento; i todos los otros fueron de graves sueños adormidos.

Entrando Marpin en su cámara, vido a una parte a Floripes i a sus damas, i a otra sus caballeros durmiendo, i buscó el cinto con dilijencia, i hallado, se lo ciñó, i se llegó a Floripes, que desnuda estaba en su cama, i le quitó la ropa; i viéndola tan hermosa, no pudo dejar de besarla muchas veces. Estando en esto, la linda Floripes soñaba que un turco la queria forzar, i que daba grandes voces a Guy de Borgoña que la valiese, i estaba en tanta congoja, que durmiendo daba con los brazos a una parte i otra, como que se defendia, i por eso no osó llegar Marpin a mas de la besar, temiendo que despertase.

Salido Marpin de la cámara, despertó

Floripes dando voces, i a ella acudieron los caballeros que velaban, i toparon a Marpin que iba huyendo para salir al tejado de la torre, i dióle Guy de Borgoña con la espada, i le cortó la cabeza, i tomó el cuerpo, i lo echó fuera por una ventana en la cava de la torre, que estaba llena de agua, i así se perdió el cinto, e hizo la hermosa Floripes gran llanto por él, i pesóles asimismo a los caballeros cuando supieron la virtud que tenia; mas no hubo remedio para cobrarlo.

---

## CAPÍTULO XXXIV

Como los caballeros, Floripes i sus damas padecieron grande hambre, i como los ídolos del almirante Balan fueron derribados i hechos pedazos.

Viendo el almirante Balan que Marpin nigromántico no venia, fué enojado de ello, tanto por el cinto, como por él, i llamó a sus consejeros, i les preguntó ¿qué se habia de hacer? I ellos dijeron: Señor, Marpin sin duda es muerto, pues no viene; manda juntar toda tu jente, i daremos combate a la

torre, i presto serás señor de tus enemigos. El almirante mandó allegar doscientos mil hombres de pelea, i que diesen combate a la torre con muchos trabucos i con hondas. Duró el combate todo un dia, i no la pudieron ganar, que los caballeros cristianos que estaban dentro derribaron una pared de los palacios del almirante, i con las piedras se defendieron de manera que los turcos no osaban llegar a la torre. Venida la noche, mandó el almirante que no cesase el combate; i acercada la jente, empezaron a probar si podrian subir por la pared, i los de dentro continuaban a echar piedras, defendiéndose valerosamente, i a la mañana hallaron mas de dos mil turcos muertos i heridos.

Cuando el almirante Balan supo la gran mortandad que los cristianos habian hecho, estaba rabiando i maldiciendo a sus dioses; i un caballero de los suyos le dijo: Señor, no te fatigues tanto, ni te enojas, que bien tendremos modo con que ganes la torre; manda hacer muchas escaleras largas que lleguen a las ventanas de la torre, que se perciba toda la jente de las armas, i armados subiremos por ellas i no habremos miedo de las piedras.

El almirante tuvo su consejo por bueno i luego mandó hacer las escaleras, i trajeron cincuenta de ellas, i los turcos bien armados empezaron a subir por ellas: i viendo Floripes que subian seis caballeros por una escalera, los dejó subir hasta la ventana, i con una hacha de armas que tenia en las manos dió tal golpe al primero, que dió con él i con los otros en el suelo; i todo esto vido el almirante su padre, i por ello se mesó las barbas, maldiciendo la hora en que la enjendró; i por otra escalera a otra ventana subian otros tantos caballeros, i Ricarte de Normandía tomó un grueso canto cuanto pudo levantar, i le echó por escalera abajo, i derribó todos los que subian por ella en el suelo, matando a muchos; i viendo esto los otros, ninguno osó subir, i en esto pasaron algunos dias, de manera que faltó la provision en la torre, i estuvieron dos dias sin comer pan.

Viendo esto Roldan, dijo a los otros: Señores, paréceme que la necesidad nos forzará hacer agora lo que habíamos de hacer ántes de morir encerrados: ninguna honra alcanzamos, pues la vitualla nos falta; apañémonos para ir a buscarla, que mas nos

vale morir peleando en el campo con nuestros enemigos, que padecer hambre en esta torre.

A todos pareció bien lo que Roldan dijo, i acordaron de lo hacer así, i entónces comenzaron a llorar Floripes i sus damas, temiendo la muerte de los caballeros por la multitud de turcos que habia, i con abundancia de lágrimas les dijo: Por cierto, señores, mui poco hace vuestro Dios por vosotros viéndoos en tanta necesidad, que si vosotros creyédes en mis dioses, sin duda ya hubieran usado de misericordia con vosotros, i os proveyeran de vituallas. I D. Roldan la respondió: Señora, muéstranos esos dioses que dices, que querria ver si tendrán poder para proveernos de vituallas, o traernos socorro de Francia. I ella dijo que le placia, i mui alegre, pensando que creeria en ellos, los llevó por una cueva bajo de tierra, i al cabo de ella hallaron una sala maravillosamente labrada, i en medio estaba un grande tablado mui rico, en el cual estaban cuatro ídolos del grandor de un hombre, de oro fino; el uno se llamaba Alpin, i el otro Tavalgante, el otro Margor, i el otro Jupin.

Olia toda la sala tan suavemente, que los caballeros estaban maravillados. I entónces dijo Guy de Borgoña a Floripes: Señora, ¿quién hizo estos tus dioses? I respondió: Dos plateros, los mejores maestros que en todo el mundo se pudieron hallar. I Guy de Borgoña la dijo: ¿Quién dió a este oro el poder que tú dices que tienen? I ella estuvo dudando sin le responder; i él la dijo: ¿Los maestros que las hicieron no eran hombres mortales como nosotros? I ella dijo que sí. I Guy de Borgoña la dijo: ¿I si quisiéramos agora hacer otra cosa alguna, no la podríamos hacer del mismo oro? Ella le dijo que sí podría. I él dijo: ¿Luego mas poder tienen los hombres que tus dioses? Quiéres ver cómo no tienen ningun poder? Sacó la espada, i dió al uno con élla en la cabeza, i le derribó en el suelo; i Roldan con el hacha de armas echó a tierra a los otros, i dijo a Floripes: Mira, señora, el poder de tus dioses.

Entónces Floripes, venida en conocimiento de la verdad, viendo que sus dioses no se movian, dijo: Agora confieso no haber otro Dios sino el de los cristiãnos, al cual humildemente suplico me quiera dar lugar de

recibir su santo bautismo, porque mi ánima no sea ajena de tanta gloria, i a vosotros quiera sacar de tanta afrenta; i de esto hubieron mui gran placer los caballeros.

---

## CAPÍTULO XXXV.

Como los caballeros cristianos salieron de la torre, i dieron batalla a los turcos que los tenian cercados, i tomaron la provision que tenian en el real.

Estando Floripes i los caballeros en estas razones, una dama de Floripes cayó del estrado desmayada de hambre, i no se halló en la torre bocado de pan ni de otra cosa que la dar; i de esto hubieron gran lástima los caballeros, i mas la linda Floripes; i ordenaron de salir, i dar descuidadamente en el real del almirante Balan, i rogó Oliveros al duque de Naymes que se quedase en la torre en compañía de las damas, para les abrir cuando volviesen. I el duque le dijo: Señor Oliveros, aunque soi mas anciano que ninguno de vosotros, no por eso dejaré de hacer mi deber contra mis enemigos, i pídoos por

merced, que no me deis tan presto el oficio de portero; i así rogaron todos al conde Tietri que quisiese quedarse, i así se quedó en guarda de la torre i de las damas, i ellos se subieron a la cámara de Fierabras, i tomaron sendas lanzas, i cabalgaron en los caballos que habian quedado del almirante Balan; i viendo que el almirante i su jente estaban descuidados, salieron de la torre, i acometieron a sus enemigos con tanta ferocidad, que en poco tiempo llegaron hasta la torre del almirante Balan, matando i derribando caballeros i peones; i el almirante viendo esto, fué prestamente armado, i con él su sobrino el rei Clarion, el mas esforzado que en toda aquella tierra se descubria despues de Fierabras. Cuando el bueno de D. Roldan los vido, vuelto a sus compañeros les dijo: Señores, agora se nos ofrece ocasion para ganar honra i fama; no nos desmandemos, i con la órden que hasta aquí hemos tenido entremos en nuestros enemigos, haciendo cruel matanza en ellos, hasta quitarles los bastimentos; el uno procurará ayudar al otro, que Oliveros i yo llevaremos la delantera, i no se espante nadie de la multitud de los turcos, que en los grandes

aprietos son conocidos los buenos soldados, i en ellos se alzan las crecidas honras, i si a estos delanteros vencemos, con mui poco trabajo seremos señores de todos los otros, que estos son la flor de todos los hombres de guerra que tiene el almirante Balan, i llevaremos de comer a la hermosa Floripes i a sus damas, que con mui gran deseo nos están esperando: i diciendo esto, llegaron los turcos con grandes alaridos: llevaba la delantera de ellos un rei moro que vino de mui lejos en ayuda del almirante Balan, que se llamaba Rapin. Viéndole venir el noble Oliveros, le salió a recibir con la lanza en el ristre, i fueron los encuentros tales, que el turco cayó en el suelo muerto, i luego salieron dos caballeros suyos para vengar su muerte, i el uno encontró con la lanza de Oliveros, i la quebró en el escudo, i Oliveros echando mano a la espada, de los primeros golpes que le dió, cayó el turco en tierra, i el otro compañero no le osó esperar, i dió a huir. En este tiempo Roldan derribó diez i ocho turcos a vista del almirante Balan, el cual cobró tan gran temor, que empezó a retirarse, por huir del furor de los esforzados cristianos: i viendo esto Guy de Borgo-

ña, dió de espuelas al caballo, i derribando turcos a una parte i a otra, le siguió hasta su tienda, peleando solo con gran multitud de turcos que le defendian la entrada de la tienda, i los otros caballeros cristianos haciendo gran matanza en la jente del rei Clarion; i viendo Oger el Danois que venian por un camino veinte acémilas cargadas de vituallas, lo dijo a D. Roldan, i D. Roldan llamó a Oliveros, sin conocer la falta de Guy de Borgoña, i fueron hácia las acémilas, sin que se lo impidiesen mucho los turcos, que ya no les osaban esperar. Tenian en guarda de las acémilas doscientos de a pié i treinta de a caballo, i se pusieron a defender la vitualla, i en poco rato mataron la mayor parte de ellos, quedando los cristianos dueños de las acémilas; i para conducirlas a la torre, hubieron de pasar por medio del real.

---

## CAPÍTULO XXXVI.

Como Guy de Borgoña fué preso.

El noble Guy de Borgoña quedó solo en el campo, desamparado de sus compañeros,

i rodeado de toda la jente del ejército; i peleó la mayor parte de la noche, i dió con la tienda del almirante en el suelo; i despues que le mataron el caballo, se vido entre tantos cuerpos, que no podia dar un paso sin pisarlos; i ya que queria amanecer, fatigado i herido en muchas partes de su cuerpo, dió un tropezon, i cayó, i así fué preso, i atadas las manos i tapados los ojos fué llevado al almirante, que temeroso de su espada se habia desviado de su jente. Viéndose Guy de Borgoña en poder de sus enemigos, i creyendo ser ya la postrimera hora de su vida, dijo: ¡Oh mi Jesus, verdadero Dios i hombre! no desampares a tu convertida Floripes, porque consolada de ti no desvíe de su buen propósito! ¡Oh caballeros cristianos! Dios os guarde de tanta desdicha, cuanta a mí, sin ventura, hoi ha ocurrido. I el rei Clarion le dijo: No procures, cristiano, de quejarte, pues no te ha de aprovechar, que así te llevaremos al álmirante, i luego serás ahorcado, i él le preguntó ¿quién era que así le amenazaba? I él le dijo que era el rei Clarion; i díjole Guy de Borgoña: Mucho me amenazas agora que no tengo manos, i cuando las tenia no me hablabas, ni aun esperabas que

te hablase. Llegado Guy de Borgoña ante el almirante, todo demudado i descolorido, así por haber estado dos dias sin comer, como por el gran trabajo de la batalla, mandó el almirante que fuese desarmado de todas sus armas; i porque para le desarmar era necesario quitarle las ataduras de las manos, fué primeramente desarmado de las piernas, poniéndole a cada pié una cadena gruesa, i con ella le ataron a un poste, i despues le soltaron las manos, i le quitaron todas las armas, i estaba tal, que el almirante no le conocia; i le preguntó ¿quién era? i él respondió: No te negaré la verdad, sepas que a mí me llaman Guy de Borgoña, soi sobrino del mui poderoso emperador Carlo Magno, i primo del mui noble i esforzado D. Roldan. I el almirante le dijo: Mucho tiempo ha que te conozco, i grandes males me has hecho; por tus amores mi hija Floripes dió mi fortaleza a mis enemigos, i a mí me entregara en tu poder, si mis piadosos dioses no me guardaran, los cuales te han traído a mis manos, para que tome entera venganza de ti. I dime, ¿quiénes son los compañeros que en la torre quedan, que tan grande guerra me habeis dado? I le dijo: Los que están en

la torre son hombres de noble sangre, i mui amados, amigos i vasallos del poderoso emperador Carlo Magno; por tanto no dudes que esos agravios que les haces te serán bien demandados.

I viendo un turco que el almirante habia recibido enojo de esto, quiso dar a Guy de Borgoña una puñada en la cara, él se reparó con el brazo izquierdo, i con la mano derecha le asió de los cabellos, i le trajo a sus piés, i le puso el pié sobre el pescuezo, i ántes que le pudiesen valer le ahogó. I el almirante dijo: Creo que esta jente es endiablada: ved lo que ha hecho delante de mí. I Guy de Borgoña le dijo: Si yerro alguno aquí ha habido, tu hombre lo ha causado, que no le era lícito en tu presencia herirme sin tu mandado; mas pareceme que bien ha recibido la pena de su yerro, que nunca mas pasará tu mandado; i así atado al poste, sin comer cosa alguna, le tuvieron hasta el otro dia.

Agora quiero volver a D. Roldan i a los otros caballeros que quedaron en la torre mui tristes, i no ménos la hermosa Floripes i sus damas, por faltar Guy de Borgoña, a quien estimaban mucho. No conocieron Rol-

dan i sus compañeros si se quedaba Guy de Borgoña hasta que entraron en la torre con la vitualla, i cuando vieron que no venia, como hombres desesperados, olvidando la hambre que tenian, salieron todos once sin esperar el uno al otro, que ya no se recelaron de ellos; i en poco tiempo mataron dos mil, i allí murió Basin de Genovois, un principal caballero, i de su muerte pesó mucho a todos los cristianos; i por la grande oscuridad de la noche, temiendo que buscando a Guy de Borgoña se podrian perder, fueron forzados a acojerse a la torre, donde con lastimosos llantos i gritos, que a los cielos subian, de la triste Floripes fueron recibidos, la cual, tirando cruelmente de sus cabellos, i con sus uñas rasgando su hermoso rostro, tendida a los piés de D. Roldan, besándolo muchas veces, le decia: Oh caballero noble, duélete de tu mui leal compañero i pariente Guy de Borgoña, mi esposo. I D. Roldan, con un nudo en la garganta, que no le dejaba hablar ni resollar, la levantó del suelo; i vuelta a Oliveros le dijo: Cuánto mas mejor me fuera, señor Oliveros, que el dia que maté al carcelero por sacaros de la cárcel, me mandara mi padre matar a mí, porque

no me viera en tanta congoja, i una pena sola sintiera mi ánima al apartarse de mis carnes, no haber conocido a Guy de Borgoña; ahogada estoi, de mil congojas rodeada, i de mil pensamientos combatida, viendo que por darme a mí la vida, fué el noble caballero a tomar la muerte; muriérame yo de hambre delante de sus ojos, i no me viera yo sin él.

¡Oh padre mio! si supiste qué cosa es querer, no me culpes en lo que hice contra ti: cata que el corazon que enjendraste es del caballero que preso tienes, desde el dia que en Roma le vi; i pues que suyo era, no podia huir de lo que a su servicio cumplia, ni pienses que me arrepiento de haberle amado, ántes tendria en poco perder la vida, i la diera de buena gana por sacarle de pena; i si algun paternal amor te ha quedado, duélete de tu apasionada hija; i si por ventura te quieres vengar de la injuria recibida, ten modo que justamente te vengues; mira que yo sola fuí la que maté a tu carcelero por sacar a los cristianos de la torre, i a la vieja matrona aya mia eché de la azotea abajo, porque no te dijese lo que hacia por aquellos nobles caballeros; finalmente

los armé, porque de tu saña i furor se pudiesen defender; i tu torre i tesoros, i tus dioses de oro les entregué, pues conocido es que no erraron en tomar los servicios que con tanto amor les hacia, i ellos tanto menester habian, que lo mismo hicieras tú si en su lugar te hallaras; i pues que en mí sola se halla el esceso, i yo sola fabriqué i cometí el error, suplicote que no lo pague el inocente caballero. ¡Oh bendita Madre de Dios, con quien mi señor Guy de Borgoña tiene gran devocion! poned en el corazon del almirante Balan, mi padre, la creencia que en mis entrañas tengo injerida, porque convertido a tu benditísimo Hijo Dios i Hombre no maltrate tu caballero.

I dicho esto i otras cosas con gran dolor, sollozos i suspiros, que las entrañas le sacaban, cayó en el suelò mas muerta que viva, i D. Roldan la alzó mui presto; i desde que fué tornada en sí, con mas lágrimas que palabras la comenzó a consolar, diciéndola: Señora, por Dios tened paciencia, que vuestro esposo no es muerto; sed cierta que ántes que mañana anochezca le traeremos aquí, o todos perderemos la vida; i mandó traer la provision que habian ganado i qui-

tado a los moros, i hallaron muchas viandas cocidas i asadas, i muchos guisados a uso de Turquía, i comieron todos de aquello, aunque no con el gusto que comerian si no quedara cautivo Guy de Borgoña en poder de sus enemigos.

---

## CAPÍTULO XXXVII

Como los paganos quisieron ahorcar a Guy de Borgoña i como los diez caballeros cristianos se lo quitaron.

Venida la mañana, el almirante Balan mandó llamar a todos sus consejeros, i les preguntó ¿qué se haria de Guy de Borgoña? I ellos le dijeron: Señor, para que los otros caballeros escarmienten, manda poner una alta horca en el lugar que la puedan ver los que están en la torre, i en ella mandarás ahorcar al caballero preso, i quedarás vengado de las injurias que de él has recibido; mandarás asimismo poner diez mil hombres en celada, porque creemos que sus compañeros no dejarán de venir en su socorro, i los tomarán en medio, i serán todos muer-

tos o presos, para que hagas de ellos a tu voluntad. Este consejo aprobó el almirante, i le tuvo por bueno; i luego mandó alzar la horca, i en un montecito que cerca estaba mandó esconder los diez mil turcos, i mandó al rei Clarion que los rijiese i estuviese atento para salir cuando fuese menester: i mandó atar las manos a Guy de Borgoña, i taparle los ojos, porque no viese dónde le llevaban, i mandó que tres mil hombres de pelea le llevasen a la horca, i desde que le tuvieron en su poder, algunos que en las peleas habian conocido los fieros golpes de su espada, le daban mui grandes palos, i otros puñadas, pensando que en aquello eran vengados. Puesto el noble caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora, dijo: ¡Oh Redentor del mundo, mi Dios i mi Criador, por cuyo nombre voi a recibir deshonoradamente la muerte! por los méritos de tu santa pasion te suplico que recibas mi ánima, pues que el cuerpo va a tomar fin; i así como tú ves que lo he menester, me envia paciencia, porque sea esta muerte en remision de mis pecados. ¡Oh nobles caballeros de Francia! nunca mas me vereis, aunque no dudo que

si esto viene a vuestra noticia, salgais en mi socorro. ¡Oh noble primo D. Roldan, que malas nuevas llevareis al emperador nuestro tío! ¡I nobles compañeros! encomiándoos la triste Floripes, que no tendrá ya deseo de vivir, sabiendo las tristes nuevas, ni habrá quien le consuele, si de vosotros es olvidada.

A este tiempo estaba Floripes con los caballeros cristianos a las ventanas de la torre, mirando como alzaban la horca, no sabiendo para quién era; i cuando vieron los tres mil hombres, sospecharon que seria para Guy de Borgoña, aunque no lo podian ver, i Floripes lo conoció la primera en los grandes alaridos que los turcos hacian; i puesta de rodillas delante de los caballeros, les dijo: ¡Oh nobles caballeros, no sean vuestros corazones tan sin virtud, que delante de vuestros ojos consintais que vuestro leal amigo i pariente sea ahorcado. ¡Oh noble Roldan, cuyas grandes hazañas por todo el mundo son tan conocidas, i cuya lanza i espada en toda Turquía es temida! por aquel Dios en quien crees i adoras, te suplico que no desampares a la triste doncella que a ti se encomienda, no olvides a tu primo el noble

Guy de Borgoña, en tanta afrenta metido. I Roldan la dijo: Señora, ten esperanza en aquella bendita Vírjen, Madre de Dios; i ruégala que quiera ser en nuestro favor, porque le traigamos con salud delante de tus ojos, i mediante su gracia podamos volver a tierra de cristianos; i de salir en su favor no lo dudes, que no dejaremos de poner todas nuestras fuerzas para le sacar del peligro, aunque todo el mundo fuese contra nosotros.

I Floripes, derramando muchas lágrimas por su amoroso rostro, los abrazó a todos uno a uno, i dijo, que miéntras los caballos ensillasen, se subiesen a la cámara de Fierabras, i se proveyesen de las armas que habian menester. I armados que fueron los caballeros, i proveidos de gruesas lanzas, cabalgaron en sus mui bizarros caballos, i ántes que saliesen de la torre, habló D. Roldan de esta manera: Señores, en este dia se nos ofrece tiempo para ganar honra, i ayudar a nuestro amigo que está para recibir la muerte en manos de nuestros enemigos: si nosotros nos demandamos es imposible salir de tan grande multitud de turcos: por tanto os ruego que no os engañen vuestros

esforzados corazones, que por codicia de matar veinte o treinta enemigos no salgais de orden, pues veis que de esta manera se perdió nuestro compañero Guy de Borgoña; sino que juntos entremos a la batalla, i que el uno sea de los otros socorrido; i si esto hacemos, aunque seamos pocos en número, seremos muchos en fortaleza.

Antes que saliesen de la torre trajo Floripes el cofre de las santas reliquias, i se humillaron todos con gran devoción, i pusieron el cofre encima de sus cabezas, i encomendándose a la Santísima Trinidad, salieron; i vieron los que llevaban a Guy de Borgoña, que estaban ya cerca de la horca, i dijo el noble Oliveros: Señores, bien es que tomemos la delantera, porque miéntras peleamos con los que van detras, no reciba muerte de los delanteros. Cuando los turcos los vieron venir, un capitan llamado Cornifer puso los turcos en buen orden, i mandó a diez mil peones que llevasen a Guy de Borgoña a la horca, miéntras él iba a dar batalla a los cristianos; i con una gruesa lanza tomó la delantera i fué a recibir a los caballeros cristianos, i cuando Oliveros le vido, dijo: Señor D. Roldan, perdóneme, que

quiero salir a recibir a este turco que tan soberbio viene; i le recibió de tal suerte, que dió con él en tierra, i echando mano a la espada, se metió por medio de ellos como lobo carnicero en medio del ganado, i así trabó una mui cruda batalla, i con esto fueron detenidos buen rato los cristianos, que no pudieron pasar adelante.

I alzado D. Roldan sobre los estribos, vido la escalera de la horca, i que subian al buen caballero por ella para ahorcarle; entónces dijo a los otros: Señores, no nos tardemos mucho; i cada uno procure seguirme, que Guy de Borgoña está en la escalera de la horca. Entónces todos los caballeros, olvidando todo el temor de morir, i puestos en buen órden, entraron por en medio de los enemigos, conduciéndolos D. Roldan, que ya era tan temido de los turcos, que ninguno de ellos se osaba poner delante, i a su lado iba Ricarte de Normandía derribando caballos i peones: i al otro lado iba Oliveros desguarneciendo arneses i cortando brazos i piernas, sin dar golpe en vago, i Oger el Danois traia todas las armas teñidas con sangre de sus enemigos.

Llegados al pié de la escalera, tuvieron

gran lástima del buen caballero, que tenia una sogá de esparto en el cuello, i miéntras los otros peleaban, saltó Ricarte de Normandía del caballo, i se la quitó i soltó las manos, abrazándole muchas veces. A este tiempo salieron los diez mil que estaban en celada, i como Oliveros los vió, tomó por la rienda un poderoso caballo que entre ellos andaba suelto, i lo llevó con presteza a Ricarte de Normandía, i le dijo: Procura de armar luego a Guy de Borgoña, i que cabalgue presto en este caballo, i venga al punto a la batalla, porque vienen diez mil turcos de' refresco.

Dicho esto, volvió para sus compañeros, i vido a Gerardo de Nondier a pié, cercado de mas de cien turcos, que trabajaban mucho por le dar la muerte, i arremetió con tanto denuedo, haciendo tales hechos con la espada, que mui presto llegó donde estaba Gerardo de Nondier i se le puso delante porque no le hiriesen, i peleando los dos compañeros, arrimándose cuanto podian a los otros, vido Gerardo cómo un noble moro volvia la rienda por no encontrar con Oliveros, i ofreciéndosele tiempo dió una arremetida, i saltó en las ancas del caballo, i dió

con el mōro en el suelo, i así fueron todavía peleando hasta que se juntaron con los otros, i dijo Oliveros: Señores, detengámonos, i esperemos a Ricarte de Normandía i Guy de Borgoña, porque nos topen juntos para acometer a los que vienen de fresco; mas no pudieron esperar tanto, que vinieron los turcos que estaban en la celada; i los caballeros que estaban sin lanza recelaron los primeros encuentros, e iban Roldan i Oliveros delante, amparando los otros, abrazados los escudos i las espadas en las manos, i a los primeros encuentros mataron el caballo de Roldan; un turco le dió un gran golpe en el yelmo, i desque vido alzar la espada a Roldan para herirle, quiso huir, mas no le dió lugar, porque le alcanzó con Durandal en el hombro, i le partió hasta los pechos; de este golpe sus enemigos cobraron gran temor, i en poco tiempo derribó Roldan quince turcos; i viendo uno el daño que Roldan hacia, queriéndole herir a su salvo, le tiró la lanza, i Roldan desvió el cuerpo, i se fué mui presto a él, i tomándole por el brazo, le derribó en el suelo, i saltó lijeramente en el caballo, del cual habia derribado el turco, i tomando la lanza empezó

a discurrir por una i otra parte, derribando cuantos se ponian delante, sin tener ni guardar órden ninguno, i rogó a sus compañeros que no saliesen de ella i que esperasen a Guy de Borgoña i a Ricarte de Normandía, miéntras él andaba por el campo mirando adonde estaban los capitanes i los mas principales del real, i fueron sus recios golpes tan conocidos, que así iban huyendo de él sus enemigos viéndole, como huye el ganado del lobo.

I luego que fué armado Guy de Borgoña, cabalgó en un poderoso caballo, i dijo a Ricarte de Normandía: Mirad, señor Ricarte lo que hace Roldan. que lo que él solo hace habia para cien buenos caballeros: ¿no veis como huyen de él los turcos? Vamos nosotros por aquí, i atajaremos a los que van huyendo, i vengarme he de ellos; i tomando la delantera hizo Guy de Borgoña tan gran matanza que D. Roldan estaba espantado, i muchas veces olvidaba el pelear, por ver cuán bien jugaba de las armas, de manera que los turcos que huian de D. Roldan, venian a parar en manos de Guy de Borgoña i de Ricarte de Normandía, i los que de ellos se escapaban los reci-

bia Roldan; i llegando Roldan adonde estaba Guy de Borgoña, le abrazó con mucho amor, i le dijo: Mucho me place, primo, que os hayais vengado de vuestros enemigos. Mayor venganza hicisteis vos en ellos, dijo Guy de Borgoña: i estando en esto llegaron los otros nueve caballeros, i Guy de Borgoña los abrazó a todos, dándoles muchas gracias del trabajo que por él habian recibido. Viéndose los caballeros libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias a Dios; i mirando el campo, fueron mui contentos i maravillados del gran número de muertos que vieron, i dijo Roldan: Alabado sea Dios, que hubo piedad de nosotros; i dijo Oliveros: Señores, vamos a consolar a Floripes i a las damas que están con pesadumbre de vuestro mal; i Guy de Borgoña le respondió: ¿Qué haremos en la torre sin vitualla? Mas vale morir en el campo peleando, que en la torre de hambre: sigamos nuestros enemigos, i les tomaremos la provision que tienen, i todos fueron de acuerdo. Viendo la hermosa Floripes desde una ventana que iban adelante, a grandes voces llamó a Guy de Borgoña, i el noble caballero con los otros se arrimó al pié de la torre, i hablaron a Floripes, que

estaba mui alegre, i la dijeron, les era forzoso seguir sus enemigos por tomarles la provision; i así se despidieron de ella.

---

## CAPÍTULO XXXVIII

Como los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el real, i como la torre fué combatida.

Pusiéronse los caballeros en órden, i fueron en busca de sus enemigos, los cuales pensando descansar, muchos de ellos habian dejado las armas; i viendo el almirante a los cristianos, dió grandes voces a los suyos, diciéndoles que se armasen presto, i defendiesen las vituallas, i se llegaron todos a las tiendas donde tenian toda la provision del real. Conociendo esto los caballeros cristianos, les dieron cruda guerra, i mataron muchos de ellos, durando la batalla hasta la noche, i cuando pensaron los turcos que los cristianos se recójian, entónces les hicieron mucha mayor guerra; i como ellos no osaron huir por miedo del almirante Balan, murieron tantos, que los cristianos estaban

todos teñidos en sangre i cansados de herirlos, i entrando en las tiendas, llevaron doce camellos cargados de pan i carne, caza i otras muchas provisiones, i volviéndose con ellas para la torre, hallaron el cuerpo de Basin de Genovois su compañero, i le llevaron a la torre, donde fueron con grande alegría recibidos de las damas, i especialmente Guy de Borgoña de su amada Floripes, la cual le tenia en sus brazos, i no lo creia, teniendo tanto placer de verle, que no se hartaba de mirarle: i dejándole a él, se puso a los piés del noble caballero Roldan, queriéndoselos besar, i los abrazó a todos uno a uno, dándoles muchas gracias por lo que habian hecho por Guy de Borgoña; i puestas las mesas cenaron con gran placer.

No cumple dejar de decir la pena i enojo que el almirante Balan recibió cuando supo que los cristianos estaban ya proveidos de vituallas, que siempre pensó tomarlos por hambre, i renegando de sus dioses i maldiciendo la hora de su nacimiento i su mala fortuna, decia: ¡Oh malaventurado viejo, olvidado de sus dioses i de toda su jente! No puedo creer que mi jente ose pelear contra esos cristianos, o ellos están encantados, que

tan gran destrozo han hecho en los míos. ¡Oh ingrato Carlo Magno! ¿cómo puedes olvidar los nobles caballeros? Por cierto ninguna razón tienes de los olvidar, pues que tu corte es por sus grandes proezas muy honrada; con estos doce podrías dar guerra a todo el mundo, y yo con doscientos mil no oso estar en el campo. ¡Oh, cuánta merced me harían mis dioses si estos caballeros quisiesen vivir conmigo! Yo les perdonaría todo mi mal, y les haría muy mayores mercedes de las que les hace Carlo Magno: y estaba tan enojado, que ninguno de los suyos osaba pasar adelante, y estuvo toda la noche en estas quejas, paseándose por su tienda. Venida la mañana, mandó llamar a sus consejeros, y les preguntó: qué les parecía que se había de hacer. Y ellos le dijeron que hiciese aperebir toda su gente, y diese combate a la torre, que no tendrían los cristianos cosa alguna con qué defenderse, y luego fué hecho; mas los cristianos se defendieron varonilmente, tirándoles piedras, ladrillos y tejas. Floripes y sus damas estaban a las ventanas tirando osadamente a sus enemigos, y de esto tenía gran enojo el almirante Balan; y desde que vido que el combate no le

habia aprovechado, ántes habia pérdida de los suyos, i estaban muchos descalabrados, tornó a maldecir nuevamente su fortuna, quejándose de sus dioses, i díjole un caballero: Señor, creo que cuando los cristianos entraron en tu torre, perdieron tus dioses todo su poder, pues en ninguna cosa te ayudan. El almirante le dijo que callase, i no dijese tales razones, que creia que sus dioses aun le traerian los cristianos i a su hija Floripes a su poder.

---

## CAPITULO XXXIX

Como la torre en que estaban los caballeros fué minada, i cayó una parte de ella, i como se pusieron a punto para salir a la batalla.

Estaba mui enojado el almirante con los cristianos, i no ménos con su hija; i buscando todos los modos posibles para se vengar de ellos, mandó llamar un gran encantador que en su tierra estaba: i venido, le dijo si sabia dar algun modo para ganar la torre; i él le dijo que sí i que al otro dia por la ma-

ñana mandase apercibir su jente para resistir a los caballeros cristianos, si de la torre saliesen. que en breve tiempo la haria arder toda. Venida la mañana, el encantador, que se llamaba Mabron, hizo súbitamente encender las cuatro esquinas de la torre; i quando los cristianos la vieron arder, armáronse mui prestamente para salir: i Floripes les dijo que se estuviesen quedos, que ella sabia cómo se hacia aquel fuego; i diciendo ciertas palabras lo hizo morir. Bien conoció el almirante que aquello lo habia hecho Floripes, i juró a sus dioses de la hacer quemar; i mandó a su encantador i a otros hombres ingeniosos que buscasen otros ingenios para combatir la torre, i mandaron hacer grandes reparos con mucha madera, i puestos sobre una rueda, los llevaron al pié de la torre, para se guardar de las piedras, i dieron otro combate; i como los caballeros no tuviesen qué les tirar, concertaron de salir a sus enemigos; mas Floripes les dijo que esperasen un poco, i bajó a un sótano donde estaba el tesoro de su padre, i trajo muchas piezas de oro i plata, i dijo a los caballeros que tirasen con ellas, que tambien matarian a quien tocasen como las piedras, i despues les trajo

todos los ídolos i dioses, i otras muchas piezas de talla que eran todas de oro fino i plata, i los cortaron todos en piezas, i con ellas tiraban a sus enemigos. Cuando los turcos vieron tanto oro i plata olvidaron el combate para cojerlo, i sobre ello hubo gran matanza entre ellos, i mandó el almirante cesar el combate i recojer la jente, diciendo que de aquello se seguian dos daños, que moria su jente i perdia sus tesoros; i recojida la jente, mandó curar los heridos, i dijo a los otros que descansasen aquella noche, i a la mañana volviesen al combate, i con los ingenios i reparos fuese minada la torre. Venida la mañana, se puso luego por obra, i con la mina hicieron caer una esquina de la torre. Viendo esto Floripes, tomó otra vez de los tesoros, i con ellos tiraba por las ventanas; i sobre cojer de ellos hubo tambien grande contienda entre los turcos; i entrando el almirante caballero en un caballo, los metió en paz, i mandó pregonar que so pena de muerte ninguno fuese osado bajar a cojer de ellos por mas que tirasen; i les mandó que descansasen todo el dia, i que a la noche minasen la otra esquina de la torre, i el almirante se fué a cenar. Estando en lo me-

jor de la cena, acordaron de salir todos mui bien armados en sus caballos, i dieron con los enemigos, que estaban mui descuidados de su venida; i viéndolos, se pusieron en defensa algunos, i otros se fueron huyendo hasta la mesa del almirante, que estaba con el rei Explorante su sobrino, que nuevamente era venido de allende con mucha jente en favor suyo, el cual fué prestamente armado de un mui lucido arnés i un yelmo mui rico, i caballero en un poderoso caballo, con una gruesa lanza en la mano, i él delantero de todos los suyos, salió a dar la batalla a los cristianos, i topó primeramente con D. Roldan, i quebró la lanza en su escudo, i luego echó mano a la espada; mas D. Roldan le dió tal golpe en la cabeza, que le pasó hasta la carne, i cayó del caballo, i uno de los suyos dió grandes voces diciendo: Socorro, caballeros: que el rei Explorante es derribado del caballo, i oyendo esto D. Roldan, le tomó por un brazo arrastrándole hasta la torre, i los otros le siguieron, pensando que llevaban al almirante Balan.

---

## CAPÍTULO XL

Como los once pares de Francia ordenaron que el uno de ellos fuese a hacer saber a Carlo Magno el peligro en que estaban.

Habiendo estado los caballeros tanto tiempo en la torre sin socorro alguno, desconfiando ya del socorro de Carlo Magno, estaban mui tristes, i dijo el duque Naymes: Señores, el emperador Carlo Magno no debe saber adonde estamos, i no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra necesidad, i si de uno de nosotros no es informado, jamas oirá nuevas de nos, que este lugar es mui desviado, i por él nunca pasan los cristianos; i allende de esto, el almirante Balan habrá mandado guardar todos los pasos, porque nadie lleve las nuevas a los cristianos: por tanto me parecia de mi consejo que uno de nosotros se pãrtiese secretamente para el emperador Carlo Magno, que sin duda si él supiese donde estábamos, él vendria con todo su poder a nos buscar. I Guy de Borgoña respondió: Señor duque Naymes, por demas es hablar de esto, que es

imposible pasar hombre alguno, sino fuese volando; vos veis toda la tierra cubierta de turcos, i sabeis que no puede nadie pasar a tierra de cristianos sino por la puente de Mantible, i sabeis las fuerzas i guardas que en ella hai; ved, pues, cómo pasará un hombre solo, ni aun muchos, sin gran peligro. I viéndole Floripes estar mui tristes en estas razones, les dijo: Señores, es de pensar que Carlo Magno no sabe donde estais, aunque no sabrá de la necesidad que teneis, que bien supo como los cinco fueron presos cuando Oliveros venció a Fierabras mi hermano, i vosotros vinistes por su mandado con embajada al almirante, i con otros negocios, i por falta de jente no habrá podido venir a vuestro socorro, mas no creais que os tiene olvidados: por tanto no os fatigueis, i esperad aun algunos dias, i si no viene socorro, cualquier partido habrá el almirante con vosotros por rescatar este rei que teneis preso, que le quiere mucho, i es hijo de una su hermana, i es señor de grandísima renta. Pareció mui bien a todos lo que Floripes dijo; i esperando algunos dias, viendo Roldan que la vitualla se les acababa i que socorro no les venia, dijo queria ir

a Carlo Magno, i con el ayuda de Dios él traeria mui presto sorro; i el duque Naymes le dijo: Señor Roldan, mas vale que qualquiera de nosotros vaya que no vos, que sois nuestra guia i nuestro capitan, que si los turcos supiesen que no estábades con nosotros, nos darian mayor guerra de la que nos han dado, i podíamos peligrar; por ende, si vos quereis, yo iré de buen grado. I así cada uno con mui sanas entrañas se ofrecia a tan gran peligro, por traer socorro a sus compañeros, rogando todos que en ninguna manera fuese D. Roldan. I no sabiendo determinadamente a quién habian de enviar, dijo Ricarte de Normandía: Señores, yo tengo un hijo, como sabeis, que ya trae armas, i segun sus principios será buen caballero; i si por ventura yo muriere o fuere preso en este camino, tengo quien me vengue; por ende me es mas conveniente la ida que a ninguno de vosotros, i si os parece me pondré luego en camino, porque ántes que os falte la provision pueda traer socorro: i así concluyeron que fuese, aunque a todos pesaba, por el gran peligro a que se ponía, i dijo Ricarte de Normandía que a la noche calladamente se saldría de la torre, i tomaria su camino para la

puente de Mantible. I D. Roldan le dijo: Señor Ricarte, no creais estén los turcos sin velas, por ende amaneciendo saldremos todos juntos, i les acometeremos; i despues que los viéredes metidos en la batalla, os desviareis, i tomareis vuestro camino, que yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar de seguiros. Levantáronse los caballeros dos horas ántes que amaneciese; i despues de bien armados, abrazaron todos a Ricarte de Normandía con grande amor, encomendándole a Dios que le quisiese guardar de todos peligros, i fué el buen caballero Ricarte de Normandía a despedirse de Floripes, i ella, con abundancia de lágrimas, le abrazó muchas veces, i sacó el cofre, le mostró las santas Reliquias, i se humilló devotamente; i derramando infinitas lágrimas, se encomendó a su Criador; i despedido de Floripes i de las demas damas, bajó donde los otros caballeros le estaban esperando, i cabalgaron en sus caballos, salieron de la torre, hallaron toda la jente del rei Esplo-rante aguardando a la salida de la torre, i se comenzó una mui cruda batalla, e hicieron tanto los cristianos, que los retiraron a las tiendas donde estaba el almirante, mas

no sin gran trabajo; i tanto se metió Ricarte de Normandía por el ejército adentro, que cuando quiso salir, no pudo; i no cesando de herir a sus enemigos, dió un gran grito, porque supiesen sus compañeros donde estaba, i oyéndolo Oliveros, se metió como ferocísimo leon entre los turcos, i en breve tiempo le hizo camino por donde pasase. I viendo Ricarte de Normandía que ya queria amanecer, i tenia lugar oportuno, se puso en camino para tierra de cristianos.

---

## CAPÍTULO XLI

Como el rei Clarion siguió a Ricarte de Normandía, i como Ricarte le mató i tomó su caballo.

Puesto en camino Ricarte de Normandía, hubo de meterse por un monte, desviándose de todo camino, por la multitud de turcos que venian al real del almirante, i como subiese por un recuesto, siendo ya de dia claro, fué visto de ellos, i sabiendo el rei Clarion mandó presto apercibir toda su jente para seguirle; i cuando Ricarte de Normandía

estuvo encima del recuesto, no sabiendo que nadie lo siguiese, se apeó del caballo, que estaba cansado, i quitóle el freno para que paciese, i estando arrimado a un árbol, con crecida congoja, así por el peligro que esperaba en pasar la puente de Mantible, como por dejar sus leales compañeros cercados de tanta multitud de turcos, vido al rei Clarion caballero en un poderoso caballo, mirando a todas partes si le veia, i sintiendo el caballo de Ricarte de Normandía las pisadas del caballo del pagano, se fué mui presto junto a su señor para que cabalgase. Ricarte le enfrenó i cabalgó en él, i venia el rei mui léjos de los suyos, i cuando vido a Ricarte de Normandía le dijo: Juramento hago a mis dioses, cristiano, de te volver al almirante ántes que tengan tus compañeros espacio de te socorrer, como hicieron al otro que llevábamos a la horca. I Ricarte le dijo: Con toda tu jente no me pudiste prender ni hacer daño, ¿i solo me piensas llevar al almirante? I el rei Clarion le dijo: Al pié del puerto dejé cuatro mil hombres de pelea, que mui presto serán aquí; por ende deja las armas i vente conmigo, que es imposible que te escapes de nuestras manos. I Ricar-

te de Normandía le dijo: Mientras tus turcos vienen piensa de ser buen caballero, i bajadas las lanzas, se encontraron con grandísimas fuerzas i corazon; i de los encuentros el caballo de Ricarte de Normandía, que mui cansado estaba, cayó en el suelo, mas luego fué el caballero en pié con la espada en la mano, i dió tal golpe al rei Clarion, que su escudo hizo dos partes.

I sintiendo Ricarte las pisadas de la jente del rei Clarion, dióle tan recio golpe en el brazo derecho, que la espada le hizo saltar de la mano, i asióle del brazo, i le sacó de la silla del caballo, i cortándole la cabeza, saltó en su caballo, que mas descansado estaba que el suyo. Era este caballo maravillosamente bueno, i era desde la cabeza hasta medio cuerpo mui blanco, con unas pecas bermejas, i del medio cuerpo atras, era bayo con unas pecas negras, i tenia el pelo largo como el dedo, i la cabeza pequeña, i tenia los ojos grandes i blancos, las orejas mui cortas i redondas, las narices mui romas, las ventanas mui abiertas, i de parte de dentro mui coloradas, que parecia que echaba sangre por ellas, i el pescuezo mui ancho i corto; la silla era de marfil mui

ricamente labrada, la cola mui larga, i las cerdas de ella gordas, i al cabo mui esparcidas, que cuando corria parecia que traia una grande ala; era tan lijero, que por correr diez leguas a rienda suelta jamás le vieron sudado ni cansado. I cuando se vió caballero en aquel lijero caballo, quiso matar el suyo porque no quedase en poder de los paganos, i despues dijo: Buenos servicios he recibido de ti, no es razon de darte mal galardón. Dios te lleve en poder de los cristianos; mucho me pesaria que cabalgase en ti moro alguno, que pocos caballos hai en el mundo mejores que tú: i sintiendo el ruido que traian los del rei Clarion, sin seguir camino alguno, comenzó a caminar hácia la puente de Mantible, i su caballo volvió por donde habia venido; i cuando la jente del rei Clarion le vido, pensaron que Ricarte de Normandía era muerto, i quisiéronle tomar, mas no pudieron, i pasó por el real de los paganos sin que lo pudieran tomar, ni osasen llegar a él; i cuando el almirante le vido, dijo: Oh mui noble i esforzado rei Clarion, i mi sobrino mi amado, en grande merced te tengo lo que hoi has hecho por mí; mataste el mensajero de los cristianos, del

cual nos podia venir gran daño, si a Carlo Magno llevara las nuevas de sus varones. El caballo no paró hasta la puerta de la torre, i cuando los cristianos le vieron, con gran congoja bajaron a le abrir, i dijo el duque Naymes con mucho dolor, que casi no podia pronunciar las palabras: ¡Oh noble Ricarte de Normandía, nuestro especial amigo! mucho me pesa de tu partida, i mucho mas de las malas nuevas que tu caballo nos trajo: Dios por su piedad quiera recibir tu ánima en su santa gloria. I Roldan dijo: Oh mi leal amigo, mucha culpa tengo en tu muerte por haber consentido en tu partida, habiendo tan gran peligro en ella. Mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Carlo Magno no venia; mas de una cosa eres seguro, que tu muerte será bien vengada: no volveré jamas a la torre, ni a Durandal meteré en la vaina hasta que al viejo almirante corte la cabeza, i a los demas que quisieren estorbarme la venganza del agravio que de su jente ha recibido nuestro amigo Ricarte, segun me lo asegura la vuelta de su caballo; i así dijo a los demas que se aparejasen, que no era bien dejar a los moros sin castigo, i darles a co-

nocer cuanto estimaban a su buen compañero; i dicho esto partieron todos con grande i esforzado ánimo.

---

## CAPÍTULO XLII

Como la jente del rei Clarion halló a su señor muerto en el campo, i como le llevaron al real del almirante Balan.

Corriendo la jente del rei Clarion en pos de Ricarte de Normandía, hallaron a su señor muerto en el campo, e hicieron gran llanto por él, i así llorando amargamente su muerte, le llevaron al real, i dejaron de seguir a Ricarte; i ya que llegaban al real, oyó el almirante los alaridos que hacian, i a pié i armado como estaba, les salió a recibir; i con gran pesar les preguntó por su sobrino el rei Clarion, i le respondió un caballero, que de su muerte tenia mui gran pesar: Señor, en mala hora venimos en tu socorro, i en peor seguimos a! mensajero de los cristianos, í tú perdiste un especial capitan en el rei Clarion, i nosotros perdimos a nuestro natural señor.

Antes que el turco acabase de hablar, cayó el almirante en su estado amortecido, i estuvo mui gran rato mas muerto que vivo; por lo cual se hizo mui doloroso llanto por todo el real. Oyendo los caballeros cristianos que estaban en la torre los grandes gritos que daban los del real, salieron a las ventanas para saber que cosa era, i Floripes entendió luego que el rei Clarion era muerto, i con grande placer que de ello tenia, lo dijo a Guy de Borgoña i a los otros caballeros, i dieron gracias a Dios por ello, i fueron mui alegres i con esperanza de socorro; i vuelto en sí el almirante, tirando con rabia de sus cabellos i barbas blancos, maldiciendo a sus dioses, i amenazando a los cristianos, mandó llamar a su correo Orages, i díjole: Ya sabes cómo el que mató al rei Clarion es ido con mensaje al emperador Carlo Magno para informarle de la necesidad en que están sus varones, i segun el poder de Carlo Magno, gran daño nos puede venir de esto, por tanto mando que mui presto lleses mis cartas a Galafre, guarda de la mi puente de Mantible, i decirle has que estoi mui enojado con él porque dejó pasar los siete caballeros de Carlo Magno, que

tan gran daño nos han hecho; i que se guarde bien de dejar pasar al mensajero que hoy se partió de aquí, i si no que le haré ahorcar de una ventana de la torre; i tú has de ir muy presto, porque llegues a la puente ántes que el mensajero de los cristianos. Señor, dijo Orages, de eso pierde cuidado, que yo llegaré ántes que él, aunque lleve buen caballo; i llegando Orages a la puente de Mantible, dijo a Galafre: Señor Galafre, yo soy mensajero del muy poderoso i muy temido señor almirante Balan, el cual te manda, so pena de perder la vida, no dejes pasar un cristiano que ha de venir por aquí, que lleva cartas para el emperador Carlo Magno de unos caballeros suyos que están cercados; i a mas de esto está muy mal contento de ti porque dejaste pasar los otros dias ciertos caballeros cristianos que le han hecho grandes daños. Cuando Galafre oyó al mensajero, i leyó las cartas del almirante, subió encima de la torre i tañó una bocina, i en muy poco tiempo se juntaron a la puente de Mantible tres mil turcos armados, caballeros i peones, i salió con ellos por todos los caminos buscando al mensajero de los cristianos.

## CAPÍTULO XLIII

Como Ricarte de Normandía pasó el rio Flagor milagrosamente, mediante un ciervo blanco que le guió.

Ricarte de Normandía, mensajero de los cristianos que quedaban en la torre, estaba mui deseoso de llevar socorro a sus compañeros, i por eso temia mucho la pasada de la puente, i estando de diversos pensamientos combatido, andando todavía adelante, sintió pisadas de caballos i grande bullicio de jente, i mirando a una parte i a otra, vido gran número de la jente de Galafre, i con crecida congoja se desvió de ellos, diciendo: Oh Jesús, Rei de la gloria, en esta hora te suplico seas en mi guarda, porque mediante tu gracia pueda llevar socorro a tus caballeros, que de tantas angustias dejo cercados; el rio es mui crecido, i las guardas de la puente muchas, donde conozco que sin tu ayuda, ni a mis compañeros llevaré socorro, ni podré evitar la muerte. Diciendo esto vió delante de sí diez caballeros armados que con grandes voces le amenazaban de dar la muerte, diciendo que no le aprovecharia el lijero ca-

ballo del rei Clarion, i queriendo evitar la batalla, pensó Ricarte huir, confiado en la lijereza de su caballo; mas considerando que la puente no podia pasar, ni el rio ménos, i el volver atras no le era honroso, con animoso corazon, cubierto del escudo, apretando la espada en el puño, arremetió para ellos, i encontróle un caballero con una gruesa lanza, i la quebró en su escudo, sin que Ricarte hiciese ninguna mudanza en la silla, i su caballo iba con tal velocidad, que se juntó con el turco, i dió con el caballo en el suelo; i vuelto para los otros, dió a uno tan gran golpe en la cabeza, que le hendió el yelmo i la cabeza hasta los dientes; i de este golpe fueron mui espantados los otros, i Ricarte los dejó, i guió para la puente de Mantible, i visto de léjos cómo la entrada del puente estaba guardada de mas de cuatro mil turcos; i sin que ellos lo viesen, se metió en una isla que estaba a la orilla del rio, pensando qué modo tendria para pasar, mas nuestro Señor Dios, que jamás olvida a los suyos, ni deja desconsolados a los que con sanas entrañas le piden consuelo, le envió un ciervo blanco, que delante de él se metió en el rio, i pasó a la otra parte: que despues se volvió

a mirar a Ricarte de Normandía, i viendo que no se osaba meter en el rio, volvió otra vez a la otra parte, i se llegó al caballo, i paso a paso se metió otra vez en el rio. Ricarte se encomendó a Dios de mui devoto corazon, i se metió en el rio, i siguiendo al ciervo, sin peligro alguno pasó a la otra parte. Cuando los paganos que estaban en la torre le vieron pasar, dieron grandes voces a Galafre, i cuando le vió a la otra parte del rio fué mui triste por ello, i mandó abrir las puertas, i que le siguiesen hasta que le alcanzasen; que si entraba en tierra de cristianos, no pareceria jamás delante del almirante Balan. Mas cuando Ricarte se vió de la otra parte del rio, dando muchas gracias a Dios, guió para tierra de cristianos sin ningun miedo de los paganos. Agora dejaré de hablar de Ricarte i de sus compañeros i del almirante Balan, i hablaré de Carlo Magno i de su jente, que todavía estaba en Morionda.

---

## CAPÍTULO XLIV

Como Carlo Magno quiso volverse para Francia por consejo de Ganalon i sus parientes.

Carlo Magno estaba en Mormionda con gran tristeza porque no sabia nueva alguna de sus varones, mandó llamar a Ganalon, a Geofre Altahoja, Alberto de Macairo i otros muchos, i entre ellos vino el duque Regner, padre del buen caballero Oliveros, a los cuales les dijo: Señores i amigos míos, yo estoi en grande congoja metido, i no es menester decirlos la causa; verdaderamente si yo no sé de mis varones, yo propongo de dejar la corona imperial i todo el gobierno, que hombre tan desdichadamente perdió tales caballeros, no merece reinar: por ende os ruego que cada uno me diga su parecer, i el modo que se ha de tener para saber de los nobles caballeros; i de esto plugó mucho a Ganalon, aunque mostraba que le pesaba, i dijo: Señor emperador, si me dais licencia, yo diré mi parecer, i Carlo Magno le dijo que dijese, i él respondió: Señor, de mi consejo no pasarás mas adelante, ántes harás llevar to-

das las tiendas de campaña que tienes en el real, i cargadas en sus acémilas, las enviarás delante con buena guarda, i despues nos iremos nosotros poco a poco, i por las ánimas de tus caballeros harás decir misas, que los cuerpos no creas sean vivos, i vueltos a tierra de cristianos, allegarás mas jente, i despues volveremos a vengar la muerte del mui noble D. Roldan i de los otros caballeros: i has de creer que el almirante Balan tendrá la mayor parte de toda Turquía allegada para vengarse de ti por el vencimiento de su amado hijo Fierabras; i esta es mi opinion, i creo que te doi sano consejo. Cuando el emperador oyó las razones de Ganalon, puesta la mano al carrillo, arrimada la cabeza a ella, estuvo mui gran rato sin poder hablar palabra, i despues, esforzándose cuanto podia, decia entre sí: ¡Oh desdichado rei! ¿qué harás si tú vuelves sin vengar la muerte de tus varones? Serás para siempre deshonrado, i dirá la jente que mejor supiste enviarlos donde perdieron las vidas, que no vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del almirante Balan me vuelvo a tierra de cristianos, ¿cuál será el caballero que tendrá deseos de servirme? ¿Quién se querrá

meter en peligro alguno por mí, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas por servirme son tan presto olvidados?

Ni yo tendré razon para les mandar cosa alguna de peligro, ni ellos serán de culpar aunque dejen de lo hacer. ¿Cómo osaré hablar a los parientes i amigos de los caballeros muertos, que con tanto placer me tornarán a recibir? ¿Qué dirán, sino que los envié donde perdiesn las vidas i, despues de muertos, di luego la vuelta, buscando mi guarda? ¡Oh viejo sin ventura! ¿cómo no consintió la fortuna que tomases la muerte con ellos, porque con mengua i deshonra no vivieses estos pocos dias que te quedan? ¡Oh mis leales caballeros, cuánta razon tengo de lloraros! que a mas de lo que pierdo en perderos, cada uno de vosotros era mas digno de la corona imperial que yo.

Por vosotros tenia corona i honra, i tambien por vosotros era temido de cristianos i paganos: i vosotros érades los firmes pilares que tenian en pié todo el imperio, vuestras espadas i vigorosos brazos las fortalezas de todos mis reinos. En perderos, perdí todo mi consejo i favor; no sé con quién comunique la crecida pena que siento, no tenien-

do a quien pida consejo el desconsolado viejo. Con vosotros tenia todos los bienes del mundo; i en perderos perdí las esperanzas i alegría que tenia, i solo me quedé desamparado de todo el mundo, salvo de tristeza, a la cual ruego ahincadamente acorte mis tristes dias, pues no veo razon para querer vivir sin vuestra compañía. ¡Oh paganos, si supiérades cuánto ganasteis en la muerte de los caballeros, en aquel dia cesaran todos vuestros temores! ¡Aquéllos, cuyos solos nombres os espantaban, i hacian volver la rienda en la mayor prisa de la batalla, ya no os irán a sacar de vuestras fortalezas! De mi grande pérdida redundará a todos los infieles descanso i mui grande seguridad en sus vidas, i estando mis nobles i leales caballeros en mi corte, sonaban los muchos i grandes golpes de sus tajantes espadas en el corazon de toda Turquía.

Déspués que hubo razonado esto entre sí, esforzándose cuanto pudo, levantó la cabeza, i arrimado a la silla, dijo a los caballeros que presentes estaban: Señores, ya habeis oído el consejo que me dió Ganalon, i me parece no lo debía tomar, que es contra mi honra, i queria que vosotros me dijiédes

el vuestro, porque oídas vuestras voluntades se tomase el mas sano consejo, i que ménos detrimento trajese a nuestras honras. Entón-ces un caballero, llamado Macario, i Aburien Geofert, i otros muchos caballeros del linaje de Ganalon, i conformes a su condi-cion, le dijeron: Señor, mui poderoso i te-mido emperador, Ganalon ha hablado mui cuerdamente, i te da mui buen consejo, i de pasar adelante no hagais cuenta, que en tu compañía están mas de diez mil hombres, que despues que han sabido de la muerte del mui noble D. Roldan, que era su capi-tan i guia en las grandes hazañas, han he-cho juramento de no pasar de aquí aunque tú se lo mandes. Carlo Magno dió un mui grande suspiro, diciendo: ¡Oh verdadero Dios en quien creo! siempre hallé remedio en mis grandes tribulaciones en ti: no des-ampares al triste viejo, de tantas angustias rodeado; el consejo de estos caballeros no me parece bueno.

Entónces Regner, padre de Oliveros, dijo: Señor, los que este consejo te dan no te quieren bien, ni desean tu honra, i si alguno dejare de seguirte, será del linaje de los con-sejeros malos, que los que descan el ensal-

zamiento de tu imperial corona no te darán tal consejo, ni dejarán de seguirte.

I Aburin, pariente mui cercano de Ganalon, le dijo: Regner, si no estuviésemos delante del emperador, haria que os costase bien caro lo que decis, que vos mentisteis en ello. I el duque Regner, le dió tan gran golpe con el puño, que dió con él en el suelo, i hubiera gran mal entre ellos, si el emperador no se metiera en medio, que se hallaron del linaje de Ganalon mas de mil i seiscientos hombres armados: i Fierabras que estaba presente echó mano a la espada, i dijo: Juramento hago al santo bautismo que he recibido, que si se mueve alguno para enojar al duque Regner, que le mostraré cómo corta mi espada. El emperador mandó que se estuviesen quedos, so pena de perder la vida, i díjoles: Ya siento la falta de mis caballeros, que como veis vosotros que estoi sin ellos, me teneis en poco, i no me guardais honra alguna, i os atreveis a hacer demasía delante de mis ojos. I Fierabras le dijo: Suplícote que esto que ha pasado les sea perdonado; mas de aquí en adelante ten tu jente en justicia, i castiga a los que erraren, que a mí me tendrás

miéntras viviere por firme pilar de tu honra. Carlo Magno le preguntó ¿qué le parecia, si se volveria, o si iria adelante? I él le respondió: El volver es bueno para que descanse tu persona, mas no para acrecentar tu honra.

Entónces dió Carlo Magno un mui gran suspiro, i dijo: Al Todopoderoso i alto Dios encomiendo mis hechos, al cual prometo de jamas volver a tierra de cristianos hasta que sepa nuevas ciertas de mis leales varones; i habiendo su consejo, fué ordenado que fuesen algunos caballeros al reino de Francia con sus cartas, para allegar mas jente, i mandó al duque Regner que tomase la compañía que quisiese i dispusiese la partida.

---

## CAPÍTULO XLV

Como Ricarte de Normandía llegó al ejército del emperador Carlo Magno.

Carlo Magno queriendo enviar a tierra de cristianos por mas jente, i estando el duque Regner, padre de Oliveros, con su com-

pañía a punto para la partida, se llegó un caballero al emperador, i le dijo cómo venia a mui grande prisa un caballero de tierra de moros, i que creia traia embajada del almirante Balan. I Carlo Magno salió mui presuntamente al camino, i el duque Regner con él, i vieron de léjos a Ricarte de Normandía, armado de todas armas, caballero en el caballo del rei Clarion, i el duque Regner dijo: Este que aquí viene es cristiano, que los turcos no cabalgan de esta manera; i llegándose mas Ricarte de Normandía, dijo Carlo Magno: Este parece en su aire a Ricarte de Normandía; i llegado el caballero delante del emperador, saltó mui presto del caballo, e hizo acatamiento a su señor, i Carlo Magno le dijo: Mi caballero i amigo, vos seais bien venido; ¿qué es de Roldan i Oliveros, i de los otros vuestros compañeros? ¿Cómo venis solo? ¿Son muertos, o están en vida? I Ricarte de Normandía le dijo: Señor, da gracias a Dios que de infinitos peligros los ha librado, i están vivos i sanos i mui léjos de Aguas Muertas, en una fuerte torre, i cercados de mas de cien mil paganos, i está con ellos la mui virtuosa dama Floripes, hija del almirante Balan, mediante la cual

somos vivos, que sería mui largo de contar lo que por nosotros ha hecho; i tiene las santas Reliquias que tú buscas tanto tiempo ha, todas en su poder, i otros infinitos tesoros, te suplica así ella como los caballeros, les des socorro, i está Floripes con grande deseo de recibir el santo bautismo; i si tú ganas a Aguas Muertas i aquella torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra. Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, i dijo que Ganalon i sus parientes eran traidores, que porque muriesen los caballeros, trabajaban de le hacer volver, i dijo: Dime, Ricarte, ¿tienen mis caballeros provision alguna en la torre? ¿Podránse pasar cinco o seis dias? I él dijo que tendrian vitualla para seis i no mas, i la provision que ellos tienen tomamos en el mismo aposentamiento del almirante, a pesar de todo su real; i si pasan trabajos, tú lo puedes pensar.

Carlo Magno le preguntó ¿qué hombre era el almirante? I él le dijo: El almirante Balan es mui feróz de hecho i de jesto, i valiente de su persona, mui enemigo de los cristianos, i es mucho temido i obedecido de los suyos; la jente es mucha a maravilla, no

diestra en las armas: para pasar a Aguas Muertas hai un paso mui malo i mui peligroso: i se llama la puente de Mantible, i el rio es mui crecido a maravilla, i se llama Flagor; la puente es mui fuerte, con dos torres de mármol, i sus puentes levadizas, i la guarda un jigante mui espantable, que en su compañía tiene tres mil paganos para guardarla; de manera, que por fuerza no pasará todo el resto del mundo, mas usaremos de sutileza. I el emperador Carlo Magno le dijo: ¿Qué industria tendrás para pasar? I Ricarte de Normandía le dijo: Señor, iremos cincuenta de nosotros bien armados, i encima de las armas sendas capas largas, como mercaderes, i llevaremos cuarenta acémilas cargadas de fardales, que parezcan de mercaderías, i tú estarás con la otra jente en un monte que está cerca de la puente; i pensando los guardas que llevamos mercaderías abrirán la primera puerta, i pedirán sus derechos, i entónces dejaremos caer las capas, i les daremos batalla, i con una señal que haremos, vendrás luego con tus caballeros, i con el ayuda de Dios nuestro Señor ganaremos la puente, i daremos socorro a tus caballeros que lo están esperando. Este

consejo i aviso pareció mui bien al emperador Carlo Magno i a los otros caballeros; i el duque Regner abrazó a Ricarte de Normandía con grande amor, i Ricarte le contó lo que a su hijo Oliveros habia pasado en la torre, i los grandes beneficios que de Floripes, hija del almirante Balan, habia recibido. I mandó el emperador Carlo Magno a todos sus caballeros que hiciesen aderezar sus armas: asimismo a los peones i capitanes que proveyesen de armas a los que no las tenian; i mandó asimismo alzar todas las tiendas, i que todos estuviesen apercebidos para la partida; i dijo a Ricarte de Normandía que hiciese lo que habia ordenado, i Ricarte en la misma hora hizo hacer muchas balas del fardaje real i las hizo atar como balas de mercadería, i cargó cuarenta acémilas, i rogó al duque Regner i Hoel de Nantes, que quisiesen tomar sesenta caballeros escojidos, i el duque fué mui contento de ello; i armados los caballeros, dióles Carlo Magno sendas capas para cubrir sus armas, i pusiéronse en camino para la puente de Mantible, e iban delante el duque Regner i Ricarte de Normandía, i luego las acémilas con alguna jente de a pié, i despues

toda la demas jente, i el emperador mandó alzar todas sus banderas i estandartes, i puesta la jente en órden, se puso en camino.

---

## CAPÍTULO XLVI

Como por industria de Ricarte de Normandía fué ganada la puente de Mantible, i el jigante Galafre que tenia cargo de guardarla.

Hubo el emperador tal modo, que se metió en el monte de noche, porque no le viesen de las torres de la puente de Mantible, i Ricarte de Normandía, i Hoel de Nantes, i el duque Regner se fueron con las acémilas cargadas para la puente; i cuando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la puente i la grandeza del rio, fueron mui maravillados, que por fuerza no la tomara todo el poder de los cristianos, i Ricarte de Normandía dijo: Dios nos quiera ayudar, que nos cumple hoi haber batalla con el mas espantable jigante del mundo, i con tres mil paganos que no se apartan jamas de su compañía para guardar esta

puente. I el duque le preguntó cómo la pasaron cuando iban con Roldan i los otros a llevar la embajada al almirante. I Ricarte les contó la manera que el duque Naymes habia tenido, i riéronse todos de la maña: llegados ya a la puente dijo Ricarte de Normandía: Señores, yo seré el primero, con vuestra licencia, i abriendo la guardia la primera puerta, entrareis vosotros, i cuando me viéredes echar la capa, ruégoos que no seais perezoso de echar las vuestras, i procurad todos de ser buenos caballeros, que nos será bien menester; i ellos le dijeron que ningun recelo hubiese de eso, ni tampoco de ser señor de la puente, si una vez ellos entraban en ella; i luego vino Galafre el gigante, i abrió un postigo mui pequeño de la puerta, i tenia en su mano derecha una hacha de armas mui gruesa i aguda, i era mui grande i fornido a maravilla: los ojos mui grandes i mui salidos, i vueltos en sangre; las narices anchas i romas; la boca mui grande, los labios mui gruesos i mui negros, que mas parecia diablo que no criatura humana; tenia las piernas mui gruesas, los piés tuertos, i alcanzaba grandes fuerzas, i estaba dia i noche siempre armado; era mui

querido del almirante Balan, i de él se fiaba mucho, i era condestable de aquella tierra; era mui cruel, especialmente con los cristianos: i abierto el postigo, dijo a Ricarte: Dime, hombre, ¿qué buscas por esta tierra, o qué es lo que llevais allí? Ricarte mudó el lenguaje porque no le tuviese por frances, i díjole: Señor, somos mercaderes que venimos de Tarascon, i traemos muchos paños de muchas suertes, i queríamos llegar a Aguas Muertas para vender algunos de ellos, i traemos otras joyas para presentar al almirante Balan; i si vos nos mostrásedes el camino, os daremos de nuestra mercancía, que nosotros no sabemos los pasos de esta tierra, porque ninguno de nos ha pasado otra vez por aquí. I Galafre le respondió: Sabed que yo tengo cargo de guardar esta puente, i todos los otros pasos de esta tierra, i no ha mucho tiempo que siete traidores, vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente, diciendo que llevaban embajada al almirante Balan, i me dijeron que traian el tributo que se habia de pagar, i les dejé pasar, i han hecho gran daño i enojo al almirante Balan: mas ellos están en parte que pagarán lo que han hecho, que están cerca-

dos en una torre de mas de cien mil turcos, i antes de ayer se escapó uno que creo tenia el diablo en el cuerpo, que mató al rei Clarion, mi sobrino, que le seguia con diez mil turcos, i le tomó su caballo, el mejor que habia en todo el mundo; i como vido las guardas de esta puente, se lanzó con él en el rio, pasó a nado, lo que otro hombre nunca hizo, i fué a llevar las nuevas a Carlo Magno de los cristianos que están cercados en la torre, para que les diese socorro; i a esta causa me ha mandado el almirante Balan que, so pena de muerte, no deje pasar a persona alguna nacida, sin primero saber a dónde va, i de dónde viene, i quién es; por ende quiero saber esto, que no pareis vosotros mercaderes.

Entónces Ricarte de Normandía le dijo: Bien nos place que lo sepais, i mireis nuestra mercadería; i diciendo esto, entró el primero en el postigo i luego le siguieron el duque Regner, i Hoel de Nantes, i Riol; i cuando Galafre los vido dentro, no le plugó de ello, i cerró presto el postigo, porque no entrasen los otros, i díjoles que se quitasen las capas, porque queria ver lo que llevaban; i Ricarte se desvió un poco, i dejando

caer la capa, puso mano a la espada, i lo mismo hicieron los otros, i Ricarte le dió un gran golpe en la cabeza; mas tenia en ella una calavera de serpiente mas dura que ningun acero, i resbaló la espada, i le cortó parte de una oreja, i los otros asimismo procuraron de lo herir reciamente, mas no aprovechaba, que dar en él, era dar en una peña, que era mucho mas duro que las armas; i Galafre alzó la hacha de armas que en las manos tenia, por herir a Ricarte de Normandía; i como vido venir el golpe desvió el cuerpo, i dió en una piedra de mármol, i entró la hacha en ella mas de un palmo; i cuando vió que fué en vacío, dió un tan gran grito, que le oyeron los paganos que estaban en la torre a la otra parte de la puente, i vinieron muchos de ellos en su socorro, i viéndolos Ricarte de Normandía, abrió prestamente la puerta, i entraron los cristianos, i hubo gran mortandad entre ellos, así de una parte como de otra, i haciendo los cristianos muchas señas a Carlo Magno i su jente, llegaron mui presto a la puente, i Ganalon, que despues fué traidor, hizo señaladas cosas aquel dia; mas duró poco su lealtad i la de sus parientes.

## CAPÍTULO XLVII

Como Carlo Magno ganó la puente de Mantible, i como A'lor, pariente de Ganalon, quiso hacer traicion.

La multitud de los paganos que en socorro de la puente venian era tanta, que cubrian dos leguas de tierra; i el emperador Carlo Magno, viendo que los cristianos se comenzaban a retraer, cubrióse mui bien con su escudo, i púsose delante de los suyos, i empezó a derribar paganos a una parte i a otra, que era cosa de ver, i Ganalon a su lado, peleando maravillosamente; i siguiendo su batalla, vió el emperador a Galafre con una hacha en la mano haciendo gran daño en los cristianos, i tenia delante de sí mas de cien cristianos muertos; i viendo que no aprovechaba herirle de espada, por la fortaleza de sus armas, pidió una lanza, i con ella le dió tales i tan grandes encuentros que lo derribó, i Ricarte de Normandía le cortó la cabeza; i luego que se vido en el suelo dió tan grandes gritos, que se oyeron tres leguas de allí, i conocieron los paganos que Galafre tenia necesidad de

socorro, por ende fué causa que acudió mucha mas jente para defender la puente; i entre ellos vino un gigante llamado Anfeon, i le seguia una mujer llamada Amiote con dos niños en los brazos de cuatro meses, i era de cinco piés de largo i bien fornido, segun el grandor; i púsose este gigante a la puerta de la puente por donde habian de salir los cristianos con una grande barra de hierro en las manos, i empezó a decir a grandes voces: ¿Dónde está el viejo loco de Carlo Magno, que quiere llevar las santas Reliquias? I si quiere pasar a dar socorro a sus caballeros, venga que la puerta está abierta; i fueron los cristianos maravillados de su grandor, i Carlo Magno se cubrió su escudo, para ir a acometerle; mas Fierabras le suplicó que le dejase a él aquella batalla; que conocia mejor aquella jente i el modo de su pelear, que eran de grandísimas fuerzas, i sin maña ni presteza en las armas: i cubriéndose Fierabras de su escudo, se llegó al gigante cuando le pareció que le podría alcanzar con la barra, i el gigante le abrazó con entrambas manos, i Fierabras hizo de esperar el golpe; mas viéndole venir en el aire, Fierabras desvió el cuerpo, i dió el gol-

pe del gigante en el duro suelo, el cual fué con tan grandísima fuerza que hizo estremecer toda la puente, i ántes que alzase la barra otra vez, le cortó Fierabras los brazos entrambos de un golpe, i le dió otro golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo i la cabeza hasta los dientes, i así ganaron los cristianos la puente de Mantible; mas era tanta la multitud de turcos, que no los dejaban salir, i los hicieron retirar hasta el medio de la puente, muriendo muchos de la una parte i de la otra, i estaban siempre al lado de Carlo Magno, Fierabras, el duque Regner, Ricarte de Normandía i Hoel de Nantes guardando su persona mas que sus vidas mismas. I viendo Carlo Magno que no podia pasar adelante, ántes le era forzado retirarse perdiendo siempre jente, empezó a suspirar mui reciamente, diciendo que ya era perdida la esperanza de jamas ver sus caballeros i mui leales varones, pues que aquel paso no podia ganar. I Fierabras le dijo: Señor, no nos cumple agora llorar los que están ausentes, sino a nos mismos, que si no ganamos esta puente, será mui grande maravilla escapar de nuestros enemigos, por la gran cantidad de jente que acudirá.

I entónces Carlo Magno dijo a grandes voces: Aquí, caballeros, que agora es tiempo de emplear vuestras fuerzas; i diciendo esto, se adelantó de los suyos, i empezó de hacer tales cosas, que a todos hacía estar espantados, así a sus caballeros como a los enemigos; i puestos a su lado Fierabras, Ricarte de Normandía i el duque Regner, dieron tanta prisa a los paganos que les fué forzoso meterse en la villa, i pensaron de alzar una puente levadiza; mas Fierabras la tuvo, que no la pudieron alzar, i dijo a los otros que entrasen en la villa con buena ordenanza, sin dejar de herir varonilmente a sus enemigos; i en la entrada hubo gran mortandad de cristianos, que de las ventanas i de las torres los mataban a pedradas, i viéndose Carlo Magno en tan grande aprieto, dió una voz diciendo: Socorro, caballeros, i entónces llegó Ganalon i sus parientes con mil i setecientos hombres mui bien apercebidos, e hizo allí grandes proezas, aunque despues fué traidor; i duró el combate de la puerta cuatro horas, i con mui poca jente entró Carlo Magno en la villa; i despues de entrado, un caballero del linaje de Ganalon, llamado Alor, dijo a Ganalon: Se-

ñor Ganalon, Carlo Magno está en la villa con mui poca jente, será maravilla si jamas sale de ella, que los turcos tienen gran número de jente en ella, i toda mui apercebida; i pláceme que ninguno de nuestros amigos quede con él, i agora nos podemos vengar en él i de los otros nuestros enemigos; i si vos quereis, nos volveremos para Francia, i nos alzaremos con las fortalezas, i poco a poco seremos señores de todo el reino, pues que en ella no queda ninguno que nos ose contradecir. I Ganalon le respondió: Señor, verdaderamente yo tengo mui grande enojo del duque Regner, que malamente nos injurió el otro dia delante de Carlo Magno, i no ménos de Carlo, porque se le mostró mui favorable; mas no me parece podemos vengar de la manera que decís, sin detrimento de nuestras honras, dejándole en tanta i tan grande necesidad en poder de aquestos paganos, i allende esto, podria ser que no saliésemos con nuestra intencion, que bien podrán los parientes de los que quedaron hacernos harto daño, que conocerán mui presto la traicion. I Alor le respondió: Señor Ganalon, no seais simple ni corto en lo que tanto os cumple; si vos

no tomáis venganza de vuestros enemigos agora que teneis tiempo para ello, cuando os quisieréis vengar, no tendreis lugar, i os arrepentireis de ello, i sobre esto se encendió gran enojo entre ellos. Estando en esta contienda, sobrevino Fierabras, i preguntando por Carlo Magno, Alor le respondió: Creo que nunca le vereis, que está en la villa entre gran número de paganos. I Fierabras le dijo: ¿I vosotros qué haceis aquí, que no le dais socorro? Bien podeis ser acusados de traidores, pues que en tan grande afrenta olvidais a vuestro señor. Diciendo esto tomó una hacha de armas en sus manos, i se fué para la puente, dando voces: Caballeros, caballeros, socorred a vuestro señor, i llegado a la puente, halló a Ganalon a su lado con alguna jente suya; viendo que Carlo Magno con la poca jente que tenia se traía hácia la puerta, peleando cuanto podia, i perdiendo todavía de los suyos, se metió entre los cristianos poco a poco, hasta que llegó a la delantera, i Ganalon con él, e hicieron tan gran matanza los dos, que corrian los arroyos de la sangre por medio de la villa, i no tuvieron otro remedio los paganos, sino dando grandes alari-

dos echar a huir el que mas podia, i salieron algunos por una puerta falsa, i fueron a contar su desventura, i la perdicion de la puente de Mantible al almirante Balan, i fueron los cristianos señores de la villa, en la cual hallaron grandes riquezas.

---

## CAPÍTULO XLVIII

Como Amiote, de la cual hablé arriba, mató muchos cristianos; i como el almirante supo que Mantible era ganada por Carlo Magno.

Con mui grande trabajo i perdicion de jente ganó Carlo Magno la puente de Mantible, i venida la noche, tomaron los cristianos sus posadas pacíficamente, i se desarmaron para descansar, porque estaban mui fatigados de la batalla. I Amiote, jiganta, que era mujer del jigante, viendo a su marido muerto, como sintió que los cristianos estaban mui descuidados, rabiosa por la muerte de Anfeon, su marido, tomó una bisarma, a manera de una hoz mui grande i aguda, i saliendo de una cueva, donde estaba con sus hijos, entró en la villa con mu-

cho furor, i a cuantos topaba por las calles a todos daba la muerte, i cuando no hallaba jente por las calles, entrábase por las casas, i como los hallaba desarmados, así sin mucho trabajo mataba muchos de ellos, de tal manera, que se alborotó gran parte de la jente, i se armaron contra ella. Cuando el emperador Carlo Magno sintió el gran alboroto de la jente, pensando que serian turcos que nuevamente venian en socorro de la puente, fué presto armado, i Fierabras i los otros caballeros con él; i salidos de sus aposentos, les dijeron que una sola mujer hacia tan gran alboroto, i que habia muerto gran número de cristianos, i Carlo Magno dijo que queria ver tal mujer; i llegados donde estaba, fueron espantados de cosa tan fiera, que llegaba con la cabeza por los tejados, relucian sus ojos como hachas encendidas, la espuma que le salia de la boca le corria por los pechos hasta los piés, daba a ratos un jemido que se oia media legua; solo el peso de la hoz que traia en la mano bastaba para derribar una fuerte torre; por sola su airada vista ningun cristiano se le paraba por delante. Viéndola Carlo Magno, se cubrió con su escudo, i con la espada en la ma-

no quiso ir para ella, i Fierabras le dijo: Señor, no es honesto que ensucies tu espada en una mujer, ni te seria cordura esperar sus golpes; mas decirte he el modo i forma que se ha de tener; i mandó llamar unos peones, que sabia tenian hondas hechas al modo de Turquía, i ordenó que la tirasen, i tiráronla muchos tiros sin que la hiciesen daño. Viendo esto Fierabras, tomó una honda, i dijo: Feo me parece matar una mujer; mas no puedo ver delante de mí este diablo, i la tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, la quitó del brazo, i dejó caer la hoz, dando tan gran grito, que la mayor parte de la villa hizo estremecer, i luego la acabaron de matar los peones, i mandó Fierabras que se velase la puente i la villa toda la noche.

Venida, pues, la mañana mandó el emperador Carlo Magno repartir las grandes riquezas que se habian hallado en la villa entre su jente, porque cada uno llevase su parte, segun su estado, i así se quedaron todos mui contentos i satisfechos de los trabajos pasados. Fueron muchos i grandes los tesoros i riquezas que, por ser el lugar tan fuerte, tenia en él depositado el almirante

Balan, mas no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí; i yendo mirando la cerca de la villa, vido una cueva mui grande, i dentro de ella estaban dos niños llorando, hijos de la jiganta Amiote, que los habia parido de una vez, i eran tan grandes de cuatro meses como un hombre de los de agora, i los hizo bautizar Carlo Magno, i que les pusiesen por nombres al uno Roldan i al otro Oliveros; mas no vivieron sino tres dias, de lo cual pesó mucho al emperador; i queriendo pasar adelante, mandó que todos los muertos fuesen enterrados, i los heridos curados, i llamando al duque Regner i a Ricarte de Normandía aparte, les dijo que queria ir luego adelante, i dejar jente en la villa para que guardasen la puente; i el duque Regner le dijo: Señor, necesariamente has de dejar aquí jente, porque los paganos no nos tomen este paso, mas se ha de mirar que todos los que aquí quedaren, no carezcan de fidelidad, que esa es la llave por donde nos habemos de salvar, i no todos los que vienen en tu compañía son fieles. I despues de lo haber bien mirado, ordenaron que dos nobles caballeros, llamados Hoel de Nantes i Riol de Mans, con diez mil cristianos que-

dasen a la vista para guardar el paso, i Carlo Magno con toda la otra jente salió de la villa, e hizo de ella cuatro batallas; la una dió a Fierabras, la otra al duque Regner, la otra al noble Ricarte de Normandía, i la otra la recibió en su guardia, i dió a Fierabras la delantera porque sabia mejor la tierra, i la retaguardia dió a Ricarte de Normandía, i así puesto en mui buena ordenanza se pusieron en camino, i despues que hubieron subido una cuesta mui alta, paróse el emperador Carlo Magno a mirar su jente, i viéndola toda tan lucida i tan bien aderezada hubo gran placer de verla, i mas porque los vió mui ganosos i en mui buen propósito de pelear, i dió infinitas gracias a Dios por ello. En este comedio, habiendo sabido el almirante Balan cómo la puente de Mantible era ganada por cristianos, i los jigantes muertos, cayó en el suelo amortecido, i desde que fué tornado en sí dijo: ¡Oh Mahoma, i cómo te han faltado las fuerzas! Agora conozco tu poco poder, i tengo yo por mengua i de poco saber al que en ti confia. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni en ninguna parte del mundo son las mezquitas tan ricas, ni están servidas como las que en

mi tierra están, i mui gran parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas imágenes de oro i plata a tu semejanza, porque fuédes adorado del pueblo como Dios, i como tú, ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mi servicio. A ti solo habia encomendado mi torre, i los tesoros que en ella estaban; en ti solo tenia mui grande esperanza que guardases a mi fuerte puente de Mantible; i descuidándome en tu guarda, no puse tanto recaudo en ella cuanto era razon; en las cosas de poca importancia me mostraste tus halagos, porque en las árduas mas fácilmente me pudieses derribar. Dicho esto, tomó una hacha de armas, i con ella despedazó todos sus dioses i los ídolos. Sortibrán de Coimbres que vido al almirante tan desconsolado, trabajó de le consolar cuanto pudo, reprendiéndole de la injuria que a su dios Mahoma habia hecho, diciendo que le pidiese perdon porque no le castigáse con saña. I él dijo: No le podré yo obedecer ni querer, pues que tan desconocido me ha sido en dejar tomar mis fortalezas por los cristianos. I Sortibrán le dijo: No digas, señor, tales palabras, i demanda perdon a tu Dios, pues lo has menester mas que nun-

ca; ordena de enviar espías para saber si es cierta la venida de Carlo Magno i qué jente trae, i le daremos batalla campal; i si cae en nuestras manos, le haremos quemar, i a tu hijo Fierabras con él, que en su favor viene. I el almirante Balan le dijo: Por hacerte placer quiero hacerlo, pucs que tanto me ruegas; mas bien veo que Mahoma me es enemigo sin razon alguna.

---

## CAPÍTULO XLIX

Como los caballeros que en la torre estaban hubieron un gran combate, i la torre fué casi derribada.

Rogó Sortibrán tanto al almirante, que le hizo demandar perdon a Mahoma delante de algunos caballeros suyos, i por mejor satisfaccion le prometió de hacer su imájen, i de añadir en ella cien libras de oro, i hacerla adornar de muchas piedras preciosas, porque le diese victoria contra Carlo Magno, i envió secretamente espías para saber de su ejército; vueltos los espías, le dijeron que Carlo Magno era perdido de Mantible,

i que venia apriesa para dar socorro a los caballeros que en la torre estaban i que traia poca jente mas bien armada i apercibida, i sabido esta noticia, el almirante Balan mandó apercibir toda su jente, i combatir la torre ántes que llegase el socorro, i miéntras que se ordenaba el combate envió por jente por todos sus reinos, i empezado el combate, dieron tal priesa que derribaron otra esquina de la torre; aunque morian muchos, no se osaron de apartar del combate, de medio del almirante Balan, que mui grandes voces les daba, que trabajasen en derribar la torre. Tenian hecho un agujero bien grande para entrar, mas no osaba ninguno entrar por él, por mucho que el almirante Balan les mandaba que entrasen. Cuando los caballeros vieron la esquina derribada i el agujero abierto, hubieron algun temor de sus enemigos, mas por las damas que por ellos, pues por ellas no osaban salir a la batalla, ni apartarse de la torre, diciendo, que miéntras ellos peleaban se podria perder la torre; i D. Roldan dijo a los otros: Señores, cumple que salgamos a nuestros enemigos porque no tengan poder de derribar la torre, mas no nos habemos de apartar mucho

de ella, sino cuanto tengamos lugar de tapar el agujero que está hecho, i agora nos cumple ser buenos caballeros, que la jente es mucha i el furor del almirante Balan grande, por ende, nobles caballeros, os ruego con encarecimiento, que tengamos mui buen concierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, porque si uno cayere, tenga quien le ayude a levantar; i sed ciertos que tendreis en mí buen favor, que si Durandal no me falta, yo haré que al almirante i a su jente pese del combate que hoi nos dieron.

I dijeron todos que era bien dicho, i así ordenaron de salir, i a Floripes le pesó en grandísimo grado; mas viendo que no lo podian escusar, bañada en lágrimas, les dijo: Señores, ántes que salgais, os ruego que veais las santas reliquias, porque con mas contrito corazon rogueis a vuestro Dios, que él por su piedad os saque de tanta afrenta, i puestos los caballeros de rodillas delante de las santas reliquias, con abundancia de lágrimas rogaron a nuestro Señor Dios, que por su santa misericordia i piedad los guardase de sus enemigos. I estando ellos en aquesto, las damas de Floripes dieron mui

grandes voces, diciendo que subian los turcos por la torre i llegaban a las ventanas; teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada a la ventana, i plugo a nuestro Señor Jesucristo de mostrar allí un grande milagro, que los que subian a la torre, viendo el cofre que tenia Floripes en sus manos, cayeron súbitamente en el suelo, i los que alrededor estaban, sin ser apremiados se alejaron un gran tiro de batalla. I viendo esto los caballeros, dieron muchas gracias a nuestro Señor Jesucristo, i Floripes volvió las santas reliquias a su lugar, i luego se volvió a las ventanas donde estaban los caballeros; i viéndola el almirante Balan su padre con ellos, la dijo: ¡Oh Floripes, mi querida hija! grande fué tu liviandad, cuando por ella dejaste tus dioses, vendiste a tu amado padre i a todos tus parientes; mas soi cierto que presto te haré dejar el amor del cristiano que tanto quieres. I ella dijo: Por cierto, padre, tú no dices lo cierto, que nunca conocí hombre en esta parte, ántes me encaminó nuestro Señor Dios en el camino de la verdad, como a mi hermano Fierabras, este camino querria que tomases tú, porque tu ánima no fuese perdida; i a

esta causa he suplicado a los caballeros que no te maten; mas si los persigues mas, no tendrá tu jente poder de te librar de sus manos, que Dios está con ellos, como lo puedes ver en el destrozo que en tu jente han hecho, no siendo mas de diez caballeros. I de esto hubo tanto enojo el almirante Balan, que cayó en tierra amortecido, i Sortibrán i los otros caballeros trabajaron mucho en lo consolar; i tornando en sí el almirante Balan dijo: ¡Oh Mahoma, como me has olvidado, i cuán poco es tu poder i el mio, que a diez solos caballeros no podemos resistir! I Sortibrán le dijo: Señor, mui simplemente has hablado contra tu Dios: ¿tú no ves con cuánta abundancia nos da continuamente los bienes temporales? I esto que agora padeces, por tus pecados lo permite; mas pídele perdon, porque te sea favorable contra Carlo Magno; i trajeron luego una imájen de oro fino, a semejanza de Mahoma, en cuya cabeza estaba el diablo encantado, que hablaba i respondia a todo lo que se le preguntaba tres dias en la semana, i dijeron: Señor, pide perdon a Mahoma, tu dios, que tienes delante, i él te ayudará en tus adversidades; i puesto de rodillas, a rue-

go de los suyos, dijo: Oh Mahoma, suplíctete, cuanto a mí es posible de suplicarte, que no mires a las feas palabras que aqueste atribulado viejo dijo contra tí, pues está en propósito de hacer enmienda en sus pasados yerros, i yo haré acrecentar tu imájen con doscientas libras de oro fino, i serán todas tus mezquitas mui reparadas, porque con tu favor i ayuda tome venganza de los cristianos enemigos. I el demonio, que estaba en la amájen, le respondió: Almirante Ballan, tus yerros son perdonados por el grandísimo arrepentimiento que de ellos tienes, i no ménos porque sé que erraste con sobrada angustia de corazon; mas manda apercibir tu jente, i den otro combate a la torre, que sin duda serás señor de tus enemigos.

El almirante, pues, hizo hacer grandes alegrías por todo el real, tañiendo añafles, bocinas i otros instrumentos en señal de la victoria que esperaba, i apercibida la jente, con esperanza de la victoria, dieron el combate con tanto denuedo, que dieron, con parte de la principal pared de la torre en el suelo. Entónces dijo Oger el Danois: Señores, forzado nos será buscar otra morada; salgamos, pues, a buscarla, que Dios es ser-

vido que dejemos ésta, i vamos ya, que mejor resistiremos a los golpes de nuestros enemigos, que la caída de la torre; i si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de aquestos infieles, tenga cada uno de nosotros modo de vengar su muerte, ántes que la reciba. Salgamos ya, pues que Dios nuestro Señor lo quiere; i contra su voluntad no queramos hacer cosa, con la fidelidad que siempre habemos tenido el uno al otro, acometamos a nuestros enemigos. Estando los caballeros apercebidos ya para salir, puesta Floripes a los piés de su mui amado Guy de Borgoña, con lágrimas i sollozos le dijo: Señor, por aquel Dios i Señor, en quien crees i confiesas ser uno i trino, te ruego que sean tus hechos segun la jenerosidad de tu sangre; cata que la torre está abierta por muchas partes, i mis fuerzas son pequeñas, i la crueldad de mi padre mui grande: no creas que ménos venganza tome de mí, que tomaria de ti si en su poder te tuviese, i con gran razon, pues en tanto grado, por servirte, le he deservido. I abrazándola el noble Guy de Borgoña, la dijo: Señora, no pienses que sea tan pequeño el amor que te tengo, que no reciba mayor fatiga de tu pena, que

de la mía misma: ya ves que la salida no se escusa, mas no será de manera que ni tú ni tus damas quedeis desamparadas miéntras nosotros tuviéremos vida, ni nos apartaremos de la torre mas de cuanto hagamos apartar los turcos, porque no acaben de derribarla; i si de ello eres servida, dos de nosotros quedarán en tu compañía, aunque yo en ninguna manera podré quedar. Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña, i su fidelidad, le dijo: Señor, tú te ofreces de dejar parte de tus compañeros en mi guarda; yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañía sales a dar batalla a tanta multitud de turcos; por ende te suplico que nos armes a mí i a mis damas, i con sendas hachas de armas, solo al amparo de vosotros, iremos en guarda de tu persona. Oyendo Roldan las razones de Floripes, se puso a reir, i dijo a Guy de Borgoña: Grande es el amor de esta dama, mas no sería honrosa ni provechosa su salida.

Por ende, señora, te ruego que no te fatigues tanto, cesa ya de llorar, i ten esperanza en aquel verdadero Dios i hombre, que como nos ha sacado de otros peligros, no nos olvidará agora, i así se despidieron de

ella i de las damas i salieron de la torre, i empezaron cruda batalla con sus enemigos, e hicieron tanto, que en poco rato los desviaron gran trecho de la torre, i a su salvo se volvieron a ella, i hallaron a Floripes i a sus damas armadas de todas armas, con sendas hachas de armas en las manos, puestas donde estaba derribada la torre.

---

## CAPÍTULO L

Como los caballeros supieron la venida de Carlo Magno, i asimismo el almirante Balan, i como Ganalon fué enviado con embajada al almirante.

Los caballeros pasaron aquella noche en gran placer, hablando de Floripes i de sus damas que con varonil corazon se habian armado para defender la torre, i dijo Guy de Borgoña: Señores, con mayor esfuerzo saldremos de aquí adelante a la batalla, pues que tales veladores tenemos para guardar la torre; i Oliveros dijo: Señora, mañana saldremos a la batalla, i si te parece, saldrás con tus damas i con nosotros, por-

que demos fin a estos descreidos, i no dudo que haga Guy de Borgoña cuanto quisiere, teniéndote en su compañía. I ella dijo: Cier- to, señor Oliveros, haced vos con mi señor Guy de Borgoña que me deje salir con vos- otros a la batalla, i vereis como adonde estuviere, no haré mengua a mi hermano Fierabras; i de esto hubieron todos mui gran placer.

Venida la mañana, Oger el Danois subió a la torre, por ver el real de sus enemigos, i vido de mui léjos muchas banderas des- plegadas, i mucha jente armada; conoció eran de cristianos, i bajó presto donde esta- ban sus compañeros, i les dijo: Señores i leales amigos míos, i vosotras, señoras mías, pídoos por merced, que todos deis gracias a Dios, que tan piadosamente se ha habido con nosotros, que mui armados nos vienen a ayudar, i en nuestro socorro; i corriendo todos a abrazarle con mui gran placer, subie- ron prestamente a la torre, i Floripes, i sus damas con ellos: i se les dobló el placer cuando conocieron el estándarte i las armas de Carlo Magno. Supo asimismo el almi- rante Balan, que estaba cerca de su real, i el rei Cosdro le aconsejó que hiciese aper-

cibir toda su jente, i ántes que llegase a un valle por donde debian pasar los cristianos, que les diese batalla. Aprobó el almirante Balan su consejo por bueno, mandó apercibir su jente, i apercibida, i encomendada a los capitanes, hallaron ciento i ochenta mil hombres de pelea. El emperador Carlo Magno llegó aquel dia a la entrada del valle, i tomóle la noche. i se quedaron sin tienda alguna, que las habian dejado en Mantible; i venida la mañana, mandó el emperador armar a toda su jente, i se hallaron cincuenta mil cristianos. Viendo Fierabras toda la jente apercibida para dar batalla al almirante su padre, dijo al emperador Carlo Magno: Mui noble i poderoso señor, por los servicios que te entiendo de hacer, te suplico me otorgues una merced; i Carlo Magno le dijo que pidiese lo que quisiese, que ninguna cosa le seria negada, i Fierabras le dijo: Ya sabes, mui magnífico señor, cuánto deben los hijos a los padres, i aunque mi padre es turco, i yo cristiano, no por eso he perdido el amor que le debo, ántes querria trabajar que dejase sus dioses i engañosos ídolos, i meterle en el verdadero camino de la salvacion, i sobre esto querria

que enviases de tu parte i mia un mensajero que le amonestase de ello, diciendo que si se torna cristiano, le harás toda cortesía, i si nó, que le tratarás como a enemigo mortal, sin haber de él ni de los suyos piedad alguna.

I Carlo Magno le dijo: Mucho me place de eso, señor Fierabras, vaya luego el mensajero que para ello os pareciere suficiente, i por el mucho amor que os tengo, quiero hacerle este partido, que de toda su tierra i hacienda no le tomaré nada, solamente que de ella pague un pequeño tributo; i Fierabras le besó la mano por ello. Preguntó el emperador a sus consejeros quién les parecia que se enviase al almirante Balan.

I acordaron de enviar a Ganalon, porque era mui sagaz i elocuyente; mandóle llamar Carlo Magno, i le dijo delante de Fierabras i de los otros caballeros: Mi amigo Ganalon, nos os habemos escojido para que lleveis embajada al almirante Balan; i Ganalon le dijo, que de grado lo haria. Direis al almirante, que yo i su hijo Fierabras le rogamos que se vuelva cristiano él i toda su jente i que me envíe mis caballeros, i si esto hace, no pasaremos adelante, i le dejaré toda su

tierra, pagando un pequeño tributo de ella, i si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguiremos hasta le dar la muerte, o echarle de todas sus tierras. Ganalon, armado de todas armas, caballero en un poderoso caballo, i mui gruesa lanza en las manos, se fué para el real del almirante Balan, que estaba apercebido con toda su jente para dar batalla a Carlo Magno, i llegando Ganalon a las primeras guardas, le quisieron prender; i cuando supieron que era mensajero, le dejaron pasar.

Llegado a la tienda del almirante Balan, dijo que era mensajero del emperador Carlo Magno, i traia una embajada al almirante Baian; i sabiéndolo el almirante, salió de su tienda armado de todas armas, con una hacha de armas en la mano, i le preguntó ¿qué era lo que buscaba en su real? I arriado Ganalon a su lanza, sin le hacer mucho acatamiento, le dijo: El mui poderoso, noble i temido emperador Carlo Magno, i el mui valeroso caballero Fierabras tu hijo, doliéndose de la perdicion de tu ánima, me enviaron a ti para que te dijese que dejases a tus dioses Mahoma i Tabalgante, i los otros que te tienen engañado, i que recibás

el bautismo, como hizo tu hijo, i creyeres en Nuestro Señor Dios verdadero, hacedor del cielo i de la tierra, que envíes al emperador Carlo Magno sus caballeros que tienes presos, i las santas reliquias que en tu poder tienes; i si eso haces, a ruego de tu hijo, es contento el emperador de te dejar todas tus tierras i riquezas, pagándole algun tributo por ellas; i si esto no haces, te hará morir de mala muerte i te echará vergonzosamente de toda aquesta tierra. Hubo tanto enojo el almirante Balan de esto, que por poco perdiera el seso; i con mucha ira dijo a Ganalon, amenazándole con la hacha que en las manos tenia: Osadamente hiciste tu embajada, i me amenazaste en mi real; i porque eres enviado, no te mando dar el castigo que mereces, i puedes conocer el poco querer que el emperador tu señor contigo tiene en enviarte donde lícitamente se te puede dar la muerte; mas mira que no vuelvas otra vez con tal embajada, si no tuvieses deseo de poco vivir.

I Ganalon le dijo: No creas, almirante Balan, que tengamos tan poco amor al emperador Carlo Magno, que por ningun peligro de este mundo dejemos de hacer su

mandado; i mira que lo que te dice te importa mucho, i dame la respuesta que bien te pareciere porque se detenga la jente, que ya está en órden, i mui deseosa de darte la batalla, no venga presto a dar fin a ti i a tu jente.

Viendo un caballero el enojo del almirante, dijo a Ganalon: Porque otro no se atreva a hablar demasiado, es razon que tú seas castigado; i diciendo esto, alzó una maza de hierro con dos manos para le herir con ella, i Ganalon que le vido, tomó presto su lanza, i le dió con ella en los pechos, que le pasó a la otra parte, i cayó muerto a los piés del almirante Balan, el cual dió mui grandes voces a su jenté, que prendiesen a Ganalon, i él se puso en huida por el camino por donde habia venido, i fué seguido de mas de veinte mil paganos; mas llevaba un caballo mui lijero, i no le pudieron alcanzar.

I el noble D. Roldan i los otros caballeros que estaban en la torre le vieron salir del real a rienda suelta; i conociendo que era cristiano, dijo el duque Naymes: Este parece en sus armas a Ganalon, i será venido con embajada al almirante Balan, i plegue a Dios nuestro Señor de le librar de

tal peligro; i Ganalon corrió sin parar hasta que subió una cuesta no mui apartada del real; i cuando se vido encima de la cuesta, se volvió a mirar los que le seguian, i vido un turco mui grande de cuerpo, i armado de mui lucidas armas, i con él venia Tenebre, hermano del rei Sortibrán, i venian buen trecho delante de todos los otros, i con magnánimo corazon los esperó, i encontró al uno con la lanza, de manera que dió con él i con su caballo en tierra; i volviéndose para el otro, le dió tan fuerte golpe en la cabeza con la espada, que le cortó el yelmo i cabeza hasta los ojos; i viendo la gran multitud de enemigos que le seguian, volvió la rienda al caballo para donde estaban los demas cristianos esperándole.

Todo esto vieron los de la torre, i fueron mui maravillados de ver hacer tales cosas a Ganalon, i le siguieron los paganos hasta que vieron el ejército de Carlo Magno, que viéndole, dieron prestamente la vuelta, i contaron al almirante i al rei Sortibrán lo que les habia sucedido. Cuando Sortibrán supo que su hermano era muerto, hizo gran llanto, amenazando a Carlo Magno i a su jente; i de esto plugo al almirante, porque con

mayor esfuerzo saliese a la batalla contra los cristianos.

---

## CAPÍTULO LI

Como el emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su jente i como acometieron a todo el poder del almirante Balan, i de las grandes valentías que hizo el emperador.

Llegado Ganalon delante de Carlo Magno, le dijo: Mui poderoso emperador, el almirante Balan no quiere ser cristiano, ni quiere oír hablar de ello, ni tiene en nada tu poder, ni tu noble ejército; ya tiene apercebida toda su jente con deseo de darte batalla, i tuvo gran enojo de lo que le dije; un caballero de los suyos alzó una maza de hierro para darme con ella, i delante de él le metí la lanza por los pechos, i dí con él muerto a sus piés, i me siguieron diez mil de acaballo para prenderme, i a los dos que delante venian derribé en el suelo, i vine huyendo por escapar de los otros.

Entónces mandó el emperador a Fierabras, al duque Regner i a Ricarte de Nor-

mandía, ordenasen sus batallas, i fué mui bien repartida la jente en tres batallas; la primera dió a Ricarte de Normandía, la segunda al duque Regner, la tercera guiaron él i Fierabras, i puestos todos en orden, mandó tañer sus trompetas i atabales, e hicieron de ello gran placer los caballeros de la torre, i sin salir de orden los cristianos marcharon hácia el real del almirante Balan. Cuando los reyes Brulante, Sortibrán i Tenebre, que tenían cargo de guiar los ejércitos del almirante Balan, supieron que el emperador Carlo Magno venía, ordenaron asimismo sus batallas, i pusieron su jente en ordenanza, i suplicó el rei Brulante al almirante Balan, que le dejase la primera batalla, i el almirante se la dejó, i le dijo: Si toparas con Carlo Magno o Fierabras, no los mates, que quiero hacerles quemar con Floripes i con los que están en la torre.

Estando ellos en esto, vieron asomar al noble emperador Carlo Magno con su jente, i Brulante le salió a recibir con cien mil paganos, i adelantándose gran trecho de su jente, a grandes voces empezó a decir: Oh noble emperador Carlo Magno, ¿dónde estás? Apártate de tu jente, como yo de la

mia, i empecemos los dos viejos esta batalla; vente seguramente para mí, que mi jente no se moverá hasta que vea el fin de nuestra batalla; no serás digno de alabanza si no participas de las afrentas: ¿qué esperas? no consientas que los mancebos ganen toda la honra, i mira que de tu misma jente serás tenido en poco, si de la gran batalla de un rei solo te desvías, i no ménos viejo que tú.

Oyendo Carlo Magno las voces del pagano, tomó luego una mui gruesa lanza para salir a la batalla, i viendo esto Fierabras, saltó del caballo, i se puso de rodillas delante de él, suplicándole que en ninguna manera saliese a la batalla, ofreciéndose salir a ella, diciéndole que en su vida se encerraba la honra de toda su jente, i que a mas de esto el pagano era mui buen caballero i mui diestro en las armas, i lo mismo le rogaron Ricarte de Normandía, i el duque Regner i los otros caballeros, i él les dijo: Señores, en mucha merced os tengo vuestra buena voluntad, mas no hallo razon alguna para dejar esta mui cruda batalla, que aunque uno de vosotros supla por mi persona, no suplirá por la honra: ¿cómo tendrán los mios

deseos de pelear, si ven que yo me aparto de la pelea? No solamente los caudillos han de ser diligentes en ordenar sus jentes, sino osados para llevar la delantera en los mayores peligros; así que propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con mayor esfuerzo entreis en ella; i me parece que soi digno de reprehension por detenerme tanto.

I mandó a su jente que ninguno se atreviese a salir en su favor hasta ver el fin de la batalla, i salió al campo con el pagano, que le estaba esperando, i él preguntó ¿si era el emperador Carlo Magno? I desque fué cierto de ello, tomaron del campo a su placer, i se encontraron con toda la fuerza que los caballos pudieran llevar, i cayeron entrambos de sus caballos sin que en ninguno se conociese ventaja, i con grande esfuerzo echaron mano a sus espadas, i se dieron tales golpes, que los mancebos que los miraban les tenian envidia.

Viendo el emperador Carlo Magno que por la fuerza de las armas no se podían herir, confiado en la mucha destreza que tenia en el juego de lucha, queriéndole tirar el pagano un grande tajo, se metió con él, i dejó la espada, i le abrazó por el cuerpo, i

dió con él en el suelo, i con el puñal le cortó los lazos del yelmo i la cabeza, i vuelto para los suyos, fué servido luego de caballo i de lanza, i mandó que la jente fuese delante con buena órden i lo mismo hicieron los paganos: llegados los unos con los otros, hubo tan gran matanza, que los muertos cerraban el paso a los vivos; e hizo Carlo Magno tales hechos, que los suyos estaban admirados, i los enemigos atemorizados; i entre los turcos habia un rei, llamado Tenebre, el cual hacia gran daño en los cristianos i a muchos quitó las vidas; i viéndole un caballero cristiano que se llamaba Juan Pontoisa, fué para él con una lanza, i el pagano le esperó osadamente, i del encuentro cayó Juan de Pontoisa en el suelo, i luego fué muerto, i el pagano puso mano a la espada, i mató otro caballero anciano, que se llamaba Hageo de Guarmier, i andaba por el campo llamando a grandes voces al emperador Carlo Magno i a Fierabras, amenazándoles de les dar la muerte. I oyendo esto Ricarte de Normandía, se fué para él, i le dió tan gran golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzon de la silla; i queriéndole dar otro, tiró Ricarte de Nor-

mandía un revés con tanta fuerza, que le cortó la mano derecha por la muñeca, i queriendo volver rienda para huir, Ricarte le dió otro golpe encima del yelmo, i resbalando la espada, le cortó la cabeza al caballo, i luego un peon cortó la cabeza al caballero; de la otra parte estaban Carlo Magno i Fierabras haciendo tanta matanza en sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrian por el campo, i traian todos las armas ensangrentadas, i fué forzoso a los paganos retraerse hasta donde estaba el almirante en compañía de sus reyes i de cien mil hombres, que no habian aun salido a la batalla, i cuando supo que Brulante su querido hermano era muerto, llorando, i mesando sus barbas i cabellos, llamó un sobrino suyo, llamado Tempeste, i a Sortibran de Coimbres, su secretario, i les dijo estas razones: Señores i mui especiales amigos sabed como mis dioses me son contrarios en todo; i no sé si les falta el poder, o si acaso tienen hechas paces con los cristianos, yo veo mui cerca mi muerte; si me pudiese ver vengado tan solamente del emperador Carlo Magno, alegremente la recibiria. Por tanto, pues, os ruego i encargo que mireis con

dilijencia por el campo si le podeis ver, por que me pueda vengar en su persona, i ellos llorando amargamente de lástima que de él tenian, le prometieron de lo hacer.

---

## CAPÍTULO LII

Como Sortibran de Coimbres fué muerto a manos del duque Regner, padre de Oliveros, i de las correrías que el almirante Balan hizo contra los cristianos.

Mandó el almirante Balan que la jente que en su compañía habia quedado fuese compartida en cuatro escuadrones; él i Tempeste su sobrino guiaron el uno, i Sortibran el otro; i tañendo añafles i bocinas, puestos en buen órden, empezaron a dar cruda batalla a los cristianos.

I Sortibran de Coimbres acometió con gran denuedo en la batalla al duque Regner, i viendo cuan feroz andaba entre toda su jente, tomó una gruesa lanza, i se fué para él, i desde que Sortibran le vido, pidió una gruesa lanza a los suyos, i con grande esfuerzo le salió al encuentro, i rompiendo las

lanzas en muchas piezas, echaron prestamente mano a las espadas, i se dieron tan recios golpes, que en poco rato entrambos escudos cayeron en el suelo hechos pedazos; i dándose con las espadas, el duque Regner le cortó las guardas de su espada i manopla, i los dedos de la mano, i le dió luego otro recio golpe encima del yelmo, que le derribó del caballo aturdido, i allí le acabaron los peones, i pasó el duque Regner adelante, derribando muchos de sus enemigos, así caballeros como peones.

Cuando el almirante Balan supo que Sortibrán era muerto, como desesperado i fuera de todo sentido, echando espuma por la boca, i grande abundancia de lágrimas por los ojos, decia: ¡Oh Sortibrán, mi especial amigo i leal secretario! ¿por qué me dejaste en tiempo de tanta necesidad? mas no me maravillo que me dejases i huyeses de mi compañía, pues viste que mi hijo huyó de ella, i en compañía de mis enemigos me hace cruel guerra; i mi hija no solamente me aborrece, mas como mortal enemigo, en pago de mis beneficios, entregó mi fortaleza i mi persona a mis enemigos, i lo mas que me aflije, que mis dioses a quienes tan-

tos servicios he hecho, i he gastado tantos tesoros para honrarlos, son mis contrarios i favorables a mis enemigos. Pues ¿cómo podrás tú tener firmeza conmigo, pues no me tuvo lealtad mi propia sangre? mas soi cierto que si tú pudieras no me dejaras, i me fueras mas leal que mis propios hijos, i por esto te seguiré luego, por estar en tu compañía, i si algun tanto me detengo, no me culpes que no será mi tardanza sino cuanto vengue tu muerte, i no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya enflaquecido, me las han acrecentado el dolor de tu muerte i la ingratitude de mis hijos; i diciendo esto, pidió una gruesa lanza, i como un leon hambriento entró entre los cristianos, i encontró luego un caballero con tanta fuerza, que con él i con el caballo dió en el suelo; i encontró otro, i le sacó de la silla; i con el pedazo de lanza, encontró otro que sin lanza estaba, i le derribó, i echó mano a la espada, llamando a grandes voces al emperador Carlo Magno, ¿dónde estás? ¿pues en la Turquía entraste en busca mia, por qué huyes agora de mí? Solo por topar contigo, i vengarme en tu persona entré en esta batalla: grande honra

seria a tu imperial corona, si con tus propias manos me dieses la muerte, i gran consuelo llevará mi ánima si primero bañare mi espada en tu sangre.

Vente, pues, para este viejo cano, que tantas veces has amenazado, no hayas piedad de quien de los tuyos no la tiene, ni ménos la tendrá de ti. I diciendo esto i otras muchas cosas, se cubrió del escudo, apretó la espada en el puño, i como desesperado se metió en los cristianos, i en poco tiempo derribó treinta caballeros, i atropelló mas de doscientos peones, i mirando su espada i sus armas, que mui teñidas estaban en la sangre de los cristianos, empezó de nuevo a llamar al emperador Carlo Magno, i desde que vido que no lo podia hallar, entró con grande denuedo en los cristianos, haciendo grande matanza contra ellos. Todo esto estuvo mirando Fierabras; i maravillado de las hazañas de su viejo padre, estaba puesto en confusion; pesábale de la muerte de los cristianos, i le temblaban las carnes cuando pensaba de poner las manos en su padre: tenia vergüenza porque no servia lealmente a su señor el emperador Carlo Magno; i queriendo evitar el daño que el almirante

hacia en los cristianos, el amor de padre le volvía del camino; i cuando veía la muerte de los cristianos, de su misma lealtad era combatido, i el almirante jamás descansaba, derribando caballeros i peones; i viendo un caballero, que se llamaba el conde Milon, armado de muy lucidas armas, que traía el yelmo muy dorado, i conociendo que era hombre principal, se fué para él con muy grande esfuerzo, i el conde Milon lo esperó valerosamente, i se dieron muy grandes golpes, i el conde quebró su espada por junto a la empuñadura, i el almirante le dió a su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, i juntar la boca con las ancas del caballo, i le tomó en los brazos, i le atravesó en el pescuezo del caballo, i dió vuelta para su jente pensando que por él le haría algun partido el emperador Carlo Magno.

Viendo esto Fierabras, forzado de lealtad, i del mucho amor que ya con los cristianos tenía, arremetió a rienda suelta para se lo quitar; i queriéndoselo estorbar Tempeste, Rubion i otros caballeros, echó mano a la espada, i mató luego a Tempeste i a otros seis caballeros que venían con el al-

mirante Balan, i se llegó a su padre, i le tomó el caballo, sin le hacer mal alguno, i el almirante Balan le quiso conocer, así en la cortesía que con él usaba, como en el grandor del cuerpo, i le dijo: ¿Eres tú Fierabras, hijo mio? I él le dijo que sí. Entonces viendo el almirante que mató delante de sus ojos a Tempeste su sobrino, i a los otros caballeros, aunque quisiera vengarse, no tuvo mucho esfuerzo para le herir, ni aliento para le hablar; i desmayado cayó sobre el arzon delantero, i se abrazó con él por no caer del caballo, i un caballero cristiano le quiso herir; mas Fierabras se puso delante, i no lo consintió, i no se apartó de él hasta que volvió en sí: i cuando fué tornado en sí le dijo Fierabras: ¡Cuánto bien me haria Dios, padre mio, si dejases los ídolos, i conocieses al verdadero Dios que te crió! I el almirante le dijo: Mayor merced me hicieran mis dioses si no nacieras; i viendo Fierabras una gran multitud de turcos cabe el estandarte de Carlo Magno, dejó al padre, i se fué para ellos con tal denuedo, que en poco rato los desbarató i derribó.

---

## CAPÍTULO LIII

Como los diez caballeros salieron de la torre i cabaron en la batalla, i como el almirante fué preso.

Era tanta la multitud de los paganos, que no se podia dar fin a la batalla que continuamente venian gran cantidad de turcos de muchas partes, i viendo esto los diez caballeros que estaban en la torre, i que los que la guardaban eran idos a la batalla, salieron de ella, i sin estorbo alguno de sus enemigos, tomaron sendos caballos de los que andaban sueltos por el campo, i caballeros en ellos, con las espadas en las manos, se metieron en la batalla; i sabiéndolo el almirante, recojió gran parte de su jente, i les quiso atajar el camino, porque no se juntasen con los otros, i allí hubo mui cruda batalla, i fué tanta la matanza de los paganos que todo el campo estaba cubierto de sangre i de cuerpos muertos. Sabiendo el almirante Balan que los diez caballeros se habian juntado con los otros, dijo: Agora sé mui cierta la perdicion mia i de mi jente, i apartado algun tanto de los

suyos, decia: ¡Oh Mahoma engañador! ¿en qué te deserví, que tanta enemistad tienes conmigo? ¿Por qué me dijiste que ganaria la torre, i me prometísteis el vencimiento de la batalla? Bastábate engañarme una vez, i no tantas: i si de mí tienes enojo, ¿por qué consentiste que lo pagasen mis inocentes caballeros? Vuélvete, pues, si algun poder tiene tu ira sobre mí, i no consientas que pague tanta jente los yerros que yo cometí. Diciendo esto i otras razones de grande lástima, fueron los suyos desbaratados de tal suerte, que el que mas huia pensaba que mejor hecho hacia. Mas no por eso quiso el almirante volver la cara a sus enemigos, ántes les esperó con grandísimo corazon, i pensando dar a un caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo, i viéndose el caballero a pié, mató allí mismo el caballo del almirante, i fué luego conocido, i a ruegos de Fierabras no le mató; mas sin le hacer mal alguno, le llevaron delante de Carlo Magno, el cual estaba en gran placer con sus caballeros, i ellos estaban contando las desdichas que les habian acaecido, i lo que pasaron en la torre, i los beneficios que de Floripes habian recibido.

## CAPÍTULO LIV

Como el almirante Balan por ruegos ni por amenazas, nunca quiso ser cristiano; i como Floripes fué bautizada i casada con Guy de Borgoña, i fueron coronados reyes de toda aquella tierra.

Llevado el almirante Balan a Carlo Magno, fué de él mui bien recibido, i le mostró mucho amor, pensando que se tornaria cristiano; i el emperador fué con sus caballeros a la torre donde estaba Floripes con sus damas; i como ella supo su venida, se vistió de los mejores vestidos que tenia, con muchísimas joyas de mui gran valor, i asimismo sus damas; i le salieron a recibir a la puerta de la torre, i le besaron la mano, i él besó a Floripes en el carrillo, i fué mui maravillado, así de su hermosura como de la riqueza de sus vestidos, i se estuvieron allí en grande placer hasta el otro dia.

Venida la mañana, mandó Carlo Magno llamar a Fierabras, i díjole: Quería, señor Fierabras, que hablásemos con el almirante, vuestro padre, para que, queriendo ser cristiano, se le hiciese por vuestro amor mucha

honra, i Fierabras le suplicó que se lo dijese él mismo. Mandóle llamar el emperador, i venido el almirante, le dijo de esta manera: Señor almirante, todas las criaturas racionales deben dar singular honra i alabanza a Aquél que les dió el sér, conocimiento i vida; es justa cosa que se dé toda honra i reverencia al que hizo el cielo i la tierra, i todo lo que en ellos está, pues que es superior a todas las cosas criadas, i caen en mui grande simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, hechas de materia insensible; por lo cual te ruego, que por la salud de tu ánima quieras dejar tus engañosos dioses o ídolos, i creas en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo i Espiritu Santo, i que recibas el santo bautismo, como ha hecho tu hijo Fierabras: i si esto haces, allende de salvar tu alma, librarás tu cuerpo de muerte, i no perderás tus tierras ni tu hacienda, que por amor de tu hijo Fierabras te hago merced de todas ellas.

I el almirante le respondió, que en ninguna manera tal cosa haria. Oyendo esto Carlo Magno sacó su espada, i dijo: Si no fuera por amor de tu hijo Fierabras, tu respuesta i tus dias se acabaran en un punto;

mas si no te bautizas, yo te mandaré matar. I el almirante le dijo: Carlo Magno, no manda eso la lei de Jesucristo tu Dios, sino que a nadie hicieses fuerza en tal cosa, que la verdadera creencia del corazon ha de proceder; por tanto, no procures de me hacer consentir lo que no creo. I viendo esto Fierabras, se puso de rodillas delante de su padre, i le rogó que hiciese lo que el emperador Carlo Magno le decia.

El almirante hubo miedo de morir, i dijo que le placia; i Carlo Magno i todos sus caballeros hubieron gran placer de ello, i fueron aparejadas las cosas para ello necesarias mui cumplidamente i con mucha honra; i estando ya el almirante Balan cabe la pila donde habia de ser bautizado, le dijo un arzobispo: Señor almirante, ¿negais de puro corazon todos vuestros ídolos, que tanto tiempo os han traído engañado, i creéis en Nuestro Señor Jesucristo, el cual nació de la Vírjen Santa María, Señora nuestra, siendo Vírjen ántes del parto, en el parto i despues del parto?

Entónces el almirante Balan, temblando como azogado de mui grande enojo, i la cara encendida como desesperado, dijo que nó,

i escupió en la pila en menosprecio del santo bautismo, i alzó la mano, i dió al arzobispo en la cara, i le hizo saltar la sangre por la boca i por las narices, i le tomó por los cabellos, i le ahogara en la pila si no se lo quitaran; i de esto fueron todos maravillados, i si no fuera por Fierabras le mataran súbitamente. Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó llamar a Fierabras, i le dijo: Bien habeis visto lo que hizo vuestro padre, i no fué tan liviano su yerro que no mereciese cruel muerte por ello, mas por vuestro amor no se le ha hecho mal alguno; por tanto, ved qué quereis que se haga de él, que entre nosotros no es de consentir tal hombre. I Fierabras le suplicó, que por aquel dia i aquella noche siguiente hubiese paciencia, i si a otro dia no se bautizaba, que hiciese de él lo que bien le estoviese, i Carlo Magno fué contento de ello; i estuvo Fierabras todo aquel dia i aquella noche rogando a su padre que quisiese ser cristiano, mas no quiso venir en ello; i venida la mañana se lo rogó el emperador Carlo Magno nuevamente, mas ninguna cosa aprovechó.

Viendo esto Floripes, dijo a Carlo Magno:

Señor, ¿para qué gastais tanto tiempo con el almirante que jamas será buen cristiano? Mándale matar i será sacarle de pena i a ti de enojo. I Fierabras le respondió: En esto veo, mi buena hermana, la poca virtud de las mujeres, que por cumplir sus deseos, ninguna cosa dejaron de hacer; por traer a efecto tus carnales placeres con Guy de Borgoña, vendiste a tu padre i a todo tu linaje i fuiste causa de la muerte de mas de cien mil hombres, i no contenta con esto, i despues de vencido el cuerpo, quereis que se pierda el ánima rogando que le maten sin recibir el bautismo. I ella dijo: No creas, hermano, que no me pesa la muerte de mi padre i de la perdición de su ánima; mas sé cierto, que aunque por vuestros ruegos e importunaciones reciba el bautismo, que jamas será buen cristiano. I vuelto Fierabras a su padre, le dijo: Suplicote padre mio, que creas en Dios Todopoderoso, que hizo el cielo i la tierra, i te hizo a su semejanza, i en Jesucristo su Hijo, que murió en el árbol de la cruz porque nuestras ánimas no fuesen perdidas. I él dijo que de ninguna manera tal haria, i que de ello mas no se hablase, que mas queria morir; i Fierabras

dijo a Carlo Magno, que hiciese de él lo que bien le estuviese, i mandó que se lo quitasen de delante, i los peones le llevaron al campo i le mataron; i Floripes hizo llamar los caballeros que habian estado en la torre, i les dijo que les rogaba que cumpliesen lo que la habian prometido; i Roldan la dijo que tenia razon; i dijo a Guy de Borgoña: Señor, primero será bien que ordenemos que Floripes reciba el santo bautismo i despues entenderemos en vuestros desposorios i bodas; i Guy de Borgoña dijo que le placia, i se lo dijo al emperadór, i mandó al arzobispo que hiciese aparejar las cosas necesarias; lo cual fué hecho con puntualidad, i la bautizó sin la mudar el nombre tampoco, como a su hermano Fierabras, i fueron padrinos Carlo Magno, el duque Regner, i Tietri, duque de Parnia, i luego fueron desposados, i otro dia se velaron, i fueron hechas las bodas segun a tales señores pertenecia. Envió Carlo Magno en todas las provincias del almirante a amonestar las jentes que dejasen los ídolos, creyesen en la fe de Cristo, i recibiesen el santo bautismo, i prometiéndoles hacer muchas mercedes, i si no, que les haria morir a mala muerte, i los

cautivaria. En poco tiempo fueron todos bautizados, i dió el noble Carlo Magno una parte de las tierras del almirante a Fierabras, i la otra parte dió a Guy de Borgoña i a su mujer, i con la corona del almirante los coronó reyes de aquella tierra, con que la tuviesen por él i en su nombre: estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer hasta dejarla quieta i pacífica.

---

## CAPÍTULO LV

Como Floripes dió las santas reliquias a Carlo Magno, i como hizo Dios un gran milagro delante de todo el pueblo.

Carlo Magno, cuando vió toda la tierra pacífica i que los turcos de su grado se habian tornado cristianos, propuso de volverse para Francia, i llamó a Floripes i la dijo: Hija, yo quiero volver para mi tierra, i tengo grande deseo de ver las reliquias que vos teneis, i las quiero llevar a tierra de cristianos porque sean mas guardadas i veneradas; i vos quedareis en esta tierra con vuestro marido Guy de Borgoña i con vuestro her-

mano Fierabras. Ella le demandó perdon porque ántes no se las habia enseñado, i entró por el cofre i se lo trajo, i queriéndoselo dar, quedó el cofre en el aire entre las manos del emperador i las de Floripes, i fué causa de desarraigar alguna incredulidad que en su corazon habia quedado; i el emperador i los otros caballeros, puestos de rodillas, i llorando con mucha contricion de sus pecados, dieron infinitas gracias a nuestro Señor por las mercedes que les hacia; i el arzobispo tomó el cofre, i dijo: Verdaderamente estas son las santas reliquias que tanto tiempo habemos buscado; las sacó todas una a una, i las mostró a los que presentes estaban, i salió un suave olor de ellas; i fué Floripes mui maravillada de ello, que de cuantas veces las habia sacado nunca habia sentido aquel olor hasta entónces; i esto causó la grande virtud del santo bautismo, i fué de allí adelante mui constante i firme en la fe de Cristo, i asimismo Fierabras su hermano: i estando Carlo Magno de rodillas delante de las santas reliquias, dijo: Todopoderoso Dios, que me diste victoria contra mis enemigos, i me diste gracia que hallase tus santas reliquias, i las sacase

del poder de los infieles; a ti doi gracias e infinitos loores, i te suplico que por tu santísima piedad me des gracias que las pueda llevar a Francia i me quieras enseñar el lugar donde eres servido que estén: i el arzobispo los bendijo a todos con las santas reliquias, i queriéndolas volver al cofre, vido el emperador Carlo Magno que estaban en un viejo cendal colorado envueltas, e hizo traer un paño de brocado en que se envolvieron; i el cendal dobló mui bien, i se lo metió en el seno.

Puestas las santas reliquias en el cofre, dijo el emperador Carlo Magno a Guy de Borgoña i a Fierabras: Hijos i mui nobles caballeros, yo os ruego que tengais vuestras tierras en mucha paz i hagais justicia, así a los menores como a los grandes, i que tengais vuestras fortalezas guarnecidas de pertrechos, porque os podais resistir algunos dias si los turcos viniesen sobre ellas; ni fatiguis ni maltrateis vuestros vasallos, ántes siempre procurad de ser bien quistos de ellos, i serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Que mandeis asimismo hacer iglesias, donde se celebren los oficios divinos, i se sirva i alabe a aquel verdadero Dios i

Señor que tantas mercedes nos ha hecho; i mandareis guardar vuestras fronteras, porque si alguna mudanza hubiere en vuestros vecinos, seais apercebidos para guardar vuestras tierras. Habeis asimismo de hacer instruir a vuestros vasallos en la fe de Jesucristo, i tendreis buenos predicadores, hombres de buena vida, para que les enseñen. Procurad asimismo desechar toda la herejía, i castigad por justicia a los que errasen; i porque tengan temor vuestros vasallos, i los tengais mas sujetos, quiero dejaros quince mil hombres de pelea, los cuales os encomiendo que sean mui bien tratados.

Dicho esto, se despidió de ellos, le besaron la mano, i asimismo Floripes i sus damas; e hizo Floripes tan gran llanto al despedirse de Roldan i Oliveros, i de los que en la torre habian estado cercados, que no podian Carlo Magno ni Guy de Borgoña, su marido, consolarla: i bañada en lágrimas i sollozos que la querian ahogar, dijo al emperador Carlo Magno, que no recibió tanta pena en la torre cercada de sus enemigos, quanto sentia en apartarse de ellos; i viendo que no se escusaba la partida, con infinitos suspiros i lágrimas, abrazándolos uno a uno,

se despidió de ellos; i queriéndose despedir Roldan de su primo Guy de Borgoña, se le puso un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dejó hablar, i Guy de Borgoña, con mas lágrimas que razones, le dijo: A gran dicha tendria, señor, que otro recibiese las mercedes del emperador Carlo Magno, i se quedase con todas las tierras del almirante, porque no me apartase yo de vuestra compañía.

I Roldan, esforzándose cuanto pudo, le dijo: Gran pesar siento en la partida, mas no se puede excusar, pues que Carlo Magno así lo ha ordenado. De la despedida de Oliveros i de Fierabras no escribo por no ser causa de dolor a los que la leyeren; mas pesó tanto al noble Fierabras, que puesto de rodillas delante del emperador, le suplicó que no le dejase apartar de su compañía, diciendo que la estimaba mas que ser señor de gran parte del mundo; mas no consintió Carlo Magno que se hiciese otra cosa sino como él lo habia ordenado; i mandó luego tañer las trompetas i poner la jente en órden para la partida, i yendo camino adelante se le cayó el cendal que traia en el seno en que habian estado envueltas las

santâs reliquias, i le vieron los suyos en el aire, sin llegar al suelo ni a ninguna parte, i fueron corriendo a decirlo al emperador, que delante iba, i volvió luego el arzobispo, i le pusieron en el cofre de las reliquias con mucha solemnidad.

---

## CAPÍTULO LVI

Como el apostol Santiago se apareció a Carlo Magno, i como fué guiado de ciertas estrellas hasta la Galicia.

El noble emperador Carlo Magno, despues de muchos trabajos recibidos por ensalzar la fe cristiana, i despues de haber ganado muchas provincias de paganos, propuso de no seguir ya las guerras, i de apartarse a tener vida contemplativa, dando infinitas gracias a Dios, i alabanzas a su Criador que tantas mercedes le habia hecho en la sujecion i vencimiento de sus enemigos. I estando una noche mirando al cielo que estaba mui estrellado vido unas estrellas en grande concierto puestas, señalando de sí mismas un camino, i empezaba aquel

concierto de estrellas desde la mar de Frisa, i pasaba por Alemania a Italia, i entre Francia i Aquitania, i pasaba por Gascuña a tierra de Vascos, i Navarra, las cuales provincias con grandes trabajos i contiúas guerras él habia traído a la fe de Jesucristo: i seguía aquel concierto de estrellas hasta Galicia, donde estaba el cuerpo de Santiago, i no sabia aun el lugar cierto, i miraba cada noche aquellas estrellas, i maravillado de ellas decia entre sí, que aquello no era sin grande misterio, i despues de lo haber mirado muchas veces con gran deseo de saber qué podia significar aquel concierto de estrellas, se puso en oracion, i rogó a Dios que por su santa piedad le hiciese sabedor de ello.

Estando una noche en este pensamiento, vió a deshora cabe su cama un hombre mui hermoso i de jentil presencia, i el emperador Carlo Magno se quiso levantar para hacerle acatamiento, i él le dijo que se estuviese quedo, i preguntóle ¿qué era lo que tanto deseaba saber? I el emperador le dijo, que deseaba mucho saber qué significaba aquel concierto de estrellas que nuevamente parecia ser en el cielo; i él dijo: Sepas,

Carlo Magno, que yo soi Santiago, apóstol de nuestro Señor Jesucristo, hijo del Zebedeo, hermano de San Juan Evanjelista, i enviado para te decir que aquellas estrellas puestas en aquel concierto te serán guia para te llevar a Galicia al lugar donde está mi cuerpo en poder de paganos, i es voluntad de Dios que ganes aquella tierra, i la convertirás a su santísima fe i creencia; i despues de ganada harás un templo en mi nombre, donde vendrán de todas partes de la cristiandad a ganar grandes induljencias i remisiones de pecados; i esto durará hasta el fin del mundo. En esta manera que dijo apareció Santiago tres veces al emperador Carlo Magno, i dende a poco tiempo allegó cincuenta mil hombres de pelea, i con ellos empezó a seguir el camino que le enseñaban las estrellas, i pasó toda Francia i Gascuña, i el primer lugar que se rebeló fué la ciudad de Pamplona, que era mui fuerte i bien abastecida de todos pertrechos, i habia en ella grande número de turcos que salian muchas veces a escaramucear con los del real, i estuvo tres meses en ella sin hacerle mucho daño, que estaba mui cercada. Viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la

ciudad, i que no la podian tomar sino por gran discurso de tiempo, no supo qué remedio se tener, salvo encomendarse a Dios i al señor Santiago, por cuyo mandado se pusieron en aquel camino, diciendo de esta manera: Señor, Dios mio, criador i redentor, pues por tu mandado vine a esta tierra, para que fuese ensalzada tu santísima fe; i tú, señor Santiago, que fuiste medianero para que me fuese dado este cargo, os suplico humildemente que me sea dada gracia i poder para sojuzgar esta ciudad, i que pueda traer este pueblo a verdadera carrera de salvacion, i desviarlo de sus grandes errores. I diciendo esto Carlo Magno estaba de rodillas delante de un devoto crucifijo que continuamente consigo traia, i ántes que se levantase le dijeron como gran parte de la cerca de la ciudad se habia caido, i conociendo que convenia por la gracia de Dios, le dió infinitas gracias por ello, i mandó poner su jente en ordenanza i entró en la ciudad.

Viendo los paganos que la cerca se habia caido de suyo sin apremio alguno, fueron mui espantados, i muchos de ellos se salieron por una puerta falsa, i así desampara-

ron la ciudad, i entrando Carlo Magno en ella, mandó que a los que quisiesen ser cristianos no hiciesen mal alguno, i que los otros muriesen por la espada; i viendo los paganos el grande milagro que Dios mostró sobre la cerca, la mayor parte de ellos se convirtieron a Dios, i demandaron el bautismo, i lo mismo hicieron las comunidades del alrededor, i Carlo Magno mandó edificar iglesias i monasterios, i darle renta cumplidamente, para que Dios fuese servido i alabado.

Despues siguió su camino hasta que entró en Galicia, i en mui poco tiempo la señoreó toda, honrando siempre mucho a los que se tornaban cristianos, i matando los que de ello se desviaban. Seguiale siempre de continuo el arzobispo Turpin, i por su propia mano bautizaba i doctrinaba a todos los que demandaban el santo bautismo; i llegó hasta *Finibus terrae*, que entónces se llamaba Petronem, i allí hincó la lanza en tierra, i puesto de rodillas, dió infinitas gracias a Dios nuestro Señor i al bienaventurado Santiago, por tan grandes mercedes como de él habia recibido, en haberle dado poder para sojuzgar tantos pueblos i tanta tierra, i tan

fuerte en tan poco campo. Conquistó en Galicia i en todas sus comarcas diez i seis ciudades i villas, todas mui fortísimas, entre las cuales ganó una mui bien pertrechada, que se llamaba Fetrosa, donde se hallaban minas de plata, i otra que se decia Centiva, donde se halló el cuerpo de san Troqueste, que fué discípulo de Santiago, en cuya sepultura estaba un pié de olivo que cada año un dia del mes de mayo producía flores i fruto mui abundantemente.

Redujo asimismo a la fe de Jesucristo muchos pueblos en el reino de Portugal, algunos por fuerza de armas, i otros, que por tantas virtudes i buenas costumbres que de él oían decir, espontáneamente se le entregaban. Puso su real sobre una ciudad que se decia Lucerna, la cual estaba en mui fructífero i deleitoso valle, que se decia Valverde, i estuvo sobre ella cuatro meses, i viendo que no la podía ganar, ántes siempre perdía de su jente, i que en toda aquella provincia no habia otra ciudad ni fortaleza que rebelde le fuese, púsose en oracion, rogando a Dios i a su bendita Madre que le diese gracia para la ganar i reducir a su santísima lei, porque no maltratasen los

pueblos cristianos que con ellá confinaban. I Dios, por su santa misericordia i piedad, oyó su oracion, i delante de sus ojos cayó gran parte de la cerca i hubo mui gran mortandad a la entrada, así de una parte como de otra; mas finalmente la señoreó, i no halló en toda la ciudad una persona que quisiese conocer a Dios, ni recibir su santo bautismo, i mandólos matar a todos, salvo los niños inocentes, los cuales hizo sacar de la ciudad para que fuesen bautizados, i salió de la ciudad con toda su jente: la maldijo, i a vista de los que con él estaban se hundió, e hizo un lago, donde despues se hallaban peces negros como carbon, i maldijo otros cuatro lugares, donde despues nunca habitó persona alguna.

---

## CAPÍTULO LVII

Que habla de un grandísimo ídolo que fué hallado en una ciudad.

Trabajando Carlo Magno de continuo en la destruccion de la herejía, i a encaminar

a las jentes en el verdadero camino de la salvacion de sus almas, i queriéndose ocupar en hacer edificar un templo a honra i nombre del glorioso bienaventurado apóstol señor Santiago, le dijeron cómo en la parte del Andalucía, en una ciudad nombrada Salcadis en la lengua arábiga, que quiere decir en nuestra lengua el lugar del Gran Duque, habia un ídolo por sutil arte hecho, i por arte májica ordenado, i decíase que Mahoma le hizo por sus manos mismas, i habia encerrado en él, por arte májica, una lejion de diablos para lo guardar; i porque el pueblo diese mas crédito a sus engaños, lo guardaban los diablos con tanta diligencia, que ningun cristiano era osado a acercarse en el término de media legua; i si por acaso alguna ave se ponía en él, luego caía muerta: i cuando los paganos iban a adorar, los hablaba, i respondía a todo lo que preguntaban: por eso ninguno osaba hurtar ni robar, i se guardaban de hacer otros muchos males, temiendo que el ídolo les descubriese, i por esto le tenía aquel pueblo por verdadero Dios i sabedor de todas las cosas; i era de cristal fino, i tan grande como un hombre: estaba puesto encima de una

piedra de jaspe maravillosamente labrada, tan alta, que desde léjos se podia divisar, i era la piedra en que estaba de ocho esquinas, hecha por manos de grandes maestros, i mui gruesa por el pié i delgada para arriba, i estaba el ídolo vuelto hácia el mediodía, i tenia en la mano derecha una llave i en la otra un dardo, i sabian los paganos por grande antigüedad, que cuando el ídolo dejase caer la llave que tenia en la mano, serian destruidos i echados de su tierra.

I como supieron que el emperador Carlo Magno les venia a dar guerra, juntaron mui grande multitud de jente, i bien apercebidos i puestos en ordenanza le salieron a esperar en el campo: i estando en esto, dejó el ídolo caer la llave que en la mano tenia, i ellos cuando esto vieron, atemorizados, teniendo su perdicion por mui cierta, enterraron todos los tesoros i riquezas de valor, i se fueron huyendo, desamparando la ciudad, i dejando el ídolo; i llegando el emperador, entró en la ciudad sin resistencia alguna, i mandó derribar la piedra i el ídolo e hizo poblar la ciudad de cristianos.

---

## CAPÍTULO LVIII

Como Carlo Magno mandó edificar la iglesia del señor Santiago en Galicia.

Despues que el emperador Carlo Magno hubo ganado aquella ciudad, i hubo destruido las herejías, i derribado el ídolo que tantos pueblos traia engañados, se volvió para Galicia, i allí hizo fundar una hermosa iglesia en honra i alabanza del bienaventurado apóstol Santiago, i distribuyó gran parte de sus riquezas a los pobres, i tambien hizo grandes mercedes a los recién convertidos, i estuvo en aquella provincia tres años, i viendo que la tierra estaba pacífica, i las herejías destruidas, se volvió para Francia, i llegado a Tolosa, mandó edificar otra iglesia en honra i alabanza del apóstol Santiago, i la abasteció de hermosas campanas i cálices de oro i plata, i de capas riquísimas, i de todas las otras cosas necesarias, i le dió gran renta.

Hizo asimismo un mui rico hospital, i le dió gran renta, i a mas de estas iglesias i otros hospitales i monasterios que fundó de

sus propias rentas, fundó las iglesias siguientes: primeramente en Aquisgran, en Alemania, mandó hacer una devota iglesia de nuestra Señora, mui hermosa i mui rica. En Viterbo, en tierra de Roma, mandó fundar una devota iglesia en nombre del señor Santiago, i la dió grande renta. En Gasuña mandó hacer otra iglesia tambien al apóstol Santiago mui devota, i asimismo la dió gran renta. En Paris mandó hacer otra iglesia el señor Santiago, entre el Sena i el monte de los Mártires: i no escribo de las iglesias pobres que reparó, ni de los devotos monasterios i hospitales que fundó.

---

## CAPÍTULO LIX

Como un rei de Turquía pasó la mar con gran poder, i tomó ciertos lugares de cristianos, i como Carlo Magno los tornó a ganar.

Carlo Magno, despues que fué vuelto para Francia, estuvo algun tiempo sin guerra, mas no por eso estaba una hora sola ocioso, ántes mandaba visitar mui a menudo las

ciudades i villas de sus reinos, para saber si eran rejidos con justicia, i si los grandes agraviaban a los menores; visitaba asimismo todas las iglesias pobres, i los monasterios i hospitales, i los mandó reparar i proveer de todo lo que les era necesario.

Estando en este ejercicio, un rei moro, llamado Aigolante, vino de Africa con cien mil hombres de pelea en tierra de cristianos, i tomó muchos lugares, i mató muchos cristianos; i venido esto a noticia de Carlo Magno, doliéndose mucho de ello, mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, i despues de armados i apercebidos, se puso en camino en busca del rei Aigolante, i llegados dos leguas de donde estaba, i certificado éste de su venida, le envió sus embajadores, diciéndole que él habia pensado de qué manera no muriese mucha jente en la guerra que con él esperaba de haber, i era esto: que le enviase veinte de sus caballeros, i que peleasen con ellos, que él daría otros veinte o cincuenta, o ciento, o mil contra mil, i que no se moviese ninguno hasta que los unos o los otros fuesen vencidos.

Carlo Magno no queria consentir en ello,

mas sus caballeros se lo rogaron mucho, i lo hubo de hacer, i mandó apercibir caballeros, i fué ordenado el campo entre el real de los cristianos i de los moros; venido el dia, duró la batalla desde la mañana hasta la tarde, i de los caballeros moros no quedó mas de uno; i otro dia por la mañana envió Aigolante doscientos caballeros mui bien aderezados, i el emperador Carlo Magno envió otros doscientos, i plugo a Dios que la mayor parte de los enemigos fuesen muertos, i los otros malamente heridos; i Aigolante envió a rogar al noble Carlo Magno que enviase mil caballeros contra otros mil suyos; luego fueron puestos en órden mil caballeros cristianos, i Aigolante hizo escoger entre todos los de su real mil caballeros turcos; i puestos en camino empezaron mui cruda batalla, mas finalmente murió la mayor parte de los turcos, i los otros volvieron rienda para su real, i los cristianos los siguieron hasta que entraron entre los suyos, i se movió contra ellos todo el real; mas Aigolante los hizo volver mui prestamente, i pasaron tres dias sin que ninguno de ellos se moviese.

En estos tres dias hizo Aigolante hacer

grandes experiencias a ciertos astrólogos que tenia, i le dijeron que si el emperador Carlo Magno prosiguiese por entónces la guerra, que perderia gran parte de su jente, i entónces envió a decir a Carlo Magno que saliese al campo con toda su jente, que él saldria con la suya; i Carlo Magno fué mui contento de ello, i mandó apercibir toda su jente, i ordenar su batalla; i el dia ántes de la batalla, estando los cristianos en un campo llano, hincaron sus lanzas en el suelo, i venida la noche las dejaron estar así hincadas hasta el otro dia de mañana, i mostró nuestro Señor un grande milagro, que las lanzas de todos aquéllos que murieron en aquella batalla se hallaron verdes i floridas, con cortezas i raíces; i en aquel mismo lugar están los cuerpos de los bienaventurados mártires san Facundo i san Primitivo, en una ciudad que el emperador Carlo Magno mandó edificar i poblar de cristianos, en honra de aquellos cuerpos, i en memoria de tan grande milagro; cada uno tomó su lanza para salir a la batalla, i los que hallaron verdes las cortaron hasta el suelo, i las repararon para poder servirse de ellas, sin saber lo que aquello significaba, aunque

veían que era grande milagro, i no lo supo ninguno, salvo el emperador, a quien plugo Dios le fuese revelado.

I puesta la jente en ordenanza, i ordenada la batalla de la una parte i de la otra, se comenzó mui cruda batalla, i murieron en ella trescientos caballeros cristianos, hombres principales, sin los otros i sin el peonaje, entre los cuales murió el duque Milon, padre del noble caballero D. Roldan, i mataron el caballo a Carlo Magno, i peleó a pié gran parte del dia; hizo grandes proezas, i ya que llevaban los paganos lo mejor de la batalla, los caballos de los cristianos muertos entraron a la batalla, i pelearon con tanto acierto, como si en ellos hubiera entendimiento: i venida la noche, hubieron por bien de dejar la batalla, así los unos como los otros, i plugo a Dios nuestro Señor que el dia siguiente apercibiéndose los unos i los otros para la batalla, llegaron al real de Carlo Magno cuatro marqueses de las partes de Italia, cada uno con cuatro mil hombres de pelea, mui bien armados; i sabiendo esto Aigolante, empezó a huir secretamente hácia el mar, i los cristianos lo siguieron i les tomaron todo el fardaje i

las riquezas que traian; i Carlo Magno le dió todo a los caballeros que le vinieron a ayudar, i otro dia se despidieron de él, i el emperador se volvió para Francia, i estuvo siete años sin guerra, viviendo en vida contemplativa.

---

## CAPÍTULO LX

Como Aigolante volvió, i envió a Carlo Magno que le quiesese hablar, i como Carlo Magno en hábito de su mensajero fué a hablarle.

Como arriba dije, cuando Aigolante vido el socorro que de Italia habia venido a Carlo Magno, se volvió para su tierra; i cuando supo que Carlo Magno se habia retirado a vida contemplativa, i que no curaba ya de guerra, pensó en sí que entónces tendria buen aparejo para hacer guerra a los cristianos, i les tomar sus tierras: convocó en su compañía a nuevos reyes paganos, i cada uno con toda la jente que pudo allegar le vino a favorecer, i se hallaron en su servicio doscientos mil hombres de pelea, aunque habia muchos desarmados, i no diestros en

las armas. I con esta jente pasó a Gascuña, i tomó luego una ciudad que se decia Agenes, i allí hizo su asiento, i deseaba mucho conocer de vista al emperador Carlo Magno, por ver su fisonomía, que el valor de su persona ya le conocia; i esto lo hacia por no conocerle en las batallas, i así le movió la mucha dilijencia que puso el emperador Carlo Magno en junta jeneral cuando supo habia aportado a Gascuña, no huyendo del gran trabajo de las guerras, procurando del descanso, aunque su edad ya lo pedia, i por esto deseaba conocerle; i como supo que con mui lucida jente le venia a dar la batalla, le envió tres dromedarios cargados de oro i plata labrada, i piedras de grandísimo valor; le envió a rogar que quisiese ir a cierto lugar con poca jente, que él iria asimismo con algunos de los suyos para le hablar; i que darian alguna órden a sus guerras o a las paces, porque diese ya algun descanso a sus fatigados miembros, i pudiese seguir vida contemplativa, pues que de eso era servido Dios mas que de las guerras. El emperador recibió mui bien a los mensajeros, i dijo que le placia, i mandó luego apercibir dos mil caballeros, i con estos fué hasta un

monte no léjos de la ciudad donde estaba Aigolante, i dejando las armas, se puso en hábito de correo, i con tan solamente un caballero vestido de la misma manera, i sin armas, fué para el rei Aigolante; i llegados a la puerta de la ciudad, fueron conducidos a Aigolante en son de presos, i Carlo Magno le dijo: El mui noble emperador mi señor me envia a ti a hacerte saber que en la parte que tú le enviaste a decir te está esperando con tan solamente cincuenta hombres, i cuando quisieres podreis ir a hablar con él. I Aigolante le dijo se volviese, que mui prestamente seria con él. I despedido del rei Aigolante, se fué para la ciudad, i miró mui bien la puerta, i donde estaba ménos fuerte la cerca, i asimismo su jente, de que no hizo mucha cuenta, aunque era mucha, i despues que lo hubo bien mirado todo, se volvió para su jente, que estaba en el monte, i el rei Aigolante se partió de la ciudad con diez mil hombres para ir a hablar a Carlo Magno, i sabiendo el emperador que venia con tanta jente, se fué adelante con los suyos para donde habia dejado los otros.

---

## CAPÍTULO LXI

Como Carlo Magno tomó la ciudad donde estaba el rei Aigolante.

Despues que Carlo Magno hubo mirado las fuerzas de la ciudad, i el real de sus enemigos, no dudando en la victoria, hizo apercibir su jente, i mandó que fuesen proveidos de armas los que las hubiesen menester: i puesta la jente en ordenanza, i ordenadas sus huestes, se puso en camino para la ciudad donde estaba Aigolante, i en el monte donde se habian de hablar los dos, halló mui grande multitud de paganos puestos en dos batallas, i hubo allí una mui cruda guerra, en que fueron los paganos destrozados, i muertos gran parte de ellos, i los otros huyeron, pensando meterse en la ciudad; mas de miedo de los cristianos no les osaron abrir las puertas los que dentro estaban, i estaba dentro el rei Aigolante con algunos príncipes i caballeros. Carlo Magno mandó se quedase alguna jente para guardar las puertas, porque no saliese el rei Aigolante, i los otros siguieron el alcance

hasta la noche, matándolos sin resistencia alguna. Vuelto Carlo Magno, puso su real en la ciudad, i la tuvieron cercada tres meses; i viéndo Aigolante que no podia tener mucho tiempo la ciudad por mengua de vituallas, mandó cavar debajo tierra, i en poco tiempo cavaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, i se metieron en otra ciudad: viendo los cristianos que no habia jente por la cerca de la ciudad, ni sentian bullicio alguno, derribaron una puerta, i entraron dentro, i fueron mui maravillados cuando vieron la ciudad sola, i hallaron la cueva por donde se habian ido, i fueron prestamente tras ellos, i se pusieron sobre la ciudad donde estaba el real, i estuvieron sobre ella sesenta dias, i el rei Aigolante envió a decir a Carlo Magno, que si queria que ellos dos cuerpo a cuerpo hiciesen batalla, con esta condicion: que si Carlo Magno fuese vencido, que se volviese para Francia, sin le hacer mas guerra; i que si él fuese vencido, que pasaria la mar con la poca jente que tenia, sin jamas volver a aquellas partes. I Carlo Magno fué contento de ello mas sus caballeros no lo quisieron consentir, i Aigolante dijo que fuese la

batalla entre doscientos caballeros cristianos i doscientos paganos: i escojido el campo i el dia de la batalla, comenzándola los caballeros, el rei Aigolante se fué calladamente, i no paró hasta las fronteras de Aragon; i de los doscientos caballeros suyos no escapó ninguno que no fuese muerto o preso.

---

## CAPÍTULO LXII

Como Carlo Magno se fué para Francia, i como volvió otra vez a dar batalla al rei Aigolante, i de la compañía que trajo de Francia.

Viendo Carlo Magno que en toda Gascuña no quedaba pagano ninguno, ni habia quién hiciese guerra en aquellas partes, se volvió para Francia, i donde a pocos dias despidió toda la jente de guerra; i no pasó mucho tiempo cuando Aigolante allegó gran número de paganos, i le envió a desafiar, i hubo Carlo Magno grande enojo de ello, i mandó llamar a todos sus varones, i les rogó que con todo el poder que cada uno pudiese le fuesen a ayudar contra Aigolante i

su jente; los cuales vinieron prestamente a su mandado. Primeramente vino el arzobispo Turpin con dos mil hombres de pelea; D. Roldan de Ceconia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana doña Berta i el duque Milon, con cuatro mil hombres; Oliveros, conde de Genes, hijo del duque Regner, con tres mil hombres. Arastragus, rei de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea, aunque en Bretaña habia otro rei. Engelius, duque de Aquitania, con seis mil hombres. Guesarius, rei de Bordolis, con cuatro mil. Guadebois, rei de Frisa con siete mil hombres. Boldomo, hermano de Roldan con dos mil hombres. Nayme, duque de Baviera, con diez mil hombres. Sanson, duque de Borgoña, con diez mil hombres. Guarin, duque de Lorena, con seis mil hombres, i otros muchos que aquí no son nombrados; i sin éstos allegó el emperador Carlo Magno, en su tierra, treinta mil hombres de pelea.

---

## CAPÍTULO LXIII

De las treguas de Carlo Magno i del rei Aigolanté i de la muerte de sus caballeros, i por qué el rei Aigolante no quiso recibir el bautismo.

Llegado Carlo Magno con su jente a las fronteras de Aragon, Aigolante le envió a decir que enviase veinte caballeros cristianos contra veinte paganos; el emperador los envió al lugar disputado el dia señalado, i los paganos fueron muertos sin que ninguno escapase. Despues fueron enviados cuarenta para cuarenta, i fueron asimismo muertos los paganos, i el rei Aigolante envió a decir al emperador Carlo Magno que quisiere enviar hasta mil caballeros cristianos contra otros mil de los suyos, i fuese con esta condicion, que si los suyos eran vencidos prometia de volverse cristiano i dejar todos sus ídolos. Fué de esto mui contento Carlo Magno, i llegados los caballeros al campo por él señalado, empezaron mui cruda batalla, i los paganos no murieron todos, mas echaron a huir, i de los cristianos no hubo sino tres muertos i seis heridos. Cuan-

do Aigolante vido esto, dijo verdaderamente la lei de los cristianos era mejor que la de los turcos, i propuso de recibir el santo bautismo, i pidió tregua a Carlo Magno para entrar solo seguramente en su real, i el emperador se lo otorgó, i así el dia siguiente ántes del mediodía entró Aigolante al ejército de Carlo Magno, i sabiendo que estaba sentado a la mesa, quiso verle comer, por saber la manera de su servicio, i venia principalmente para recibir el bautismo. Mirando a Carlo Magno que estaba comiendo, vido que le servian honradamente, con grande abundancia de viandas, i vido sus varones sentados a la mesa con él ricamente ataviados, i asimismo bien servidos; i vido a otra parte, desviado de su mesa, trece pobres sentados en el suelo, i les daban de comer de lo que alzaban de su mesa: i esto mandaba hacer todos los dias el emperador Carlo Magno en servicio de nuestro Señor Jesucristo i de sus doce Apóstoles. Viendo esto Aigolante le preguntó a Carlo Magno, despues que hubo comido, ¿qué jente era aquella que estaba en su sala comiendo en el suelo, tan miserablemente vestida? I el emperador le respondió: Estos son pobres

de Jesucristo, i les mando dar de comer por servicio de Dios, i remembranza de nuestro Redentor i sus apóstoles. I Aigolante le preguntó: ¿Cómo, Carlo Magno, a jente de tu Dios tratas de esta manera, que los dejas morir de frio por mengua de ropas, i les das de comer en el suelo como a los perros, i les das lo que tú i tu jente dejais sobrado, i a tu jente tienes a tu mesa mui ataviada i mejor servida? Grande injuria haces a tu Dios cuando tratas mal a su jente. Dices de tu lengua, Carlo Magno, que tu lei es mui buena i perfecta; en tus hechos la muestras mala i de ningun valor. Fué tan escandalizado, que dejó su buen propósito; i vuelto a su real, envió nuevamente a desafiar al emperador Carlo Magno.

---

## CAPÍTULO LXIV

De la muerte del rei Aigolante i de su jente, i como murieron muchos cristianos por codicia de llevar las riquezas de los moros, i de un grande milagro que mostró Dios nuestro Señor a los cristianos.

El emperador Carlo Magno cuando vido a Aigolante en su real, pensando que reci-

biria el bautismo, fué mui alegre, i sabiendo que se habia ido tan escandalizado, le pesó mucho, i mandó buscar todos los pobres que estaban en el real, i los mandó vestir a todos, i tambien ordenó i mandó que los trece desde adelante fuesen servidos como su misma persona; i así se hizo en su palacio mientras vivió Carlo Magno. El dia siguiente Aigolante mandó apercibir su jente; i puestos asimismo los cristianos en ordenanza, hubo tan cruel batalla, que los cuerpos muertos i los arroyos de sangre que corrian por el campo cerraban los pasos a los vivos; i viendo Aigolante la muerte de su jente, i deseoso ya de morir, se metió tanto en los cristianos, que quedó muerto en el campo, i los suyos echaron a huir i escaparon tres reyes con alguna otra jente; i cuando los cristianos se vieron señores del campo, entraron en la ciudad, mataron cuantos en ella hallaron i se estuvieron allí todo aquel dia i aquella noche, i al otro dia mandólos Carlo Magno poner en ordenanza i salió de la ciudad, quedándose los peones atras, i llevaron gran cantidad de riquezas que hallaron en la ciudad, i los reyes que habian escapado de la batalla supieron que los hom-

bres de a caballo iban adelante, i que los de a pié quedaban atras cargados de los tesoros de la ciudad, i fueron para ellos en buena ordenanza, i sin mucha resistencia mataron cuatro mil de ellos.

I como las nuevas de Aigolante i de sus caballeros viniesen a Furre, príncipe de Navarra, gran señor i mui valiente por su persona, envió a decir a Carlo Magno que le esperase en el campo; i Carlo Magno tenia tanta fe en el favor de Dios, i tanto deseo de pelear por su santísima lei, que hubo gran placer de ello, i asignado el campo i el dia de la batalla, el noble emperador se puso en oracion, i rogó a Dios que le quisiese dar a conocer los caballeros que en aquella batalla habian de morir.

El dia siguiente que era el de la batalla, estando toda la jente armada, vido Carlo Magno que todos los que habian de morir en ella tenian una cruz colorada en el hombro izquierdo, i dió infinitas gracias a nuestro Señor por ello, i habiendo piedad de ellos, los llamó a todos, los encerró en cierto lugar, i les mandó que en ninguna manera saliesen a la batalla, i con la otra jente dió guerra a Furre, i en poco tiempo le

desbarató i mató la mayor parte de su jente; i quando se vido señor del campo, i libre de sus enemigos, se volvió adonde habia encerrado los otros, i los halló muertos a todos, i conoció que la voluntad de Dios era dar aquel dia su santa gloria i la corona del martirio a aquéllos que tenian aquellas señales, i habia hecho simplemente en quererles prolongar la vida.

---

## CAPÍTULO LXV

Que habla de Ferragus, maravilloso jigante, que llevaba los caballeros debajo del brazo, i como D. Roldan hubo batalla con él.

Despues que el rei Aigolante i el príncipe Furre fueron muertos, i otros muchos reyes i grandes señores de Turquía, fueron las nuevas al almirante de Babilonia, el cual tenia en su tierra un jigante, que se llamaba Ferragus: mandó apercibir treinta mil hombres de pelea, i en compañía del jigante los envió a hacer guerra a Carlo Magno, i aportaron a una ciudad que se llamaba Vagiere,

i tomaron algunos lugares de cristianos, i despues envió Ferragus a decir al emperador si queria hacer batalla uno a uno; i el emperador, que jamas huyó de ninguna peligrosa batalla por la santa fe de Jesucristo, aceptó el desafío, i señaló el campo de la batalla.

Entónces sus varones le rogaron que en ninguna manera tal hiciese, ofreciéndose todos a salir a pelear con el gigante por él, diciendo que en su vida se encerraba la honra de todo su ejército: a ruegos de ellos dejó de salir a la batalla, i mandó al noble Oger el Danois, que se proveyese de mui buenas armas i buen caballo, i otro dia por la mañana saliese a la batalla con el gigante Ferragus, i él fué mui contento de ello. Venida la mañana, Oger el Danois, armado de todas armas, caballero en un hermoso caballo, salió al campo donde estaba señalada la batalla, i luego salió Ferragus, i miró a todas partes si venia mas de un caballero, i como vido que estaba Oger el Danois solo, se llegó a él sin hacer semblante de batalla, i le tomó debajo del brazo, i sin le hacer mal ninguno, le entró en la ciudad, i le mandó meter en una fuerte torre.

Este gigante era tan alto como dos mui grandes hombres, i la cara tenia dos palmos de largo i otro tanto de ancho, sus brazos i piernas parecian grandes vigas de lagar, i tenia la fuerza de cuarenta hombres, i traia dos arneses, vestido uno sobre otro: su yelmo tenia tres dedos de grueso; los dedos de las manos tenian un palmo de largo. Dejando a Oger el Danois en la torre, se volvió otra vez al campo, i sabiéndolo el noble emperador Carlo Magno, envió otro que se llamaba Renaldo de Abempin, i Ferragus le tomó lijeramente, i le llevó a la torre, i volvió luego al campo: el emperador le envió a Constantino de Roma, i le llevó con los otros; i Carlo Magno le envió dos juntos, i Ferragus tomó el uno debajo de un brazo, i el otro debajo del otro, i tambien los llevó lijeramente a la torre con los otros.

Viendo esto Carlo Magno, fué mui espantado, i no osaba enviar otro, ni sabia qué se hacer; porque enviarle muchos siendo él solo, le parecia feo, i uno ni dos no aprovechaba nada; estaba mui pensativo por esto. Roldan, viendo la fuerza del pagano, estaba asimismo mal contento, que los que allí habia llevado eran todos buenos caballeros; i

sin temor alguno de las grandes fuerzas del gigante fué a pedir a Carlo Magno licencia para salir a la batalla, mas no se la quiso dar. I habiendo estado Ferragus gran rato en el campo solo, envió al emperador que le enviase con quien pelear, que grande mengua era suya no tener en su córte quien saliese a la batalla con un solo caballero.

Estas i otras amenazas feas le envió a decir muchas veces.

Oyendo esto Roldan, le tornó a suplicar que le diese licencia para salir a la batalla con el gigante, que mas honra le seria morir en ella, que sufrir sus amenazas; i viendo Carlo Magno la importunacion de Roldan i las amenazas de Ferragus, hubo de le dar licencia, i le dijo que llevase a otro caballero en su compañía; i Roldan le dijo: Si a la batalla de un solo caballero fuésemos dos, la honra seria del que solo estaba, aunque muriese en el campo; i tus caballeros no por hacienda ni por riquezas se han puesto a las grandes afrentas, sino por la honra i servicio de Dios i de tu imperial corona, por tanto no me mandeis ir acompañado para un solo caballero.

I despedido de Carlo Magno, fué presta-

mente armado de todas armas, i cabalgó en un mui escojido caballo, i con una mui gruesa lanza salió al campo de la batalla, donde estaba Ferragus esperando, i estaba sin lanza, i tenia en el brazo izquierdo un escudo de acero mui grande, i en la mano derecha una espada, la cual convenia para las fuerzas i el grandor de su cuerpo; i Roldan le dijo que tomase la lanza, i el gigante no le respondia nada, i se fué para él, i Roldan no quiso tener ventaja alguna en las armas, i dejando la lanza, echó mano a Durandal, i le esperó con grandísimo esfuerzo; i llegando el gigante para le llevar como a los otros, le dió Roldan un gran golpe en el yelmo, mas no por eso dejó de juntarse con él, i le tomó con el brazo derecho, i le sacó de la silla, i volvió la rienda para llevarle a la torre donde tenia los otros.

Viéndose Roldan llevar de tal manera, estribó con el pié en las ancas del caballo, i con entrambas manos asió del capuz del gigante, i le trastornó del caballo, i cayeron los dos en el suelo; i Ferragus dijo a Roldan si queria que cabalgasen en sus caballos, i él dijo que sí, i cabalgaron ámbos i volvieron a la batalla, i D. Roldan dió a su

enemigo tres golpes arreo en el yelmo, i al tercero resbaló la espada i le mató el caballo; viéndose Ferragus a pié, con grande enojo se cubrió del escudo, i alzó la espada cuanto pudo, i temiendo Roldan la fuerza del gigante, desviándose de él, tiró un reves con toda fuerza, i le dió en la mano derecha, i le hizo caer la espada en el suelo, i él dió con el puño en la cabeza del caballo de Roldan, que dió con él en el suelo; i a pié entrambos prosiguieron su batalla, guardándose Roldan con lijereza de los golpes del gigante, i duró la batalla hasta que la noche los desparció, sin que en ellos se conociese ventaja alguna, i concertaron que a la mañana, a pié i sin lanza, diesen fin a la batalla, i fueron a descansar.

---

## CAPÍTULO LXVI

De como Roldan i Ferragus hicieron su batalla a pié, i como disputaron de la fe, i de qué manera fué muerto Ferragus.

Venida la mañana salieron Roldan i Ferragus al campo de la batalla, i pelearon has-

ta mediodía sin que ninguno de ellos fuese herido, que Roldan se guardaba de los golpes del gigante, i él estaba guardándose de los golpes de Durandal por la fuerza de sus armas, que eran todas dobles.

Siendo mui cansados entrambos. Ferragus pidió treguas a Roldan para dormir un poco: i Roldan fué contento de ello, i Ferragus se tendió en el suelo, i cuando Roldan le vido echado, tomó un gran canto i se lo puso debajo de la cabeza porque durmiese mas a su gusto, i despues se sentó cabe él mirándole las manos, i maravillándose de ellas i el grandor de su cuerpo, i luego que fué despertado Ferragus, se levantó i se sentó, i Roldan se sentó cabe él, i le dijo: Mucho estoi maravillado, Ferragus, de tus grandes fuerzas, i como puedes comportar el peso de tus armas; i Ferragus le dijo: Sepas que tengo la fuerza de cuarenta hombres, i allende de eso, no puedo morir de herida, sino por el ombligo; i Roldan mostró que no le habia entendido, i Ferragus le preguntó ¿cómo se llamaba, o de qué linaje era? I Roldan le dijo: Yo me llamo Roldan, i soi sobrino de Carlo Magno.

I le preguntó Ferragus ¿qué se tenia, i

qué lei guardaba? I Roldan le respondió: Yo soi cristiano, i la lei de Cristo tengo, i en defensa de ella deseo morir. I Ferragus le dijo: ¿Esa lei cristiana quién la dió? Roldan le respondió: Despues que el Todopoderoso Dios, que hizo el cielo i la tierra, hizo a nuestro padre Adan, el cual desobediente a sus mandamientos, fué todo el mundo privado de la gloria del paraiso; i doliéndose el Hijo de Dios de la perdicion de las almas, descendió del cielo, i tomó nuestra humanidad, i sufrió muerte i pasion por librarnos de las penas del infierno; i conversando acá entre nos el Hijo de Dios, nos dió doctrina i enseñamiento mediante los cuales pudiésemos alcanzar la gloria del paraiso.

Despues que Ferragus le hubo preguntado otras muchas cosas tocantes a la lei cristiana, le dijo: Tú eres cristiano, i tienes (segun parece) la lei de Dios mui arraigada en tus entrañas, i por ella viniste a la batalla, i yo vine de Turquía por vengar la sangre de los nobles reyes i esforzados caballeros que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra: por tanto quiero que en nuestra batalla haya esta condicion: que la lei del vencedor

sea habida por buena i aprobada, i la del vencido por falsa; i aunque Roldan conocia que erraba en hacer aquel concierto, confiado en Dios, dijo que le placia.

Levantáronse entrambos, i empezaron su batalla: i viendo Ferragus que jamas podia alcanzar a D. Roldan por la lijereza que tenia, sintiéndose ya cansado, pensó de usar maña, i viendo que Roldan le queria dar un golpe encima del yelmo, él le esperó osadamente, i cuando le vido alzar la espada, abrazándose con él, le derribó en el suelo, i le queria degollar con los dientes, mas Roldan sacó un puñal que traia, i se lo metió por debajo del arnes i la falda, i le hirió en el ombligo. Cuando Ferragus se sintió herido, dió un grandísimo grito, i conocieron los suyos que estaba en grande necesidad de socorro, i salieron prestamente en su favor, i viéndolos venir Roldan, tañó su cuerno, i vinieron asimismo los cristianos; llegando al campo empezaron cruda batalla, i fué Roldan servido de caballo i de lanza. Viendo que unos caballeros llevaban al gigante a la ciudad, fué tras ellos, i en poco tiempo derribó la mayor parte, i los otros dejaron a Ferragus, i huyendo se me-

tieron en la ciudad; i Roldan preguntó al gigante si queria ser cristiano, i él dijo que no, i mandó a los peones que le cortasen la cabeza. Duró la batalla seis horas, i murió mucha jente de una parte i otra, i no pudiendo los paganos sufrir los duros golpes de los cristianos, quisieron acojerse en la ciudad, mas no pudieron guardar que no entrasen los cristianos con ellos, i fueron señores de la ciudad, i sacaron a los caballeros que en la torre estaban.

---

## CAPÍTULO LXVII

De como Carlo Magno hubo batalla con los reyes de Sevilla i Córdoba.

Cuando el rei de Córdoba i el de Sevilla supieron la muerte de Ferragus i de los otros caballeros, hubieron gran pesar de ello, i enviaron sus embajadores al emperador Carlo Magno diciéndole cómo los reyes de Córdoba i Sevilla tenian gran deseo de hacer batalla con él, i que si queria ir a un campo llano mui grande con su jente de

guerra, que los toparia en él con sesenta mil hombres de pelea; i el emperador les dijo: Decid a los reyes, que aunque no tengo tanta compañía como ellos, no dejaré por eso de ir al campo para el dia que fuere señalado; i elegido el campo i el dia, mandó el emperador apercibir toda su jente, i lo mismo hicieron los reyes moros, i mandaron hacer diez mil carátulas mui feas, de ellas negras, i de ellas coloradas, con grandes orejas; i mandaron que se las pusiesen los peones, i que cada uno tuviese un cencerro en la mano, i cuando entrase Carlo Magno en el campo con su jente, i ordenase sus escuadrones para acometerlos, se pusiesen delante los peones con las carátulas, i tañendo los cencerros, espantaron los caballos en tanto grado, que a pesar de sus señores ccharon a huir, desbaratados todos los escuadrones; i entónces acometieron los paganos con buena ordenanza, i mataron muchos cristianos.

Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó recoger toda su jente, i ordenó a los de a caballo, que cada uno pusiese un paño delante los ojos de su caballo, i que en la mañana con buena ordenanza acometiesen

a sus enemigos, i así fué hecho; i duró el combate hasta mediodía, i los desbarataron a todos, salvo diez mil hombres que tenían en guarda de dos carros, con grandes reparos al rededor; i en uno de estos carros estaba un estandarte, i estaban juramentados estos diez mil jinetes, que por peligro ni afrenta en que se viesen no volverian la cara a sus enemigos mientras el estandarte estuviese alzado: sabiendo esto Carlo Magno, se metió con gran furor i denuedo en los paganos, e hizo tanto, que quitó la bandera, i la arrojó al suelo, i entonces echaron a huir los diez mil hombres, i los cristianos los siguiéron hasta que se metieron en una buena ciudad, que era del rei de Córdoba; i un noble anciano que tenia en guarda la ciudad se tornó cristiano, i le bautizó el arzobispo Turpin, i a otros muchos con él, i a los demas mataron.

Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó recoger toda su jente, i ordenó a los de a caballo, que cada uno pusiese un paño delante los ojos de su caballo, i que en la mañana con buena ordenanza acometiesen

## CAPÍTULO XXVIII

Como el arzobispo Turpin consagró la iglesia del señor Santiago.

Después de las guerras i batallas susodichas, viendo Carlo Magno que toda la tierra estaba sosegada i pacífica, ordenó de irse para Alemania, i ántes que se fuese quiso pasar á Santiago de Galicia, i se puso en camino con poca jenté; fué mui bien recibido de todos, i anduvo toda la próvincia visitando las iglesias i monasterios que entónçes habia, i las mandaba reparar i proveer de las cosas necesarias, como eran campanas, casullas i copas, i otros vestimentos, cálices i paténas, i mandó hacer algunas imájenes mui devotas en honra i memoria de los santos i santas: e hizo constituciones i ordenanzas, i sojuzgó i atribuyó todas las iglesias de aquella provincia a la iglesia de Santiago, i ordenó que todas las casas de Galicia tributasen cada año a la iglesia de Santiago, cuatro dineros de la moneda que entónçes corria, i con este tributo eran libres de todo pecho; i fué ordenado que todos los

obispos de aquella provincia fuesen sujetos al obispo de Santiago.

El arzobispo Turpin, acompañado de nueve obispos, hombres de mui santa vida, a petición del emperador Carlo Magno, consagró i bendijo la dicha iglesia en el mes de Junio, i fué llamada iglesia de Santiago Apostólica, por quanto es la segunda iglesia de la cristiandad donde acuden todos los cristianos para hallar induljencia i remision de sus pecados. La primera es san Pedro de Roma, por quanto san Pedro, apóstol, fué mui amigo de Dios nuestro Señor, mui honrado entre sus apóstoles, i predicó su santísima fe en Roma, i en ella fué martirizado; i despues el señor Santiago, apóstol, tomó mui grandísimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la provincia de Galicia: por tanto, dignamente hai memoria de sus milagros i martirio en el mundo.

---

## CAPÍTULO LXIX

Como Ganalon fué enviado con embajada a los reyes moros, i como propuso vender sus compañeros, i una reprension del autor.

En este tiempo estaban en la ciudad de Zaragoza dos reyes hermanos; el uno se llamaba Marsirius, i el otro Belegandus, los cuales habia enviado el almirante de Babilonia a España; i estos reyes, en señal de amor, habian enviado grandes dones i atributos al emperador Carlo Magno en otro tiempo; i deseando Carlo Magno de tornarlos cristianos, propuso de les enviar un mensajero que les amonestase, i fué escojido entre todos sus caballeros Ganalon, por ser mui elocuente, i le mandó que les dijese que se tornasen cristianos, o que le enviasen tributos i parias en señal de vasallaje. I Ganalon, armado de mui lucidas armas, se partió para Zaragoza, i fué bien recibido de los reyes moros; i despues que hubo hecho su embajada, le preguntaron por Carlo Magno i sus caballeros, i de sus condiciones i modo de vivir, i conocieron en sus res-

puestas que no los queria bien, i asimismo conocieron en su fisonomía, que por dineros haria cualquiera vileza, i por eso le osaron hablar de traicion, la cual muy lijeramente consintió, i le dieron veinte caballos cargados de oro i plata, i de otras joyas de gran valor, i les prometió de entregarles los caballeros i varones de Carlo Magno, i a él mismo si pudiese; i les dijo que enviasen su jente al puerto de Roncesvalles, que tendría modo de entregar los doce Pares, i fué ordenado entre todos que Ganalon llevase al emperador treinta caballos cargados de oro i plata, seda i brocado, i cuatrocientas bestias, todas cargadas de vinos muy escojidos, i dos mil moras hermosas, esto en muestras de amor i obediencia.

Esta traicion hizo Ganalon no mas que por codicia. ¡Oh mal hombre, i en fuerte punto enjendrado! ¡Naciste de noble sangre, i fuiste provocado de avaricia i de hacer tan gran traicion! ¡Eras rico de grandes rentas, i por dinero te moviste a vender a tu señor! No podias decir que necesidad eras muy constreñido; i aunque la tuvieras, no eras escusado. Entre tantos caballeros de honra fuiste escojido para ir con aquella em-

bajada, i fiándose el emperador de ti tanto como de cualquiera de ellos, i por dinero vendiste a él i a todos sus varones! Si de él tenias enojo, por qué vendias tus nobles compañeros? I si de ellos tenias algun temor, por qué vendias a tu natural señor, de quien tantas mercedes habias recibido? De toda la cristiandad eran queridos, i de ti fueron vendidos. Miraras que hacias maldad a Dios de vender sus caballeros, i despues a tu natural señor, i finalmente a todos los cristianos, que tenian en ellos fuertes fortalezas i cumplido socorro contra los infieles, a los cuales vendiste por dinero, siendo tus amigos i continuos compañeros. ¡Oh perversa avaricia, enemiga de caridad, e inconstante de toda buena virtud, de cuántos males eres causadora! Por avaricia vendió Judas a Cristo, i por ella fué la ciudad de Troya puesta en sujecion, i por avaricia vendió Ganalon los caballeros en quienes jamas faltó virtud i nobleza. Llevó Ganalon los presentes susodichos a su señor Carlo Magno, el cual dió crédito a sus engañosas razones, i sin sospechar mal alguno los recibió i repartió entre su jente, i despues, por consejo de Ganalon, se partió con todo su

ejército para Roncesvalles, que le dió a entender que los reyes se querían tornar cristianos, i dió la primera guarda a Roldan i Oliveros, i a los otros sus principales varones, con solo cinco mil hombres de pelea; i él se quedó atras. Marchó, i los dos reyes moros estaban en Roncesvalles, como les dijo Ganalon, con sesenta mil hombres de pelea puestos en trozos; en el primero habia veinte mil hombres, i en el segundo cuarenta mil, i estaba apartado el uno del otro. Llegados los cristianos a la primera batalla de los moros, les dejaron pasar hasta que los cojieron en medio, i empezaron una cruda batalla, i fueron los cristianos apremiados a retirarse, que estaban mui fatigados.



## CAPÍTULO LXX

De la muerte de los caballeros franceses i del rei Marsirius,  
i como Roldan fué herido de cuatro lanzadas.

Estando los cristianos desviados de sus enemigos, vieron venir otra batalla de moros, i entónces tañó D. Roldan su cuerno;

mas no plugó a Dios que lo oyese Carlo Magno, que los quiso dar su Divina Majestad en aquel dia las coronas del martirio que de largos tiempos les tenia aparejadas en satisfaccion de sus servicios, porque fuesen capaces de la bienaventuranza del paraíso. Puso D. Roldan su jente en buena ordenanza para esperar sus enemigos, i les dijo que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacian servicio a Dios nuestro Señor, i para eso eran partidos de sus tierras, i que mayor era la gloria que esperaban que la pena que recibirian. I yendo los paganos para ellos, tañó Roldan otra vez su cuerno, i encomendándose a Dios, entró en la batalla con tanto esfuerzo, que en poco rato hizo grande matanza en ellos, i él fué herido de cuatro heridas mortales; i entónces llegaron cien caballeros cristianos que seguian a los otros, más no porque supiesen alguna cosa de la batalla; i cuando D. Roldan los vido, pensó que el emperador era llegado con toda su jente, i con este pensamiento se metió en su batalla sin ordenanza alguna, i siguiéronle los cien caballeros, i fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamaba Balduino, i el otro Tietri.

Viendo D. Roldan muertos todos sus compañeros, i él malamente herido, i que Carlo Magno no venia, conoció que habian sido vendidos: perdida la esperanza de salir vivo de aquella batalla, i mui deseoso de vengarse de sus enemigos, tomó un turco por los pechos, i púsole la espada en la garganta diciéndole que moriria si no le mostraba al rei Marsirius, i el turco le prometió de se le mostrar, i le dijo: ¿Vedes aquel caballero que trae la divisa verde sobre las armas i el caballo bayo? aquel es el rei Marsirius, i el que dió grandes riquezas a Ganalon vuestro mensajero porque os trajese a lo que vedes. Entónces Roldan besó la cruz de su espada, i cubriéndose de su escudo empezó a derribar caballeros i peones, hasta que llegó al rei Marsirius, i le dió tal golpe en el hombro derecho, que le hendió hasta la cintura, i Balduino i Tietri que estaban con Roldan, por huir de la muerte se metieron por el monte, i todos los otros quedaron muertos en el camino; i los moros cobraron tanto temor de Roldan por el gran golpe que dió al rei Marsirius, que no se le osaban parar delante, i tuvo lugar de salir de la batalla, i se tendió en el suelo al pié de una peña i

herido de cuatro heridas mortales; i de esto no supo nada Carlo Magno hasta el fin, porque Ganalon, para dar lugar a los paganos, le tenia entretenido en juego de tablas i otras cosas de placer a él i al arzobispo Turpin. El rei Belegandus, cuando vido los cristianos muertos, temiendo que vendria Carlo Magno con la otra jente, tomó otro camino, i se volvió a Zaragoza.

## CAPÍTULO LXXI

De la muerte de D. Roldan.

Estando Roldan al pié de la peña herido de cuatro llagas mortales, sin otros muchos golpes que en el cuerpo i la cabeza habia recibido, no tenia ménos pesar de la muerte de los otros cristianos que de la suya misma: consolábase por morir en defensa de la fé de Jesucristo, i recibia pena de verse en su postrimera hora solo en el monte, i desamparado de todo el mundo: daba gracias a Dios porque el dia ántes habia confesado, i recibido el poderoso cuerpo de Je-

sucristo, que lo tenían por uso los caballeros de Carlo Magno cuando habían de entrar en batalla, o si recelaban de algún peligro. Alababa asimismo a su Criador porque le daba lugar de le pedir, de corazón i de boca, perdón de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; i esperando la muerte con mucha paciencia, empezó a decir: Señor, Dios mio, Criador i Redentor, Hijo de la gloriosa Madre de consolacion, tú sabes lo que yo he hecho i he pasado; por los méritos de tu sagrada pasion te ruego que mis yerros me sean perdonados; i no repares, Señor, en mis pecados, sino en el arrepentimiento que de ellos tengo, i te suplico que me des paciencia en mi muerte, i la recibas en descuento de mis pecados. Tú eres piadoso i misericordioso, por tanto, te ruego que me mires con ojos de piedad, como miraste al buen ladrón, i me perdones, como perdonaste a María Magdalena. Después se puso a mirar su espada, i dijo: ¡Oh espada de gran valor! la mejor que nunca fué forjada: gran esfuerzo me dabas siempre que te miraba; muchos arneses he despedazado, i muchos yelmos he cortado; contigo he muerto gran número de paganos, jamas

me faltaste, ni en ti nunca mella hallé, ningún arnes aprovechaba contra tu fuerza; ¡Oh cuánto temor tenían de ti los paganos! Muchos temblaban solamente en verte en mis manos. Con razón me pesa de dejarte, pues que contigo he derramado mucha sangre de infieles, ensalzando el nombre de mi Criador, al cual suplico que dé su gracia de hallar mui buen caballero cristiano, que conozca tu bondad i valor. Gran dolor siento en dejarte, i mucho mayor si pensase que quedabas en poder de paganos; mas por sacar mi alma de cuidado, quiero hacer que no te goce moro, ni judío, ni cristiano, i entónces se levantó con gran trabajo, i la tomó con entrambas manos, i dió con ella en la peña tantos golpes, que la hendió hasta el suelo, sin que en la espada hiciese mella ni señal alguna, i viendo que no podía quebrarla, tomó su cuerno para hacer señal a algún cristiano, si en el monte se hubiese escondido, i tañó dos veces, i la segunda se abrió todo de cabo a cabo, i se le abrieron las llagas i las venas de su cuerpo: llegó aquella vez al oído del emperador, que estaba dos leguas de allí jugando con Ganalón, i conoció que era Roldan que tañía, i

Ganalon le dijo: Señor, Roldan ha salido a caza, i habrá muerto oso o puerco, i de placer tañe su cuerno, que así lo suele haber; i Carlo Magno lo creyó que sería así, i se estuvo jugando. Estando Roldan ya al fin de sus días, llegó a él su hermano Belduino, i con muchas lágrimas, sin le poder hablar, le habló i besó muchas veces, i Roldan le dijo: Hermano, primero me matará la sed que las heridas, i Belduino anduvo gran parte del monte en busca de agua, i nunca la pudo hallar, i vuelto, halló a D. Roldan mas muerto que vivo, cabalgó en un caballo que halló suelto por el monte, i fué para donde estaba Carlo Magno, i luego llegó Tietri, duque de Cardania, i hubo gran lástima de D. Roldan, i queriéndole hablar, nunca pudo echar palabra de la boca que se pudiese entender.

Cuando Roldan le vido cabè sí, recibió algun consuelo, i le dijo: ¿A quién miráis, Tietri? no es este Roldan vuestro compañero. No es este el capitan de los cristianos. No es este el que vencía a los feroces gigantes. No es este el que en las crudas batallas acaudillaba los cristianos. No es este el enemigo de los infieles. No es este el que por

ensalzar la fe de su Criador no tenía en nada los peligros de este mundo. No es este el que a Carlo Magno i a sus amigos sacaba de los peligros i afrentas. Este es un hombre mal hablado i aborrecido de todo el mundo; fué tanta su desdicha, que no solamente le privó de la compañía de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas ásperas peñas a fonecer sus dias entre los animales brutos.

No son estos los brazos que quebrantaban las gruesas lanzas. No son estas las manos que daban los grandes golpes i despedaban los finos arneses i yelmos. I tomando su espada en la mano, dijo: Mas no niego que esta será Durandal, la buena espada en la cual puso Dios grande virtud, i abrazado con ella, juntada la boca con la cruz, se amorteció. I el duque Tietri, hecho sus ojos fuentes, le empezó a desarmar por aflojarle la boca del estómago; i le halló las armas llenas de sangre; i no le osó desarmar por que no se desangrase. Tomando en sí Roland, juntó sus manos, pidió a Dios perdón de lo que había hablado, i dijo a Tietri que le oyese de confesión; bconfesó con él con grande contricion de corazon; i despues de

confesado, puso sus manos en cruz, i alzó los ojos al cielo diciendo: *et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.* I puestas las manos en los ojos dijo: *et oculi mei conspecturi sunt.* I abrazado con la cruz de su espada dijo: *en manus tuas, Domine: commendo spiritum meum.* I dió el ánima a su Criador a veintiseis dias del mes de Junio, año del Señor de ochocientos i diez.

---

## CAPÍTULO LXXII

De una vision que hubo el arzobispo Turpin, i de la muerte de Roldan, i del sentimiento de Carlo Magno.

El arzobispo Turpin era hombre de santa vida i habia sabido grandes secretos de Dios por revelacion; i diciendo misa, estando en el memento, oyó grande melodía de ángeles, i rogó a Dios nuestro Señor que le hiciese sabedor ¿por qué tenian aquellos ángeles tanta alegría, i por qué habian bajado acá? I oyó una voz que le dijo: Nosotros llevamos el ánima de D. Roldan, varon de Dios, al paraiso.

Acabada la misa, fué el arzobispo Turpin a contar lo que habia oído al emperador Carlo Magno; i estando contando esto entró Balduino mesando sus cabellos sin piedad alguna, diciendo a grandes voces que Roldan estaba herido de muerte, i los cristianos que con él habian ido eran todos muertos, i que habian sido vendidos.

Cuando los del real oyeron esto, empezaron todos a llorar, i se pusieron en camino, i el primero fué el noble emperador Carlo Magno, a quien mas tocaba que a ninguno de los otros, i llegó donde estaba Roldan, i como le vido muerto, cayó sobre él amortecido: i despues que fué tornado en sí, empezó a tirar de sus barbas i atormentar su cuerpo con mucha crueldad, i llorando amargamente, decia: ¡Oh Roldan, consuelo de mi vejez, honra de los franceses, espada de justicia, lanza que no se doblaba, yelmo de su salud, semejante a Judas Macabeo en proezas, i Sanson en fuerzas, i Absalon en berdad! ¡Oh mi caro i amado sobrino! Príncipe de batallas, destruidor de paganos, defensor de cristianos, pilar de clerecía, arrimo de viudas i huérfanos, amparo de la Iglesia, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en

todo juicio, i guia de los enemigos de nuestro Señor Dios, ensalzador de la fe de Jesu-  
cristo, amador de todos los buenos. ¡Ai des-  
dichado de mí! ¿Por qué te traje a morir en  
estraña tierra? ¿Por qué no morí yo contigo?  
¡Oh D. Roldan, mi especial caballero! ¿por  
qué me dejaste solo? Ai triste, ¿qué haré?  
Ai mezquino, ¿a dónde iré? A Dios suplico  
te quiera recibir en su santa gloria; a los  
ánjeles ruego que te reciban en su compa-  
ñía; a los mártires llamo devotamente, que  
te quieran ver llegar en su número!

Los días que viviere en esta vida gastaré  
en continuo llorar i sentir tu ausencia; que  
tanto sintió David la ausencia de Natan i  
Absalon. ¡Oh noble Roldan, mi verdadero  
amigo! tú estás en la gloria perdurable, i me  
dejas en continuo dolor. Tú estás en los  
cielos en gran consolacion, i yo quedo en  
mortal lloro i tribulacion. Todos los cristia-  
nos están tristes por tu muerte, i los ánjeles  
están muy gozosos con tu ánima. I estuvo  
diciendo estas i otras razones de gran dolor,  
e hizo asentar sus tiendas, i hacer grandes  
hogueras por velar el cuerpo de Roldan  
aquella noche, i en la mañana fué el cuerpo  
embalsamado i guardado con mucha honra.

## CAPÍTULO LXIII

Como Oliveros fué hallado desollado, i de la muerte de los paganos i de Ganalon.

Venida la mañana fué Carlo Magno con su jente al campo de batalla, i hubieron gran lástima de la multitud de los cristianos que estaban en el campo muertos, aunque habia muchos mas turcos, i hallaron al noble caballero Oliveros aspado en dos paños, i puesto a manera de cruz, i de los dedos de las manos hasta los de los piés estaba desollado, i tenia doce dardos metidos en el cuerpo, que le pasaban de una parte a otra. Entónces se renovó el llorar i los mortales gritos por todo el real; i Carlo Magno hubo tanta lástima de Oliveros, que hizo juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, hasta tanto que hallase a los moros de Zaragoza, i supo en el camino como estaban en la orilla del Ebro en unos verdes prados descansando i curando los heridos.

El emperador puso su jente en mui buena ordenanza, i los acometió con tal ímpetu

i denuedo, que en poco rato murieron mas de seis mil, i muchos que se ahogaron en el rio Ebro por querer salvar las vidas.

Viendo Carlo Magno que tenia poca jente para seguirlos, se volvió para Roncesvalles, e hizo embalsamar el cuerpo de Oliveros i tambien el de su sobrino Roldan, i luego hizo pesquisa entre toda su jente por saber lo cierto de la traicion, aunque habia oído de muchos que Ganalon los habia vendido, i especialmente se supo del duque Tietri, que lo oyera del moro que lo dijo a Roldan cuando le mostró el rei Marsirius; i acusó a Ganalon públicamente de traidor, i le desafió sobre ello. Sabida la verdad, mandó Carlo Magno que Ganalon fuese atado a cuatro feroces caballos, a cada brazo uno, a cada pié otro, i despues de bien atado cabalgaron cuatro hombres en los cuatro caballos, e hi-riéndolos de las espuelas, tiraron unos a una parte i otros a otra, i cada uno salió con su cuarto.

---

## CAPÍTULO LXXIV

Como el emperador Carlo Magno se volvió a Francia, i de las grandes limosnas que hizo por las ánimas de los cristianos que murieron por la fe de Jesucristo.

Después que Carlo Magno hubo hecho justicia del traidor Ganalon, fueron al campo de la batalla los cristianos, i los unos buscaron a sus señores, i los otros a sus amigos. i algunos fueron enterrados en el mismo sitio, i otros fueron embalsamados, i otros salados para lo enviar a sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podia.

Tenia el emperador Carlo Magno dos cementerios espresamente señalados para los que en su compañía andaban i morian por la santa fe de Jesucristo; el uno estaba en la ciudad nombrada Arles, i el otro en la ciudad de Burdeos, i fueron sagrados i benditos estos dos cementerios de estos santos i bienaventurados hombres, san Turpin de Arles, san Máximo de Aquisgran, san Pablo de Narbona, san Saturnino de Tolosa, san Faustino de Poitiers, san Marcelo de Limoges, i san Eutropis de Nantes, i en estos ce-

menterios fueron enterrados los mas de los cristianos que murieron en Roncesvalles. El emperador hizo llevar el cuerpo del noble D. Roldan con mucha honra en unas andas cubiertas de terciopelo negro hasta Bayes, en la iglesia de san Ramon, la cual él hizo edificar, i mandó poner encima de su sepultura su espada, i a sus piés su cuerpo de marfil, i despues fué llevado su cuerpo a Roncesvalles, en una mui devota iglesia que allí se fundó a servicio de nuestro Señor Dios, i en memoria de aquella cruel batalla, i se hizo junto a ella un rico hospital, donde se hacen continuamente grandes limosnas por las ánimas de los cristianos que en ella murieron, como parece hoy en el dia. En Burdeos fueron enterrados el buen Oliveros, Guardébois, rei de Friza, Oger el Danois, Cristian, rei de Bretaña, Guarin, duque de Lorena, Gaíferos, rei de Burdeos, Fugerius, rei de Aquitania, Lamberto, rei de Borgos, Galetius i Reginaldo, con cinco mil hombres. Distribuyó el noble emperador grandes tesoros i riquezas por las ánimas de sus caballeros, i mandó que la iglesia i cementerio fuese sujeta solamente a la metrópoli, i ordenó que para siempre, el dia de Pascua

de flores, fuésen vestidos doscientos pobres, i que se dijese treinta misas, i que se rezasen treinta salterios por las ánimas de los que allí murieron en defensa de la fe de Cristo. En Arles fueron enterrados el conde de Langre, Sanson, duque de Borgoña, Nymes, duque de Fanaria, Alberto Borgoñon, con otros cinco caballeros, i con diez mil hombres de a pié. Constantino de Roma fué llevado por mar a Roma, con otros muchos romanos, i distribuyó asimismo Carlo Magno gran tesoro, i dejó grande renta perpétua a la iglesia i cementerio de Arles por las ánimas de sus caballeros.

## CAPÍTULO LXXV

Como el emperador Carlo Magno se partió de Francia para Alemania.

Habiendo Carlo Magno hecho i ordenado lo que arriba está descrito, se partió de Francia para Alemania, yendo tambien con el arzobispo Turpin: cuando llegó a la ciudad de Viena, porque estaba ya viejo, con li-

cencia del emperador se quedó en Viena, i Carlo Magno se fué adelante, i llegando a Paris, hizo llamar todos los nobles de su imperio i todos los arzobispos, obispos i prelados, e hizo hacer procesiones en alabanza de su Creador, i del bienaventurado señor san Dionisio, e hizo constitucion i ordenanza que los reyes de Francia por venir fuesen obedientes al pastor o prelado de la Iglesia de san Dionisio; i que no pudiesen ser coronados sin el dicho pastor o su consejo; i que el obispo de Paris no fuese recibido en Roma sin su consentimiento.

Tambien ordenó que todas las cosas de su reino fuesen tributarias a la dicha iglesia; constituyó para siempre que cualquier cristiano, esclavo o cautivo, que pagase cuatro dineros a la iglesia de san Dionisio, que fuese libre i horro en todos sus reinos. Despues de todo esto tuvo novenas en dicha iglesia, i puesto de rodillas, sin levantarse en un dia i una noche delante del cuerpo del bienaventurado san Dionisio, rogó aficionadamente por todos los que murieron por la fe de Jesucristo; i fuéle revelado que todos los que murieron en la batalla de Roncesvalles estaban en la gloria del paraiso.

## CAPÍTULO LXXVI

Como Carlo Magno llegó a Aquisgran en Alemania, i como murió.

Despues que entró el emperador Carlo Magno en Alemania, fué mui bien recibido de todas las comunidades: llegando a la ciudad de Aquisgran, hizo visitar todas las iglesias i monasterios de toda la ciudad, i las mandó reparar i proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una iglesia de nuestra Señora que él hizo fundar, a la cual dió grandes tesoros, i dotó de muchas rentas: vivió setenta i dos años, i queriendo su Creador, nuestro Dios i Señor, dar descanso a sus viejos i fatigados miembros, le llamó a su santa gloria en el mes de febrero, año de nuestro Redentor de ochocientos i once.

De su salvacion escribió el arzobispo Turpin, hombre de santa vida, estas mismas palabras: “Yo, Turpin, arzobispo de Remis, estando en la ciudad de Viena en mi retraimiento rezando mis horas, vi de una ventana una lejon de diablos por el aire que traian grande ruido entre ellos: conjuré el uno que

me dijese: ¿dónde venian, i por qué traian tan grande ruido? i él me respondió que venian de la ciudad de Aquisgran, donde habia fallecido un gran señor, i porque no pudieron llevar su ánima, venian enojados; i le pregunté ¿quién era aquel gran señor, i por qué no pudieron llevar su ánima? I él me respondió que era Carlo Magno, i que Santiago les habia sido mui contrario. I yo les pregunté: ¿de qué manera les habia sido contrario Santiago? I él me respondió: Nos otros estábamos pesando los bienes i los males que en este mundo habia hecho i Santiago trajo tanta madera i tantos cantos de las iglesias que él habia fundado, en su nombre, que pesaron mucho mas que los males; así nos quedamos sin tener poder alguno sobre su ánima; i el diablo súbitamente desapareció. Hace de entender por esta vision del arzobispo Turpin, que los que edifican o reparan iglesias en este mundo, aparejan estancias i posadas para el otro. Fueron hechas sus exequias i honras segun a tal señor pertenecia.

FIN.